PRÓLOGO
RAFAEL POCH

EUROPA EN DESCOMPOSICIÓN

Karl Polanyi

VIRUS

ENSAYO

Karl Polanyi

EUROPA EN DESCOMPOSICIÓN

SELECCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE FERNANDO SOLER
PRÓLOGO DE RAFAEL POCH

VIRUS

LICENCIA CREATIVE COMMONS
AUTORÍA - NO DERIVADOS - NO COMERCIAL 4.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar la autoría del texto y/o la traducción.

No comercial: no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o la autora.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EE. UU.

© 2021 de la obra, Kari Polanyi Levit
© 2021 de esta edición, Virus Editorial

Título original:
The Present Age of Transformation y *Europe To-Day*

Edición y maquetación: Virus Editorial
Selección, traducción y notas: Fernando Soler (Departament de Filosofia de la Universitat de València)
Corrección ortotipográfica y de estilo: Carlos Marín Hernández
Diseño de colección: Silvio García-Aguirre y Pilar Sánchez Molina
Diseño de cubierta: Miquel Costa Reimóndez

Primera edición en castellano: octubre de 2021

Imagen de cubierta: Fotógrafo rodeado de casquillos de proyectiles disparados contra las posiciones alemanas, en el frente occidental británico en Francia durante la Primera Guerra Mundial (Tom Aitken / National Library of Escotland)

ISBN: 978-84-17870-09-6
Depósito legal: B-11414-2021

Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL
C/ Junta de Comerç, 18, baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

Nota editorial 9
Prólogo: Rafael Poch 11

Cinco conferencias sobre la época actual de transformación 23

Introducción: Kari Polanyi-Levitt 25

La muerte de la civilización del siglo XIX 29
- Introducción: el enfoque institucional 29
- Los conservadores años veinte y los revolucionarios años treinta 30
- La teoría de la causa externa 31
- Los hechos 33
- El sistema internacional 34

La tendencia hacia una sociedad integrada 37
- La separación entre política y economía 37
- Una economía de precios o de mercado 38
- Sociedad y mercado 41
- La unidad original de la sociedad y la tendencia actual hacia la integración 42

La ruptura del sistema internacional 45
- Mercados nacionales e internacionales 45
- Las fronteras nacionales como amortiguadores 47
- Un resumen histórico 48
  - a) *Laissez-faire* 49
  - b) Libre comercio 51
- Proteccionismo e imperialismo 51

¿Es Estados Unidos una excepción? 53
Reforma y confianza 53
El siglo XIX en Europa y en Estados Unidos 55
Estado e industria en Estados Unidos 56
El marxismo y la historia interna de la Revolución rusa 59
La Revolución de Octubre y los planes quinquenales 59
Resumen general 61
Bolcheviques y *narodniki* 62
La interpretación de la doctrina por Lenin 63
Trotsky y la «revolución permanente» 64
Los bolcheviques forzados a adoptar medidas socialistas 65
El período intermedio 66
Los planes quinquenales 66

Europa hoy 69
Prefacio: G. D. H. Cole 71
Introducción 77
Parte I. El sistema de Versalles y su fracaso (1919-1933) 81
La revisión del Tratado y la seguridad colectiva 81
El sistema de Versalles 82
La igualdad de estatus y la Sociedad de Naciones 84
El círculo vicioso 86
Reclamaciones territoriales 89
Vieja y nueva Austria 90
Lo que queda de Hungría 93
La nueva Turquía 96
Bulgaria 97
Alemania 98
Francia 98
Bélgica 98
Polonia: Alta Silesia, Danzig y el corredor 99
Lituania 100
Las cuestiones cotidianas del revisionismo 101
Reparaciones 101
Desarme 104
Protección de las minorías raciales 106
La Sociedad de Naciones y las grandes potencias 109
Artículos 16 y 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones 109
Francia y sus aliados del Este 111
La URSS 112
Italia 113
Gran Bretaña 114
Locarno 119

Parte II. El nuevo alineamiento en Europa: fascismo y democracia 121
El ascenso del fascismo 121
La nueva carrera de armamentos 121
Alianzas nacionales y sociales 122
La democracia y la influencia de la clase obrera 123
La Revolución rusa 125
Fascismo y democracia 125
El Estado totalitario y el nacionalsocialismo 127
El nuevo alineamiento de las grandes potencias 128
Alemania e Italia siguen adelante 135
La marcha de los acontecimientos 135
Italia, la protectora de Austria 137
El Vaticano en Europa central 138
La Pequeña Entente 140
Los estados pequeños 141
Métodos de proceder alemanes 142
Los argumentos alemanes 143
La conquista de Abisinia 150
La democracia española y sus enemigos 152

Apéndices 155
Apéndice 1. ¿Cuándo sucedió? 157
Primer período de postguerra (1919-1933) 157
Economía y finanzas 162
Segundo período de postguerra (1933-...) 164
Apéndice 2. Algunos libros para leer 185

NOTA EDITORIAL

Las cinco conferencias que abren el primer bloque de los textos de Polanyi fueron recopiladas y digitalizadas a partir del fondo de textos disponibles en el Bennington College, por la bibliotecaria jefe de dicha institución y Ann Pettifor y Jeremy Smith, que realizaron la edición digital. Remitimos a la más reciente edición de dichas conferencias: *The Present Age of Transformation. Five Lectures by Karl Polanyi, Bennington College, 1940*, Prime, Londres, 2017. Las conferencias se desarrollaron durante cinco jueves sucesivos, entre el 19 de septiembre y el 17 de octubre de 1940, a las siete y media de la tarde en el anfiteatro de la universidad.

La segunda parte, «Europa hoy» y el prefacio de G. D. H. Cole que la acompaña, fue publicada originalmente como *Europe to-day*, editada por el Workers' Educational Trade Union Committee, Simson Shand, Londres, 1937. Una copia del texto publicado y un borrador mecanografiado con notas de Polanyi pueden consultarse en el Karl Polanyi Digital Archive (KPA): Con_18_Fol_21. El librito añade al final del mismo una nota explicativa de lo que era el Comité Sindical Educativo de los Trabajadores: «... es un comité que agrupa a representantes de veintitrés sindicatos, cada uno de los cuales proporciona servicios educativos para sus miembros [...]. Los sindicatos presupuestan cada año un gasto educativo que incluye: becas para escuelas de verano de la WEA y la prestación de becas para escuelas de fin de semana y de un día organizadas por los comités sectoriales de la WETUC. Muchos de los sindicatos proporcionan también cursos por correspondencia concertados a través del Ruskin College».

Todas las notas que figuran en los textos de Polanyi son notas del traductor.

PRÓLOGO
EL MUNDO DE AYER Y DE HOY

Karl Polanyi (1886-1964) fue el autor de *La gran transformación*, uno de los libros más importantes del siglo XX, que lleva por subtítulo *Crítica del liberalismo económico*, donde analiza la naturaleza del capitalismo. Aunque fue un gran economista, historiador y antropólogo, su formación académica fue de jurista y atravesó todas esas disciplinas eliminando las fronteras entre ellas con una inaudita agilidad.

Polanyi diagnosticó la excepcionalidad del capitalismo, un sistema que sometió la política, la religión y las relaciones sociales a la economía, creando con ello rupturas y quiebras sociales sin precedentes. «Da igual que analicemos la antigua ciudad-Estado, el imperio despótico, el feudalismo, la vida urbana del siglo XIII, el régimen mercantilista del siglo XVI o el más reglamentado del siglo XVIII; en todos encontramos invariablemente un sistema económico inmerso en lo social. [...] Hasta el segundo cuarto del siglo XIX, los mercados no fueron más que un rasgo subordinado de la sociedad»,[1] escribió en un clarificador y breve artículo de 1947 titulado «Our Obsolete Market Mentality» que me parece la mejor introducción a su obra.

1. Karl Polanyi: *Nuestra obsoleta mentalidad de mercado*, trad. Gabriela Ventureira y Ana C. Gómez, Virus Editorial, Barcelona, 2018, p. 21.

Esa *gran transformación* lo llevó al estudio no solo de la génesis del capitalismo y de la Revolución Industrial en Inglaterra, vinculada con el proceso de privatización de las tierras comunales y la desposesión de los excampesinos convertidos en parias por ella (la historia económica propiamente dicha), sino también a la antropología, a través de la observación del funcionamiento de las sociedades precapitalistas de la mano de Bronisław Malinowski y Richard Thurnwald. Fue así como concluyó que «el hábito de ver en los últimos diez mil años, y en la organización de las primeras sociedades, un simple preludio de la verdadera historia de nuestra civilización, que comenzaría en 1776 con la publicación de *La riqueza de las naciones*, ha quedado superado, por utilizar un calificativo suave».[2] Como el cineasta Werner Herzog en *La cueva de los sueños olvidados* o el pintor Miquel Barceló al contemplar las maravillosas pinturas rupestres de la cueva de Chauvet, el estudio de las sociedades primitivas le deja a Polanyi ante la evidencia de «la inmutabilidad del hombre como ser social».

El capitalismo corroe a la sociedad introduciendo su lógica del beneficio en ámbitos que fueron humanos precisamente por estar regidos por otras lógicas, pero —y aquí la gran anticipación de Polanyi que tanto inspiró e inspira al ecologismo— también corroe el medioambiente físico, al considerar la naturaleza como mercancía:

> *Si no se quiere que el industrialismo extinga a la humanidad, deberá subordinarse a los requerimientos de la naturaleza del hombre. La verdadera crítica de la sociedad de mercado no consiste en el hecho de que se base en la economía —en cierto sentido, toda sociedad debe tener tal base—, sino que su economía se basa en el interés propio. Tal organización es enteramente antinatural, en el sentido estrictamente empírico de lo excepcional.*[3]

2. Karl Polanyi: *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Virus Editorial, Barcelona, 2016, p. 106.
3. *Ibid.*, p. 407.

La gran transformación se publicó en 1944, el mismo año en que Friedrich Hayek, el famoso promotor del liberalismo de mercado, publicaba *The Road to Serfdom*,[4] que cuatro décadas más tarde tanto inspiraría las concepciones de Ronald Reagan, Margaret Thatcher y, posteriormente, a ilusos fanáticos de mercado polacos y rusos como Leszek Balcerowicz y Yegor Gaidar. Por aquel entonces Polanyi expresaba esperanzas en el New Deal de Roosvelt, por lo que tenía de recuperación de las riendas económicas por parte del poder público en detrimento de los mercados. Hayek, por su parte, auguraba que el New Deal era la vía segura hacia la ruina económica y el establecimiento de un «régimen totalitario» en Estados Unidos. Casi ochenta años después, la polémica se ha resuelto con creces, gracias al pujante y exitoso ascenso de China —cuya clave es, precisamente, el firme control estatal del proceso— y la conversión de Estados Unidos en un régimen duro que en el orden interno estrangula la república y, en el externo, impone militarmente su voluntad imperial bajo la bandera de la libertad de mercado.

En una nota privada que escribió en 1960, cuatro años antes de su muerte, nuestro crítico del capitalismo dejó escrita a su hija una sentencia de una impresionante profundidad que recuerda a las reflexiones de mi buen amigo y maestro Aurelio Martins (1939-2009), autor de un desconocido libro-monumento que lleva por título *Siete madrugadas inmersas en el oficio de vivir humanamente*.[5] Decía así: «El hombre debe aprender tres realidades: convivir con la realidad de la muerte llenando el vacío con la persistencia del logro; vivir con la realidad del yo interior a fin de conquistar el mundo del espíritu para hacer de él su domicilio y adquirir la plenitud de la vida; y aprender la realidad revelada de la sociedad, instrumento tanto de la restricción como de la libertad».[6]

4. Friedrich Hayek: *The Road to Serfdom*, Routledge Press, Oxfordshire, 1944 (en castellano: *Camino de servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 2011).
5. Aurelio Martins: *Siete madrugadas inmersas en el oficio de vivir humanamente*, Plataforma, Barcelona, 2021.
6. Kari Levitt: «Karl Polanyi», *Co-Existence*, vol. 1, n.º 2, noviembre de 1936, pp. 113-121.

Polanyi fue un hombre de izquierdas y socialista, pero sus presupuestos estaban sorprendentemente liberados de los determinismos políticos y doctrinarios corrientes en su época. Ahí está su definición de socialismo como: «El socialismo es, ante todo, la tendencia inherente a una civilización industrial para transcender el mercado autorregulado, subordinándolo conscientemente a una sociedad democrática».[7] Esa definición, completamente actual y cuyo segundo aspecto es la asignatura pendiente del sistema chino, hay que cotejarla con ese rancio concepto neoliberal de la *Marktkonforme Demokratie*, que en tan mal lugar deja a su autora, la excanciller alemana Angela Merkel, y que quiere decir exactamente lo contrario: la democracia debe amoldarse al mercado. No hay concepto que resuma mejor la miseria actual de la Unión Europea.

Tras diagnosticar la génesis y naturaleza del capitalismo, Karl Polanyi radiografió la situación del mundo, el segundo aspecto de este volumen.

ꕥ

En 1937 disertar sobre «Europa hoy» era hacerlo sobre el mundo. En su exhaustivo repaso a las relaciones internacionales, Polanyi apenas menciona, más allá de Japón y Abisinia, el mundo no occidental. La razón es obvia: en vísperas de la Segunda Guerra Mundial todo se cocía aquí, en las tensiones entre potencias europeas. Qué diferente el panorama de hoy, cuando la tensión internacional tiene que ver no tanto, como suele decirse, con el «ascenso de nuevos actores» (entre los que China es el primero de la fila), sino con la reacción occidental a dicho ascenso.

El universo que llamamos «globalización» era, entre otras cosas, sinónimo del dominio occidental/anglosajón del mundo, principalmente de Estados Unidos y sus empresas. Cuando en 2001, tras quince años de negociaciones, China decidió integrarse oficialmente y a todos los efectos en aquella globalización,

7. Karl Polanyi: *La gran transformación*, *op. cit.*, p. 384.

con su ingreso en la Organización Mundial del Comercio (OMC), el escenario implícito en el sentido común occidental era la conversión del país en un espacio subordinado más.

A medio plazo se pronosticaba la transformación de su régimen político y su sustitución por algo mucho menos soberano y autónomo en su comportamiento que el actual Gobierno del Partido Comunista. No estaba previsto que, actuando en un terreno de juego ajeno diseñado para su sometimiento, China lograra fortalecerse, sacar de la pobreza a su población, casi doblar su esperanza media de vida (de 43 a 76 años entre 1960 y 2018), alcanzar la casi plena alfabetización (65 % en 1982, 96 % en 2018), consolidar su régimen político y generar como resultado una potencia que introduce dudas y ansiedades sobre el futuro del dominio occidental/norteamericano.

En un comentario de diciembre de 2001, ya advertimos que la situación estaba mucho menos clara de lo que sugería aquel *The Comming Collapse of China* pregonado por Gordon G. Chang en su celebrado *best seller* de 2001:

> *El ingreso en la OMC —decíamos— no significa que China vaya a ser abandonada a la mano invisible y a las fluctuaciones del libre comercio. La propia entidad de China y de su economía dará mucho juego para traducir al chino este ingreso y no convertir al país en un esclavo de la OMC y de sus normas. De alguna forma, la OMC ingresó anteayer en China, o por lo menos podría haber un movimiento en dos direcciones.*[8]

Veinte años después de aquello, tras toda una serie de crisis del capitalismo financiero —seguidas de una pandemia— que China supo gobernar mejor que Occidente, un conocido comentarista americano de la CNN, Fareed Zakaria, expresaba así el desconcierto general: «La estrategia [léase la *estrategia para*

8. Rafael Poch: «Ajenos a la gran noticia», *Blogs La Vanguardia, Diario de Moscú (2000-2002)*, 13 de noviembre de 2001, bit.ly/3th4PbD (última consulta: septiembre de 2021).

convertir a China en vasallo] produjo complicaciones y complejidades que desembocaron en una China más poderosa que no respondía a las expectativas occidentales».

Sea como fuere, y más allá de la laboriosidad de la población china y de la calidad de su dirección política, ¿cuál ha sido la clave del éxito chino? Sin duda, todo parte del control estatal de lo económico. Tras varias décadas de reforma de mercado, el 30 % de la economía china está en manos del Estado (¡y subiendo!), frente al 10 % de las potencias occidentales. Una hábil gestión de ese control impidió la prevista conquista de China por parte del capital financiero internacional, enfocado a un beneficio privado extrarrápido basado en la generación de deuda y en la destrucción de economía real (precisamente lo que ocurrió en Rusia y de lo que esta aún no ha sabido librarse).

La estricta subordinación al poder público del sector financiero chino (mucho más enfocado a la economía productiva) y el sometimiento de los magnates y supermillonarios a la autoridad del Partido Comunista han permitido a China mantenerse en lo que en Occidente se conocía como capitalismo industrial y que permitió en su día la prosperidad y el desarrollo mediante inversiones productivas. Como ha dicho Michael Hudson, «los bancos chinos no prestan dinero por las mismas razones que los bancos americanos».[9] Los unos están enfocados hacia la economía productiva (a construir fábricas y centros de investigación y desarrollo, infraestructuras, etc.), los otros hacia el beneficio del rentista y la economía del casino. Al mismo tiempo, todo ello ofrece al sistema chino una capacidad de planificación a veinte y treinta años vista desconocida en Occidente. Esa capacidad es fundamental para los retos del siglo XXI (calentamiento global, control demográfico, desarme y desigualdad social y territorial), irresolubles sin una acción internacional concertada y planificada. Si a todo ello le sumamos la inexistencia en China de un complejo militar-industrial como el de Estados Unidos, que está

9. Michael Hudson y Pepe Escobar: «America versus China: The Consequences of Moving from Industrial to Financial Capitalism», *Global Research*, 7 de enero de 2021, bit.ly/3zP5wv8 (última consulta: septiembre de 2021).

plenamente asentado en las instituciones, contra el cual no se puede gobernar y que alimenta criminales guerras imperiales que comportan gastos extraordinarios (3 billones de dólares en los últimos años, según declaró en 2019 el expresidente Jimmy Carter),[10] el asunto tiene pocos secretos.

En cualquier caso, las tensiones de hoy son la respuesta a esa sorpresa y la reacción recuerda a la de un truhan que, pese a jugar en su terreno y con las cartas marcadas, cuando constata que puede perder la partida da una patada a la mesa y desenfunda la pistola. La actual reacción de Estados Unidos es tan inequívocamente belicista como guerreros eran los pasos y tanteos previos a la Segunda Guerra Mundial de aquella Alemania hitleriana en 1937 que describe Polanyi.

Tras el desastroso y criminal paréntesis bautizado como «guerra contra el terror», el llamado *pivot to Asia* del presidente Obama (el traslado a los contornos de China del grueso de la capacidad militar aeronaval de Estados Unidos), la artificial exacerbación de las tensiones en Taiwán y el mar de la China Meridional, así como las nuevas sanciones y barreras comerciales de sus sucesores en la Casa Blanca, resumen esa respuesta.

En el plano de las ideas, se generan nuevas y demenciales doctrinas académicas encaminadas a justificar ese belicismo, como la denominada «trampa de Tucídides». Tucídides fue un escritor griego del siglo V a.C., autor de *Historia de la guerra del Peloponeso*,[11] donde explica que, tras la victoria de Atenas sobre los persas en Salamina, Esparta sintió que le podían arrebatar su dominio hegemónico en la región, lo que desembocó en una guerra de casi treinta años que agotó a los dos contendientes. Graham Allison, un profesor de la Kennedy School de Harvard, popularizó la trampa de Tucídides, es decir, la inevitabilidad de la guerra cuando aparece una potencia emergente que hace

10. «Jimmy Carter le explica a Trump las razones por las que China adelantará a EE.UU», *Eulixe*, 17 de abril de 2020, bit.ly/3BIYskg (última consulta: septiembre de 2021).

11. Tucídides: *Historia de la guerra del Peloponeso*, trad. Luis M. Macía Aparicio, Akal, Madrid, 1989.

sentir insegura a la potencia hegemónica. Históricamente la guerra fue el procedimiento para dirimir los pulsos por el poderío y los recursos, así como para solucionar los grandes retos entre potencias. El problema es que la diferencia del siglo XXI con el V a. C. es la actual capacidad humana de destruir toda vida en el planeta merced a los avances y extraordinaria proliferación de las armas de destrucción masiva. Actualmente tenemos unas trece mil cabezas nucleares y una guerra nuclear, incluso limitada a dos potencias pequeñas como India y Pakistán, provocaría tal número de víctimas, tal bloqueo de la agricultura y tal hambruna global (hay estudios específicos al respecto) que solo con el término «demencia» podemos definir sus implicaciones.

La mentalidad del dominio europeo y norteamericano del mundo, grabada en la conciencia occidental desde la Revolución Industrial y el colonialismo, es la de que poderío mundial equivale a sometimiento del otro. Esta primitiva mentalidad, hoy completamente inservible, es la que convierte en aterradora para quien la suscribe cualquier perspectiva de ascenso de potencias emergentes que no contaban nada. La trampa de Tucídides es un paradigma necio e inviable, porque el mundo de hoy precisa como nunca de una acción concertada para afrontar los problemas globales, pero esa mentalidad sigue ahí anclada. Mi percepción —y la experiencia de las catastróficas violencias bélicas de los últimos años, desde Afganistán hasta Libia, lo confirma— es que ese problema (la contradicción entre la situación objetiva del mundo y las mentalidades que lo gobiernan) es particularmente acusado en Occidente y de forma especial en Estados Unidos.

La combinación del militarismo estructural de su economía, la ausencia de derrotas militares en su territorio, una reputada predisposición a la violencia desde su misma formación como Estado y la completa falta de experiencias directas y en carne propia del sufrimiento humano de la guerra, convierten hoy en particularmente peligrosa la reacción de Estados Unidos a su relativo declive como potencia hegemónica.

Es en el marco de ese riesgo belicista donde hay que preguntarse por el papel de la Unión Europea. Europa perdió su tren

tras el fin de la guerra fría. No fue capaz en aquel momento de hacer suyo el esquema de seguridad continental integrada propuesto por Mijaíl Gorbachov como alternativa a la división del continente en dos bloques y de Alemania en dos Estados (que fue suscrito por las potencias, incluido Estados Unidos, en la Conferencia de París de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa de noviembre de 1990). La vieja idea del general De Gaulle de una Europa integrada «de Lisboa a los Urales» recibía una ocasión de oro con Gorbachov, que la amplió hasta Vladivostok. Entonces el potencial económico de la UE representaba el 30 % del PIB global, un peso que hoy se reduce al 16,7 %. Mientras tanto, China ha cambiado su 2,3 % de los años ochenta por su actual 17,8 %. Como dijo Gorbachov a los dirigentes de Alemania del Este en 1989, «la vida castiga a los que llegan tarde».

En el lugar de aquel tren que se dejó escapar, Estados Unidos impuso la continuidad de la división continental, manteniendo su bloque militar, ampliándolo provocativamente y sin complejos a los territorios de la extinta URSS fronterizos con Rusia, a fin de preservar su objetivo estratégico de impedir la formación de un polo europeo soberano y autónomo en las relaciones internacionales.

El Estado alemán oriental, la RDA, síntesis de socialismo y dictadura, no se unificó en una nueva Alemania, sino que fue anexionado a la vieja República Federal, la síntesis de democracia y capitalismo creada por los exnazis y sus padrinos y ocupantes aliados en la posguerra. La nueva generación política de la Alemania resultante se desprendió del antibelicismo, el complejo de culpa y la voluntad de unas buenas relaciones con Rusia, que eran la mejor herencia de la socialdemocracia de Willy Brandt y del 68 alemán. Algunos nuevos socios europeos del Este resentidos contra el antiguo dominio soviético, como Polonia y las repúblicas bálticas, encontraron en el alineamiento con la estrategia europea de Washington su mejor instrumento para influir en Bruselas. Apartado de la escena Mijaíl Gorbachov por dos golpes de Estado (el de agosto de 1991 y el de la conspirativa disolución de la URSS de diciembre del mismo

año), los espectáculos que la élite rusa ofreció al abrir la puerta al capital financiero para enriquecerse y tomar por asalto el patrimonio nacional al precio de la ruina general del país, tampoco ayudaron, ciertamente, a su percepción en el extranjero como socio de futuro. Pero, pasados aquellos años, lo que realmente determinó la impotencia de la Unión Europea fueron sus propias contradicciones internas.

Como sucediera en el pasado con la Sociedad de Naciones, la naturaleza de las relaciones internas de la Unión Europea malogra el propósito. Por más clara que fuera en el siglo pasado la necesidad y utilidad de la existencia de un foro mundial de las naciones para impedir catástrofes —o por más conveniente que sea hoy el entendimiento e integración entre las potencias venidas a menos del continente más guerrero del mundo, para moderarlo y contar algo en la esfera internacional—, los buenos propósitos deben disponer de unas condiciones determinadas para ser viables. Como la Sociedad de Naciones en su día, un club de naciones europeas en el que sus miembros no tienen una posición igual —independientemente del diferente y mayor peso y tamaño que obviamente tienen los países más grandes— conduce a unas relaciones de tutelaje y a una desigualdad *de facto* en cuanto a derechos y rentas, que aleja toda perspectiva de cohesión y nivelación.

Entre 2009 y 2018 la economía de los países del norte de la eurozona creció en conjunto un 37,2 %, mientras que las del sur lo hicieron solo un 14,6 %. Si a eso se suma un diseño interno y una organización sometidas a la pauta neoliberal, sujeta a los designios del capital financiero, y donde organismos no electos como el Banco Central Europeo, el Eurogrupo o la Comisión Europea (por no hablar de la OTAN) mandan más que cualquier institución electa, el resultado para la poca soberanía popular que contienen los diferentes Estados es desolador. El mayúsculo enredo de un club europeo desigual, con una moneda común que es un corsé para cualquier soberanía económica, condena a la Unión Europea a la división interna y a la agudización de sus tendencias desintegradoras.

Es en el seno de esta Unión Europea realmente existente, en la que el capital financiero, los *lobbies* de las grandes empresas, la OTAN o el sector exportador alemán mandan mucho más que cualquier Estado en materias fundamentales de la economía y las políticas exteriores y de seguridad, donde se decidirá la actual invitación que pregona Estados Unidos a sumarse al conflicto contra China y el mundo emergente. No sería un asunto complicado para Washington si China no se hubiera convertido, desde 2020, en el primer socio económico de la UE, que, de momento, resuelve sus contradicciones en política exterior con franca esquizofrenia: se suma a la artificial «nueva guerra fría» con Rusia pero sin romper el vínculo energético con Moscú (tan importante para Alemania), mientras que declara a China a la vez «socio, competidor y rival sistémico».[12] Por el efecto de su hipoteca en política exterior y seguridad, es obvio que cuanto más quiera Bruselas avanzar en su relación con Pekín, tanto más se resentirá su relación con Washington y se agudizarán las divisiones al respecto en el interior de la UE, donde Estados Unidos dispone de activos caballos de Troya.

Como para la Sociedad de Naciones de los años treinta del siglo pasado en su papel ante la invasión italiana de Abisinia, la Guerra Civil española o la ocupación japonesa de China, la irrelevancia en la esfera internacional, alternada con el papel de «ayudante del *sheriff*» en lo militar, es el escenario más plausible para la Unión Europea. Irrelevancia en la génesis de un conflicto mundial de Occidente contra las potencias emergentes en un mundo que, incluso sin tensiones bélicas, ya tiene suficientes emergencias existenciales en las que ocuparse para evitar el desastre global. Son, sin duda, palabras mayores.

Cuando Polanyi radiografió la situación del mundo, Europa se encontraba encarrilada hacia la Segunda Guerra Mundial. Aquella guerra fue tan destructiva y letal que la única

12. Ursula von der Leyen: « Discurso sobre el estado de la Unión – Construyendo el mundo en el que queremos vivir: una Unión de vitalidad en un mundo de fragilidad», 16 de septiembre de 2020, bit.ly/3tgEAlA (última consulta: septiembre de 2021).

conclusión razonable que podía extraerse de ella era algo tan básico como el trabajar para la abolición de la guerra. El propio autor evoca las preguntas del referéndum británico de 1934-1935 (el *peace ballot*) que hoy suenan como música celestial por su buen sentido: «¿Está usted a favor de una abolición general del Ejército y la Marina nacionales mediante acuerdo internacional?» (Sí: 9,5 millones; No: 1,6 millones), y «¿Debería prohibirse mediante acuerdo internacional la fabricación y venta de armas para beneficio particular?» (Sí: 10,4 millones; No: 0,7 millones).

En lugar de recuperar aquel sentido común tan claro para la mayoría de la humanidad, después de la Segunda Guerra Mundial los gobernantes de las grandes potencias siguieron la senda iniciada por Estados Unidos con la disuasión nuclear. Siguieron la bomba H, el bombardero y el submarino nuclear estratégicos, el misil intercontinental, su sofisticación con múltiples cabezas, las armas nucleares tácticas, la militarización del espacio, el avión invisible, los arsenales químicos y bacteriológicos y otros demenciales inventos. Lo que debía ser garantía contra la guerra —y de paso garantía de la hegemonía militar absoluta de Washington— se convirtió en un riesgo de amplio consumo que pone en peligro la vida en el planeta.

La puesta en cuestión de esta lógica, en la clave del referéndum británico de 1934-1935, fue precisamente lo que explicó la inmensa popularidad de Gorbachov al proponer a finales de los ochenta el desarme nuclear total. Como escribió Polanyi en 1937 en vísperas de la catástrofe: «Un sistema de seguridad colectiva se mantiene como la única esperanza».[13] El sentido común y el instinto de supervivencia de la humanidad siguen ahí. Solo falta convertirlos en acción.

Rafael Poch-de-Feliu,
verano de 2021

13. Véase p. 154

CINCO CONFERENCIAS SOBRE LA ÉPOCA ACTUAL DE TRANSFORMACIÓN

INTRODUCCIÓN

La recuperación de cinco conferencias pronunciadas por Karl Polanyi bajo el título de «La época actual de transformación» en el Bennington College en 1940, es un hecho realmente afortunado. Invita a una comparación entre el colapso del orden económico liberal del siglo XIX en la gran depresión y sus transformadoras consecuencias, por un lado, y la descomposición contemporánea de su reencarnación neoliberal y el ascenso de políticas populistas de derechas en el corazón atlántico del capitalismo, por otro.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a la bibliotecaria jefe del Bennington College por su iniciativa de publicar estas conferencias tan largo tiempo olvidadas, y a Ann Pettifor y Jeremy Smith por hacerlas accesibles como documentos electrónicos. Como se señala en la introducción a las cinco conferencias, *La gran transformación* fue algo más breve de lo originalmente planeado. Las cuestiones que abordan las conferencias sobre Estados Unidos y Rusia no fueron incluidas en la tercera parte del libro. Cuando Stalingrado hizo girar la marea de la guerra hacia una victoria aliada, Karl e Ilona[1] adelantaron su partida hacia Inglaterra, hacia principios de 1943,

1. La autora se refiere obviamente a sus padres, Karl Polanyi e Ilona Duczyńska.

para participar en las discusiones sobre el futuro político y económico de la Europa de postguerra. Los capítulos 19 y 20 se dejaron para que los completaran sus colegas. Antes de abandonar los Estados Unidos, Polanyi obtuvo una contrato para una versión popular de *La gran transformación*, titulada *El plan maestro del hombre ordinario*, que debería haberse enviado en 1943 desde Inglaterra. Un borrador de este documento indica una aproximación programática a una Gran Bretaña de postguerra socialista.

Las primeras tres conferencias constituyen un esbozo resumido de *La gran transformación*. Leyéndolas, a la vista de la creciente marea de populismo político nacionalista generalizada hoy en Europa, Gran Bretaña y Estados Unidos, señalo la importancia que Polanyi concede al papel de la nación en la tercera conferencia:

> *Cuanto más intensa era la cooperación internacional y más cercana se hizo la interdependencia entra las diversas partes del mundo, se convirtió en más esencial la única unidad organizativa efectiva de una sociedad industrial en el nivel técnico actual: la nación. El nacionalismo moderno es una reacción de protección contra los peligros inherentes en un mundo interdependiente.*

Para mí, las conferencias plantean la cuestión siguiente: ¿puede ser considerada la tendencia política actual a formas de «nacionalismo moderno», crecientemente autoritario en algunos países, como una respuesta del mismo tipo que la ocurrida en las décadas de los años veinte y treinta del siglo XX? Esto requiere una comparación cuidadosa entre dos épocas, entre un orden económico sustentado sobre un sistema monetario designado para proteger el valor de la moneda en interés del rentista (el patrón oro), y una globalización económica contemporánea, o neoliberalismo. En particular, necesitamos evaluar los impactos de cada «orden económico» sobre la sociedad nacional, así como las respectivas respuestas en el seno de las sociedades nacionales. Confío en que la nueva lectura de estas

conferencias, escritas en tan crítica coyuntura histórica, pueda estimular más profundas reflexiones sobre estos temas y ayudarnos a desarrollar respuestas positivas a los sobrecogedores desafíos que ahora enfrentamos.

Kari Polanyi-Levitt,
profesora emérita de la McGill University
de Montreal (Canadá)

LA MUERTE DE LA CIVILIZACIÓN DEL SIGLO XIX[1]

Introducción: el enfoque institucional

El tema de estas conferencias es un acontecimiento amplio y único: la muerte de la civilización del siglo XIX en el corto período de tiempo transcurrido entre la primera y la segunda guerra del siglo XX.

Al principio de este período, los ideales del siglo XIX eran primordiales, de hecho, su influencia nunca había sido tan grande; hacia el final del mismo apenas queda nada de ese sistema bajo el cual nuestro tipo de sociedad había alcanzado el liderazgo mundial. En el interior de las fronteras nacionales la *democracia representativa* había salvaguardado un régimen de libertad, y el bienestar nacional de todas las naciones civilizadas había crecido inconmensurablemente bajo la influencia del *capitalismo liberal*;

1. Karl Polanyi: «The Passing of the Nineteenth-Century Civilization», en *Five Lectures on The Present Age of Transformation*, Prime, Londres, 2017, pp. 13-16. Esta conferencia tuvo lugar el 19 de septiembre de 1940. Existe traducción previa en castellano: «La muerte de la civilización del siglo XIX», en *Los límites del mercado*, Capitán Swing, Madrid, 2009, pp. 313-317.

el equilibrio de poder había asegurado una relativa ausencia de guerras largas y devastadoras, mientras que el patrón oro se había convertido en la sólida base de un vasto sistema de cooperación económica a una escala casi planetaria. Aunque el mundo estaba lejos de ser perfecto, parecía en el camino hacia la perfección. De repente, este excepcional edificio se derrumbó. Las condiciones mismas sobre las que existía nuestra sociedad desaparecieron para siempre. Las tareas a las que nos enfrentamos en el presente creemos que no pueden ser entendidas más que a la luz de este tremendo acontecimiento. Este es tanto nacional como internacional, tanto político como económico —todas nuestras instituciones están concernidas—. El historiador no sabe por dónde empezar.

Los conservadores años veinte y los revolucionarios años treinta

La Gran Guerra de 1914-1918 ha sido, en su conjunto, una guerra del tipo de las del siglo XIX: un alineamiento de unas grandes potencias contra otras; beligerantes y neutrales; soldados y civiles; negocios y cuestiones bélicas; todos distintos y separados. La derrota tuvo como resultado un tratado que se suponía que iba asegurar que la vida continuaría prácticamente como antes. La guerra no fue sobre nada en particular, y no había decidido nada esencial; aunque había sido más terrible que todas sus predecesoras.

La tendencia de los años veinte fue claramente conservadora. Las espectaculares revoluciones y contrarrevoluciones de los años 1917-1923, incluso aunque fueron algo más que meras revueltas producidas por el shock de la derrota, no introdujeron elementos nuevos en la historia de Occidente. No solo Hindenburg y Wilson, sino también Lenin y Trotsky, estaban en la tradición del siglo XIX. La propensión de los tiempos era simplemente establecer, o, en última instancia, restablecer, el sistema asociado generalmente con los ideales de las revoluciones

inglesa, americana y francesa de los siglos XVII y XVIII. Las políticas radicales servían a fines tradicionales. La Gran Guerra ha sido, principalmente, una tentativa de superar, mediante una violencia estéril, las dificultades que enfrentaba el sistema desde principios del siglo; en los pacíficos años veinte este esfuerzo se intensificó, pero los efectos de la guerra no han hecho sino incrementar las dificultades.

De repente, en los primeros años treinta, con una vehemencia impresionante, se produjo el cambio. Los elementos de referencia fueron el abandono del patrón oro por parte de Gran Bretaña y, posteriormente, por todos los demás países; los planes quinquenales, especialmente la colectivización de las granjas en Rusia; el establecimiento del New Deal; la revolución nacionalsocialista; el hundimiento del equilibrio de poder a favor de imperios autárquicos. Para 1940, todo vestigio del sistema internacional había desaparecido y, excepto unos pocos enclaves, los pueblos estaban viviendo en un escenario institucional[2] completamente nuevo.[3]

La teoría de la causa externa

Una mirada a vista de pájaro del primer cuarto del siglo, 1914-1939, muestra claramente que el cambio fue repentino y mundial, incluyendo en su ámbito a países de condiciones sociales y políticas de lo más diversas. Solo una causa externa a todos ellos pudo haber tenido semejante efecto. Fue lógico que los contemporáneos vieran este hecho como una consecuencia de la tormenta

2. Aunque en la transcripción de la conferencia se lee «international», en la transcripción de la segunda conferencia se señala dicha palabra como una errata, porque debería decir «institutional». Obviamente, corregimos el error.
3. Estos tres últimos párrafos, e incluso el título que los precede, los reproducirá Polanyi casi de manera literal en la conferencia que pronunció el 23 de abril de 1941 en la Universidad de Princeton con el título de «Can Hitlerism Solve the World Problem?».

de sangre y angustia de la Gran Guerra de 1914-1918. Pero incluso a tan poca distancia parece, como hemos visto, que la Gran Guerra, así como las revoluciones de postguerra, solo fueron en sí mismas una extensión del siglo XIX y supusieron una fase en un proceso de mucha mayor profundidad y amplitud. Debemos concluir, por tanto, que algún otro desarrollo internacional ha conformado silenciosamente el curso de la historia hasta que, a finales de los años veinte, el cambio surgió en forma de una amplia transformación. Consideramos que este acontecimiento integral subyacente no fue otro que la *disolución del sistema internacional del que nuestra civilización había dependido inconscientemente para su vida y crecimiento*.

Los cambios graduales que llevaron a este resultado estaban en marcha mucho antes de la guerra de 1914-1918, pero en esa época permanecieron inadvertidos. En realidad, el sistema había estado realizando un esfuerzo incesante incluso desde el cambio de siglo. En *política*, la formación de alianzas opuestas implicó el final del equilibrio de poder, lo que supuso la existencia de una serie de políticas nacionales independientes que resultaban incompatibles con un sistema de grupos de poder permanentes. En el ámbito *económico*, esto se vio acompañado de rivalidades comerciales las cuales revelaron la incapacidad del patrón oro para organizar una economía mundial sin someter a los sistemas nacionales a un esfuerzo indebido. Pero la Gran Guerra de 1914-1918 tuvo como resultado, simplemente, el empobrecimiento y el embrutecimiento del mundo, sin que se vieran aliviados sus males; los tratados occidentales incluso los agravaron.[4] Porque es

4. Obviamente, Polanyi se refiere a los tratados de paz surgidos en la Conferencia de París. Esta, iniciada en enero de 1919, fue la reunión en que se establecieron toda una serie de tratados derivados del resultado de la Gran Guerra. Aunque el Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919, es el más conocido por afectar a Alemania, se firmaron algunos más, todos ellos con el nombre de la localidad próxima a París en que se realizó el acto formal de la firma, como, por ejemplo, el Tratado de Saint-Germain referido a Austria (10 de septiembre de 1919), el de Neuilly referido a Bulgaria (27 de noviembre de 1919), el de Trianon referido a Hungría (4 de junio de 1920) y el de Sèvres referido a Turquía (10 de agosto de 1920).

fácil ver que el desarme permanente de los países derrotados eliminó la base misma del equilibrio de poder e hizo, así, insoluble el problema político. Lo cual, a su vez, redujo las posibilidades de un reflotamiento de la economía mundial y, dejando aparte sus otras debilidades, no podía esperarse que el patrón oro funcionara de otra manera que en conjunción con un sistema político internacional que asegurara en alguna medida la paz. Ahora que esta garantía contra las guerras devastadoras ha desaparecido, todos los intentos para restaurar el patrón oro estaban llamados, *a fortiori,* a fallar. En su intento de aliviar la tensión a la que estaba sometido el mecanismo político y económico del siglo XIX, la Gran Guerra había debilitado ese orden irremediablemente. Los extenuantes esfuerzos de los años veinte por la recuperación estaban condenados al fracaso y su clímax resultó ser el umbral de la catástrofe. Cuando el sistema internacional finalmente se desmoronó, ningún país podía no ser afectado.

Los hechos

La teoría de la disolución del sistema internacional viene a ser confirmada, sorprendentemente, por el hecho de que en todas partes la crisis se centró en acontecimientos exteriores, principalmente cuestiones monetarias y de cambios. Difícilmente podemos encontrar en Europa una crisis que no tuviera un origen monetario. Durante los años veinte, los tipos de cambio fueron un factor general. Desde el derrumbe de las cotizaciones externas de las divisas de Europa central, hasta la Conferencia Económica Mundial más de una década después, hubo un esfuerzo casi universal por volver a los sistemas monetarios de la época previa a la guerra. Una secuencia continua de crisis monetarias vinculaba a los indigentes Balcanes con los ricos Estados Unidos, mediante la correa de transmisión de un sistema de crédito internacional que propagó la presión de las monedas imperfectamente restauradas, primero del este hacia el oeste de Europa y luego desde la Europa occidental hacia Estados

Unidos, hasta que incluso estos sucumbieron bajo el peso de los déficits acumulados por la mayor parte de los países del mundo. La depresión comercial que se abatió sobre Wall Street en 1929 se convirtió en huracán debido a la tensión que había estado latente desde 1919 en el Danubio y el Rin. Cuando, a principios de los años treinta, los países anglosajones abandonaron el patrón oro, se superó el punto de inflexión entre dos períodos históricos. Mientras que los años veinte todavía dedicaron todos sus esfuerzos a la prevención del colapso final del patrón oro, los años treinta revertieron esa tendencia y utilizaron todas sus energías en adaptarse ellos mismos al hecho consumado de ese colapso. En algunos casos, la situación exterior se centró más sobre cuestiones políticas que económicas. Pero en ese momento no era necesario distinguir demasiado finamente entre los aspectos económicos y los aspectos políticos del sistema internacional. Basta con señalar que ningún análisis de la crisis será adecuado si no toma en consideración el principio de la causa externa.

El sistema internacional

De hecho, el sistema internacional es tanto político como económico. El patrón oro se convirtió en la base de una economía mundial cuando abarcó a escala internacional los mercados de capital, de divisas y de bienes. Este estado de cosas fue factual más que legal; sus beneficiarios difícilmente se dieron cuenta de su existencia. En el campo político, no había nada ni siquiera comparable a su organización informal. El equilibrio de poder, que resguardaba a las naciones de grandes guerras y al margen del cual no habría sido posible un sistema mundial de divisas como el patrón oro, tenía todavía menos carácter de institución legal que el patrón oro. Pero la organización social no depende para su funcionamiento de sanciones formales. Como norma, una sociedad no se convierte en consciente de la verdadera naturaleza de las instituciones bajo las que vivía hasta que esas instituciones ya han desaparecido.

Sin embargo, la prevalencia del factor económico en el seno del sistema internacional no puede ser omitida. La organización efectiva del mundo era económica, no política. Fue la tensión económica la que provocó las rivalidades imperiales y allanó el camino hacia la Gran Guerra. Fue a la restauración del sistema económico anterior a la guerra a lo que dedicaron todas sus energías los estadistas de los años veinte; reparaciones, estabilización de los tipos de cambio, deudas internacionales, préstamos extranjeros, embargos comerciales e índices del coste de la vida fueron las preocupaciones inmediatas de los políticos, así como, también, de las masas. Y una autarquía económica fue la única tendencia dominante de manera generalizada en los años treinta.

Pero la ruptura del sistema económico internacional necesita una explicación en sí misma. El intento nos llevaría muy lejos, porque semejante tarea supone definir, nada menos, la naturaleza y el origen de la presente crisis. En otras palabras, implica una definición de nuestras instituciones básicas, el capitalismo y la democracia, en términos humanos generales.

Es a esta cuestión que dedicaremos principalmente nuestra próxima conferencia.

LA TENDENCIA HACIA UNA SOCIEDAD INTEGRADA[1]

La separación entre política y economía

La sociedad del siglo XIX estaba basada sobre los dos pilares del capitalismo liberal y la democracia representativa. Las esferas económica y política estaban separadas. Esta es la clave de su rápida caída, pues la esperanza de que tal estado de cosas pudiera ser cualquier cosa excepto transitorio, era una ilusión. Una sociedad que contenga dentro de su órbita una esfera económica separada, autorregulada y autónoma es una utopía.

Enfrentados a ello, esta puede parecer una afirmación paradójica. Nada nos parece más obvio que la idea de que una sociedad contendría dos sistemas institucionales tan distintos y diferenciados como las necesidades a las que sirven. Pues, ¿no tienen todos los seres humanos necesidades económicas tales como comida y necesidades políticas tales como seguridad

1. Karl Polanyi: «The Trend toward an Integrated Society», en *Five Lectures on The Present Age of Transformation*, *op. cit.*, pp. 17-21. Esta conferencia tuvo lugar el 26 de septiembre de 1940. Existe traducción previa en castellano: «La tendencia hacia una sociedad integrada», en *Los límites del mercado*, *op. cit.*, pp. 319-323.

y protección? Sin embargo, por más que una persona pueda preferir mantequilla a pistolas o, para el caso, pistolas a mantequilla, en la medida en que esté en sus cabales nunca *confundirá* las pistolas con la mantequilla. Parece estar en la misma naturaleza de las cosas que deberá haber en la sociedad instituciones económicas e instituciones políticas separadas.

No obstante, bajo una mirada más atenta esta afirmación resulta ser gratuita, sin nada más que la justifique que las costumbres y los hábitos de unas pocas generaciones. Los seres humanos deben tener comida y seguridad, pero no necesitan tener un conjunto separado de instituciones para satisfacer esas necesidades, es decir, instituciones basadas en diferentes motivaciones y dirigidas por conjuntos separados de gente actuando en base a tales motivos. Por el contrario, aparte de la limitada experiencia de algunas sociedades del siglo XIX, todas las sociedades humanas del pasado parecen haber estado basadas sobre la unidad institucional de la sociedad, es decir, sobre un conjunto de instituciones establecidas para servir tanto a las necesidades económicas como a las necesidades políticas de la sociedad.

Una economía de precios o de mercado

El capitalismo liberal es, básicamente, una economía de precios o de mercado. Esto significa que la producción y la distribución de los bienes está controlada por los *precios* que resultan del funcionamiento de los *mercados*.

Hay *mercados* para todo tipo de bienes: mercados de mercancías para todo tipo de mercancías, mercados de capital para el uso del capital; mercados del suelo para el uso de la tierra; mercados de trabajo para el uso de la fuerza de trabajo. En este sentido, todo factor de producción tiene su mercado.

En consonancia con esto, hay *precios* para todo tipo de bienes: precios para las mercancías llamados precios de las mercancías; precios para el uso del capital llamados interés; precios para el uso de la tierra llamados renta; precios para el uso de la

fuerza de trabajo llamados salario. Así, todo factor de producción tiene su precio.

El *resultado* de la acción de los mercados es doble:

La *producción* de bienes está determinada de acuerdo a sus cantidades y cualidades variables, y se extrae automáticamente de los recursos del país, sean tierra o trabajo, capital o mercancías.

La *distribución* de los bienes así producidos está determinada por el mismo mecanismo. Pero algunos de estos precios conforman los ingresos de aquellos que venden ciertos bienes. Así, hay *interés* para los vendedores del uso del capital; *renta* para los vendedores del uso de la tierra; *salarios* para los vendedores de fuerza de trabajo; y, finalmente, hay beneficio para los vendedores de todo tipo de mercancías, siendo este el excedente de los precios de venta sobre los de los costes (los cuales serían simplemente, por supuesto, los precios de las mercancías necesarias para la producción de los bienes en cuestión). El total de estos ingresos adquiere el total de los bienes producidos durante un período determinado de tiempo. Así, el sistema de precios distribuye automáticamente los bienes producidos por el mismo sistema.

Tal sería, presentado de manera esquemática, el mecanismo esencial de una economía de mercado. Si uno piensa por un momento en que centenares de miles de bienes elaborados son producidos por muchos millones de personas y, a continuación, distribuidos entre ellos por y mediante este mecanismo que regula cada detalle del proceso tecnológico, financiero y de consumo, entonces tenemos que estar de acuerdo en que es este un logro de la mente humana en comparación con el cual las pirámides de Egipto parecen una trivialidad. No puede, pues, extrañarnos que cuando apareció por primera vez en el horizonte de nuestra conciencia, deslumbró y desconcertó a los seres humanos como si sus ojos hubieran mirado directamente al sol. La Revolución Industrial y la era de la máquina que preñaban a la sociedad europea se convirtieron así en las fuentes de una inspiración lo suficientemente poderosa como para llevar a la humanidad desde el infierno del primer industrialismo hasta los tremendos beneficios materiales del sistema que realmente comenzaron a aparecer.

Pero hubo también otra razón para el dogmatismo de la economía liberal. Cuanto más desarrollada está una economía de precios o de mercado, más extrema tiene que ser en la aplicación de sus principios. Si los primeros librecambistas como Adam Smith parecían dogmáticos, su dogmatismo no era nada en comparación con el de la más tardía Escuela de Mánchester, y los propios liberales de Mánchester eran vacilantes y acomodaticios en comparación con los actuales protagonistas del capitalismo liberal. Autores como Cobden y Bright aparecen como meros oportunistas cuando los comparamos con el inflexible fanatismo de Lionel Robbins o Ludwig von Mises.

La razón de este hecho es bastante simple. Si una economía de mercado funciona, lo hace solo en la medida en que no se interfiera en los precios, se trate de los precios de las mercancías, de la renta, de los salarios o del interés. Un sistema autorregulado de precios depende para su funcionamiento de que haya un excedente en los precios de venta sobre los costes; no puede producirse nada a menos que exista ese excedente. Por tanto, si los precios de venta caen, se debe permitir que los costes también caigan. Esto es independiente de la voluntad de los seres humanos, de los sentimientos o de los ideales. Una producción con pérdidas permanentes está actualmente excluida por las reglas del juego.

Es por esto por lo que, bajo este sistema, tiene que haber un libre mercado para todos los factores de la producción, no solo para las mercancías, sino también para la tierra, el trabajo y el capital. A menos que el sistema de precios sea flexible y se permita que los precios puedan moverse libremente de acuerdo con la intercomunicación de los diversos mercados, el sistema deja de estar, por principio, autorregulado, y el enorme mecanismo caerá, dejando a la humanidad en peligro inmediato de desempleo masivo, cese de la producción, pérdida de ingresos y el consiguiente caos y anarquía.

Sociedad y mercado

Pero la proposición, aparentemente simple, de que todos los factores de producción deben tener mercados libres implica, en la práctica, que la sociedad en su conjunto tiene que estar subordinada a las necesidades del sistema de mercado. Entre los factores de producción están la *tierra* y el *trabajo*, y ambos solo podrán ser tratados como mercancías sobre una base más o menos ficticia. Porque el trabajo quiere decir los seres humanos de los cuales se compone la sociedad, y la tierra es solo otra palabra para la madre tierra sobre la que ellos subsisten. En el intento por establecer una economía de mercado separada en el seno de la sociedad, la sociedad en su conjunto queda subordinada a las necesidades de la economía de mercado. Casi inconscientemente, fue creada una cosa desconocida: una *sociedad económica*, es decir, una comunidad humana basada en la asunción de que la sociedad depende para su existencia solo de los bienes materiales.

Tal asunción es manifiestamente falsa. La seguridad de sus miembros es, al menos, tan vital como la comida diaria; no hay ninguna preferencia real por la mantequilla y el pan si la alternativa frente a ello es ser matado en el acto. Pero si una sociedad debe existir permanentemente, hay toda una serie de otros requerimientos que debe satisfacer, como, por ejemplo, una relación razonablemente estable con nuestro entorno, es decir, con la naturaleza, con nuestros vecinos, nuestros oficios; unas cualidades militares de los miembros de la sociedad, incluidas la salud y la forma física; una perspectiva de futuro suficientemente equilibrada como para permitir el establecimiento de los fundamentos del carácter humano y la formación de las próximas generaciones. Es evidente que estos requisitos no pueden ser sustituidos exclusivamente por bienes materiales. La «fábrica del diablo»[2] del mercado dispondría pronto de una sociedad

2. Esta expresión «fábrica del diablo», «*satanic mill*», que Polanyi utiliza en diversas ocasiones, remite al famoso poema de William Blake de título «Jerusalem» en el que, en los dos últimos versos de la segunda estrofa, se lee: «And was Jerusalem builded here, / Among these dark Satanic Mills?» [¿Y fue Jerusalén construida aquí / en-

que permitiría que su tierra fuera atomizada o inutilizada; que permitiría que su fuerza de trabajo fuera sobrexplotada o abandonada a su suerte; que permitiría que su sistema de crédito propiciara una inflación o estrangulara los negocios de acuerdo a los caprichos de un ciego mecanismo alejado, por su propia naturaleza, de las necesidades de la comunidad viva encarnada en toda sociedad humana.

Se vuelve patente, así, la naturaleza real de los peligros que son inseparables de la utopía de la sociedad de mercado. Por el bien de la sociedad, el mecanismo del mercado debe ser restringido. Pero esto no puede hacerse sin grave peligro para la vida económica y, por tanto, para la sociedad en su conjunto. Estamos atrapados en un dilema: o continuamos por la senda de una utopía que nos lleva a la destrucción, o abandonamos ese camino y nos arriesgamos a ponerle el freno a este sistema maravilloso pero extremadamente artificial.

La unidad original de la sociedad y la tendencia actual hacia la integración

La separación de las esferas política y económica es la peculiaridad específica de nuestro tipo de sociedad. Ni las sociedades tribales, ni la ciudad-Estado, ni las sociedades feudales del pasado han conocido este rasgo. En todas estas sociedades un conjunto de instituciones proporcionaba la satisfacción de las diversas necesidades humanas como, por ejemplo, seguridad y protección, justicia y orden, bienes materiales, vida sexual y reproducción. Lo religioso, lo ceremonial, la familia y otras instituciones de las sociedades tribal o feudal no preveían la mencionada separación. Incluso el mercantilismo, el inmediato predecesor de

tre estas oscuras fábricas satánicas?]. Cf. William Blake: «And did those feet in ancient time», en *Milton*, 1804. En 1906 Hubert Parry compuso una música para el poema y esta composición se convirtió en una de las melodías más famosas del país, hasta el punto de que ha sido propuesta varias veces como himno de Inglaterra.

nuestra sociedad actual, era una doctrina político-económica basada en la unidad institucional de la sociedad.

El carácter utópico de una economía de mercado explica por qué nunca pudo realmente ser llevada a la práctica. Fue siempre más una ideología que un hecho real. La legislación laboral y el proteccionismo, los sindicatos y la Iglesia fueron los factores destacados en la violenta reacción contra las pretensiones de un mercado sin restricciones para la tierra y el trabajo. En otras palabras, la separación de economía y política nunca fue llevada a cabo plenamente. La integración de la sociedad comenzó incluso antes de que el movimiento por una economía de mercado hubiera alcanzado su clímax.

Pero este desarrollo no hizo sino incrementar la presión sobre el sistema social. Y ello porque la interferencia mutua entre industria y Estado, economía y política, no estaba disciplinada por ningún principio superior. La clase obrera utilizó las instituciones del sistema democrático para protegerse a sí misma contra los peores efectos del sistema competitivo; los líderes de la industria,[3] por su parte, hicieron uso de la propiedad industrial y de las finanzas para debilitar a la democracia política. Esta es la falsa integración de la que la sociedad de finales del siglo XIX muestra tantos ejemplos. Los seguidores de la economía de mercado señalaron correctamente que las políticas arancelarias y las prácticas monopolistas de los sindicatos eran, a menudo, directamente responsables del agravamiento de las depresiones y la restricción del mercado. Lo que no vieron es que estas medidas protectoras por parte del Estado y de organizaciones voluntarias eran el único medio de salvar a la sociedad de la destrucción derivada de la acción ciega de los mecanismos del mercado.

En la Europa de postguerra la separación de economía y política derivó en una catastrófica situación interna.[4] Los capitanes

3. En la edición que seguimos existe una errata, puesto que se escribe «lenders» (prestamistas) cuando en realidad debería figurar «leaders» (líderes), tal y como puede constatarse en la edición original disponible para consulta en la página web del Bennington College: bennington.edu.
4. Entiéndase, lógicamente, «en la Europa de entreguerras».

de la industria minaron la autoridad de las instituciones democráticas, mientras que los parlamentos democráticos interferían continuamente en el funcionamiento de los mecanismos del mercado. Se llegó a un estado de cosas en el que una parálisis repentina, tanto de las instituciones económicas como de las políticas, entraba claramente en el ámbito de lo posible. La necesidad de una reintegración de la sociedad era evidente.

Este era el crítico estado de cosas del que brotaron las revoluciones fascistas. La alternativa era entre una integración de la sociedad sobre bases democráticas mediante el poder político, o, si la democracia era demasiado débil, una integración sobre bases autoritarias en una sociedad totalitaria, al precio del sacrificio de la democracia.

El sistema social estadounidense no se enfrenta, en mi opinión, a este trágico dilema. Pero si queremos evitar la pérdida de la libertad, deberá adoptar dos medidas al mismo tiempo: aceptar la necesidad de integración y llevarla a cabo a través de medios democráticos.

LA RUPTURA DEL SISTEMA INTERNACIONAL[1]

Mercados nacionales e internacionales

El fracaso del sistema económico internacional fue debido, en ultima instancia, a la misma debilidad inherente que caracterizó a los sistemas nacionales bajo una economía de mercado. La opinión que convierte a la autarquía en responsable de la ruptura difícilmente puede ser sostenida. Por el contrario, puede argüirse de manera mucho más correcta que fue el fracaso del sistema internacional lo que dio lugar al aumento de la autarquía.

El término «mercado mundial» parece sugerir la existencia de alguna forma de mercado externo y adicional a los mercados nacionales. Sin embargo, semejante mercado internacional separado no existe. Respecto de cada mercado nacional, los otros mercados nacionales forman todos ellos el mercado internacional, aunque cada parte de este esté bajo una jurisdicción definida y utilice en sus negocios *una* moneda.

De esta manera, para vincular los diversos mercados nacionales con el mercado internacional, es esencial que, aparte de

1. Karl Polanyi: «The Breakdown of the International System», en *Five Lectures on The Present Age of Transformation*, *op. cit.*, pp. 22-26. Esta conferencia tuvo lugar el 3 de octubre de 1940.

la ausencia de obstáculos legales al comercio, las diferentes monedas nacionales se cambien a una tasa estable. A menos que se garanticen estos valores externos estables, no serán posibles ni los mercados internacionales de capital, ni los mercados de mercancías.

¿Qué queremos decir exactamente con valores externos estables y cómo podemos estipularlos? Por valor externo de una moneda queremos decir la cantidad de dinero que uno puede obtener a cambio de la propia. Por valor interno consideramos el poder de compra de una moneda en su propio país, el cual depende simplemente del nivel de precios. Si la tasa de cambio tiene que mantenerse estable, entonces debería haber paridad de poder de compra entre las monedas; en otras palabras, al nivel de precios interno no se le debería permitir aumentar en relación con el nivel de precios en otros países. Se sigue de ahí que, de cara a proteger el valor externo de la moneda, tenemos que permitir que el valor interno de la moneda, es decir, el nivel de precios, fluctúe.

Este simple pero estricto requerimiento tiene implicaciones de largo alcance. En una economía de mercado todo depende de los precios. Si el excedente de los precios de venta sobre los costes desaparece, puede recortarse la producción. Seguirán el desempleo y el descenso de salarios y beneficios; el sistema descarrila. Inevitablemente, esto tiende a suceder siempre que el nivel de precios es deprimido artificialmente para mantener estables los intercambios. Ahora bien, en principio, el sistema se corregirá a sí mismo automáticamente, porque si los precios de venta caen, al poco los costes también caerán, restaurando de esta manera el excedente de precios de venta sobre los costes. Sin embargo, como hemos visto, un sistema de mercado autorregulado es una utopía. Ninguna sociedad puede aguantar sus devastadores efectos una vez está realmente en marcha. Apenas se había iniciado el *laissez-faire* cuando el Estado y las organizaciones voluntarias intervinieron para proteger a la sociedad de los mecanismos del mercado, a través de leyes laborales y la acción de los sindicatos y de la Iglesia. A causa de estas medidas protectoras, el sistema de precios perdió su elasticidad, los costes dejaron de ser flexibles y los salarios tendieron a convertirse en rígidos. Es fácil ver así

que las mismas medidas que estaban destinadas originariamente a proteger internamente a la sociedad contra los efectos de una economía de mercado, acabaron incrementando finalmente las dificultades de funcionamiento de una economía de mercado internacional. Las leyes laborales y los sindicatos demandaron, como complemento, una protección respecto del exterior, es decir, aranceles aduaneros. Por tanto, uno de los factores que contribuyó a trastocar el sistema internacional surgió del seno de los propios sistemas nacionales.

Las fronteras nacionales como amortiguadores

Sin embargo, esta no es toda la historia. La necesidad de los mercados nacionales de protegerse del exterior surgió de la naturaleza de la división internacional del trabajo bajo un sistema de mercado. Este factor externo tenía la misma fuerza que el interno; entre ambos refutaban el axioma del libre comercio.

La división internacional del trabajo es una bendición absoluta. Pero ¿hasta qué punto puede conseguirse a través de una economía de mercado? Esa es la cuestión.

Si la división internacional del trabajo es llevada a cabo a través de la competencia y de la consiguiente eliminación del menos eficiente, entonces mucho dependerá de la tasa a la que funcionen los tipos de cambio, así como de las dimensiones de las unidades implicadas. En la medida en que las unidades competitivas sean pequeñas como, por ejemplo, las diversas granjas de un vecindario o las distintas tiendas en un barrio, la dislocación causada por la eliminación del incapaz será leve en comparación con las ventajas que recaerían sobre la comunidad en su conjunto a través de unos mejores servicios; incluso la propia persona eliminada podría encontrar alguna compensación en las oportunidades ofrecidas por el mejorado sistema comunitario. Pero dadas unidades más y más grandes, la situación no será la misma; si compiten regiones, países o continentes, la

eliminación de los menos eficientes puede suponer la ruina y la destrucción de comunidades enteras. Entonces, el sistema, lejos de ser una bendición, se convierte en un peligro mortal y tendrá que ser corregido a cualquier precio. También puede ocurrir que, junto con el crecimiento de las unidades, el ritmo al que el proceso de división del trabajo continúa intensificándose no deje tiempo para que las unidades desplazadas puedan reajustarse. Mientras que un incremento lento de la división del trabajo, efectuado por los mecanismos del mercado, sería puramente beneficioso, un ritmo de cambio rápido podría funcionar como una maquinaria de auténtica destrucción.

Por cierto, esto ayuda a explicar el repentino ascenso de los Estados nación a una posición de máxima importancia a lo largo del siglo XIX. El fantástico incremento del bienestar general que surgió de la creciente división del trabajo en el mundo solo podía ser asegurado por la expansión del sistema de mercado. Pero los grandes peligros inherentes a este sistema, tanto interna como externamente, forzaron al Estado a tomar medidas de protección, lo cual convirtió a este en una unidad vital de la existencia comunitaria hasta un nivel sin precedentes. Cuanto más intensa era la cooperación internacional y más cercana se hizo la interdependencia entra las diversas partes del mundo, se convirtió en más esencial la única unidad organizativa efectiva de una sociedad industrial en el nivel técnico actual: la nación. El nacionalismo moderno es una reacción de protección contra los peligros inherentes a un mundo interdependiente.

Un resumen histórico

Una mirada a vista de pájaro de la historia económica y social del siglo XIX confirmará este análisis.

El escenario es Inglaterra, hogar y centro del movimiento. Comencemos con el liberalismo económico del *laissez-faire* y

pasemos luego al período de construcción de los mercados mundiales o el *libre comercio*. El primer punto remite a la economía nacional, el segundo a la internacional.

a) Laissez-faire

Por cerca de doscientos cincuenta años Inglaterra estuvo viviendo bajo un sistema regulador que era simplemente otro nombre para el mercantilismo. Todos los factores de producción estaban regulados en su actividad por leyes. El trabajo se organizaba en base a la Ley de Artesanos (1563), así como por las leyes de pobres de ese mismo año y de años posteriores. El precio, igual que la oferta de trabajo, estaba establecido por la autoridad pública. El derecho consuetudinario marcaba las formas de utilización de la tierra. Desde el año 1662, el trabajo en el campo estaba asignado al condado; al mismo tiempo, la importación de grano estaba prohibida, excepto en caso de hambruna. Las leyes de navegación restringían el transporte y los embarques. La exportación de lana estaba prohibida. Los precios del pan y la cerveza eran fijados por los tribunales y por las normas de las corporaciones; los salarios eran calculados por los magistrados; el interés estaba restringido por la ley; el comercio estaba controlado para prevenir el desarrollo de mercados no regulados.

La Revolución Industrial estaba ya claramente en marcha cuando estas regulaciones fueron derogadas para construir una economía de mercado. Todavía en 1795, el medieval «derecho a vivir» estaba reconocido de manera efectiva en el sistema de subsidios que aseguraban al trabajador unos ingresos tuviera trabajo o no. No fue hasta el rechazo del sistema de subsidios en la ley de pobres de 1834 que se aceptó el *laissez-faire* y el trabajo se convirtió en mercancía.

Pero el contramovimiento de protección de la sociedad contra el *laissez-faire* comenzó casi a la vez que el propio *laissez-faire*. En 1847 se aprobó la ley que establecía la jornada laboral de diez horas y pocos años más tarde pudo comenzar a funcionar el movimiento sindical. La fecha de nacimiento de las cooperativas de

consumidores fue 1844. Y a principios de los cincuenta los socialistas cristianos ya estaban presentando sus protestas contra el liberalismo económico.[2] El predominio legislativo del *laissez-faire* había durado escasamente no más de una generación.

Mientras que la clase trabajadora había estado luchando contra el liberalismo económico bajo la dirección del owenismo[3] y el cartismo,[4] en la década de 1850 abandonaron la lucha y se volvieron sin reservas hacia el liberalismo. No los trabajadores, sino las clases propietarias, eran las que representaban los intereses de un proteccionismo en parte conservador y en parte social. Fue la época en la que Joseph Chamberlain, el empresario radical de Birmingham, lanzó su campaña a favor de una legislación social y del sufragio universal, para volverse poco después hacia el proteccionismo y el imperialismo.

Este cambio desde el proteccionismo interno hacia el externo que quedaría simbolizado en la carrera de Joseph Chamberlain, se le impuso al mundo a consecuencia de los efectos del libre comercio.

2. Charles Kingsley (1819-1875), John Frederick Denison Maurice (1805-1872), junto con John Ruskin (1819-1900), serían los más afamados representantes del movimiento conocido como socialismo cristiano, surgido en Gran Bretaña y que gozó de cierta presencia pública, fundamentalmente en la primera mitad del siglo XX.
3. Referencia a la corriente socialista basada en los planteamientos de Robert Owen (1771-1858). Aunque tuviera un carácter claramente anglosajón, su influencia se extendió más allá de la propia Gran Bretaña. Se trata de un socialismo reformista opuesto a la idea de la lucha de clases que preconiza, por el contrario, la «fraternidad universal».
4. El cartismo fue un movimiento popular radical que surgió a mediados de los años treinta del siglo XIX en Gran Bretaña. Debe su nombre a la elaboración de la *Carta del pueblo*, redactada en junio de 1837 y que fue enviada al Parlamento. La *Carta*, que recogía reivindicaciones políticas —sufragio universal (masculino), voto secreto...— y laborales —reducción de la jornada laboral...—, llegó a estar avalada por más de un millón de firmas. A lo largo de la década de los cuarenta, y en la medida en que fueron consiguiéndose algunas reivindicaciones, por ejemplo el establecimiento de una jornada laboral máxima de doce horas y, al poco, de diez, el movimiento fue perdiendo fuerza.

b) Libre comercio

El libre comercio empezó como un gran éxito, especialmente para Gran Bretaña, la fábrica del mundo, con su monopolio de los procesos manufactureros basados sobre el hierro y el carbón.

Pero este período feliz duró solo desde 1846, es decir, la derogación de las leyes de cereales, hasta la depresión de 1873-1885, al final de la cual el mundo había dejado de lado el libre comercio. Una vez más, el contramovimiento fue debido a la gran efectividad del principio involucrado.

Apenas había hecho su aparición sobre los océanos el barco de vapor cuando la división del trabajo comenzó a mostrar sus garras. Un torrente de grano barato de ultramar inundó los mercados de Europa y amenazó con destrozar el sustento de millones de los más conservadores cultivadores del suelo. El mismo sistema social estaba en peligro, puesto que el campesino continental no es un granjero, es decir, un pequeño hombre de negocios ocupado en la agricultura, sino un miembro de un grupo social tradicional que tiene que vivir de la tierra o perecer.

4.- [Proteccionismo e imperialismo][5]

El establecimiento de aranceles agrarios fue el comienzo del proteccionismo en Europa. Siguieron los aranceles industriales para compensar a los propietarios de las empresas por su pérdida de poder competitivo. Los salarios reales de los trabajadores tuvieron que ser protegidos ahora de los efectos del alza de los precios de los alimentos. Para los propietarios, la carga de las leyes laborales y de los beneficios sociales se veía equilibrada por las ventajas derivadas de los aranceles,

5. En la transcripción de la conferencia no figura título del apartado, solo el número «4». Nos atrevemos a añadir, por nuestra cuenta y riesgo, un posible título.

recompensas y otros tipos de subsidios. Pronto, las dos formas de proteccionismo, interno y externo, se combinaron en un tupido entramado que destrozó la flexibilidad del sistema económico al completo.

Esto sucedió más o menos en el último cuarto del siglo XIX. Desde ese momento en adelante la principal preocupación del Estado fue aliviar la tensión con la que estaba funcionando el sistema económico, en parte fortaleciendo las cualidades amortiguadoras de las fronteras nacionales, en parte añadiendo presión política a la presión económica en los mercados internacionales. Lo primero propició el proteccionismo, lo segundo, el imperialismo como una fuerza nueva y terrible en los asuntos mundiales.

¿ES ESTADOS UNIDOS UNA EXCEPCIÓN?[1]

Reforma y confianza

A lo largo de la última década instituciones libres han sucumbido bajo el impacto de un cambio repentino en muchos de los países en los que la civilización lleva la impronta de la Revolución Industrial.

¿Irá Estados Unidos por el mismo camino? ¿O hay esperanza de que sea capaz de gobernar su propio futuro?

La ruptura del sistema internacional tiene que afectar, por supuesto, a Estados Unidos igual que al resto de países. La desaparición del patrón oro como instrumento clave de la división internacional del trabajo alterará su relación con otras economías nacionales, de la misma manera que sus políticas

1. Karl Polanyi: «Is America an Exception?», en *Five Lectures on The Present Age of Transformation*, *op. cit.*, pp. 27-29. La conferencia tuvo lugar el 10 de octubre de 1940. El día anterior, la prensa anunció un cambio de programa al introducirse esta ponencia en lugar de la que pasará a ser la quinta y última, una conferencia, como veremos enseguida, dedicada a la Revolución rusa.

exteriores tendrán que ser moduladas durante mucho tiempo por la desaparición del sistema del equilibrio de poder tal y como se había practicado durante el siglo 1814-1914.

Pero la respuesta de un pueblo a los estímulos del cambio es el resultado, principalmente, de su organización interna. Por tanto, aunque la presente catástrofe es de orden internacional, la respuesta a nuestra pregunta dependerá en gran medida del grado en que las instituciones de la sociedad estadounidense puedan ser consideradas como análogas a las de las comunidades europeas afectadas.

El ascenso del fascismo en el continente europeo fue debido al hecho de que la necesaria e imprescindible reforma del capitalismo liberal no pudo ser llevada a cabo en base a nuestras instituciones democráticas. Semejante reforma era inevitable debido a los devastadores efectos sobre el tejido social de un sistema económico separado, autorregulado. Este peligro permanente dio lugar a la aparición de las actividades del Estado político moderno, así como del sindicalismo y de otros movimientos esencialmente conservadores que intentaron proteger a la sociedad contra los desastrosos efectos del automatismo de la economía de mercado, no sin entorpecer seriamente, sin embargo, el funcionamiento de esa misma economía en otros aspectos.

Así pues, la tensión simplemente cambió desde la separación original entre economía y política —un esfuerzo claramente utópico— hasta su imperfecta reunificación mediante su mutua interferencia. Ni el capitalismo liberal ni la democracia representativa podían funcionar satisfactoriamente en esas condiciones. El peligro latente para la comunidad en su conjunto no podía ser eliminado mediante una azarosa integración. La vía a una reforma constructiva del sistema capitalista a través de medios democráticos estaba, sin embargo, bloqueada por un conjunto de circunstancias que estaban fuera del control de cualquiera. La sociedad estaba indefensa.

Esto resulta fácil de ver. La reforma tenía que aspirar principalmente a tres desiderata: nivelación del ciclo comercial; seguridad en el trabajo para los empleados; redistribución del poder adquisitivo. Pero el poder político no podía tomar medidas efectivas en ninguna dirección sin paralizar en la práctica

el mecanismo económico del que la sociedad dependía para su existencia cotidiana. Y ello porque la reforma solo podía ser realizada mediante cambios en la definición legal de propiedad,[2] algo que, solo por el mero hecho de intentarlo, provocaría el pánico en los mercados financieros. Para su funcionamiento estos dependen enteramente de la confianza, una situación psicológica que era naturalmente incompatible con cualquier incertidumbre respecto de la definición de los derechos de propiedad. *La reforma fue fruto del pánico*: huida de capitales, hundimiento de los intercambios, cese de la inversión, desempleo masivo, pérdida de ingresos, bancarrota, caos y ruina. Bastante antes de que se llegara a esto, el gobierno reformista fue desalojado del poder y el cuerpo político fue forzado a abandonar cualquier intento de reforma de cara a restaurar la confianza.

El siglo XIX en Europa y en Estados Unidos

Cualquier paralelo entre Europa y Estados Unidos limitado al siglo XIX está llamado a producir los más deprimentes resultados. El pasado de Europa aparece entonces como el futuro de Estados Unidos, con una consistencia que indujo a algunos autores a establecer una agenda para este país. La acumulación de capital, la concentración de la propiedad, la centralización de la producción, la desaparición de la competencia, el incremento de los monopolios, la incidencia sobre el ciclo comercial, la emergencia de una política exterior imperialista, el aumento de la tensión entre clases, la introducción de legislación laboral, la seguridad social y el sindicalismo, todos estos elementos parecían tener sus contrapartes estadounidenses en los gigantescos trust y Wall Street, los métodos de los grandes negocios, la

2. En la edición que seguimos existe una errata, pues se escribe «though» (aunque) en lugar de la palabra correcta «through» (mediante).

diplomacia del dólar, la IWW,[3] los hombres de Pinkerton,[4] la AFL, la CIO,[5] la legislación del New Deal, y, más y mejor que todos sus predecesores europeos, la crisis sin precedentes y el desempleo masivo de la década de 1930. Y conforme pasaba el tiempo, la similitud parecía convertirse en más y más próxima.

Así, no es sorprendente que la mayoría de los estudiosos no vean muchas razones para esperar que el desarrollo institucional en Estados Unidos siga otros caminos distintos a los que desembocaron en el trágico punto muerto de la historia de Europa.

Estado e industria en Estados Unidos

Un retrato diferente se nos presenta, sin embargo, si la comparación la llevamos a un pasado más lejano. Los comienzos de los Estados Unidos nos llevan casi a dos siglos antes de la venidera Revolución Industrial. Una comparación de la historia de los dos hemisferios en este período revelaría que por lo que respecta a la

3. La organización Industrial Workers of the World es un sindicato revolucionario que tuvo su origen en Estados Unidos en 1907, aunque se expandió por otros países anglosajones como Australia, Canadá y Nueva Zelanda. Su mayor influencia se dio a finales de la primera década del siglo XX y principios de los años veinte. Diversos factores, entre los que destaca una importante escisión en 1924, llevaron al sindicato a una considerable pérdida de influencia aunque, no obstante, su existencia llega hasta nuestros días. Quizá Noam Chomsky sea uno de sus más conocidos afiliados.
4. Referencia a los miembros de la famosa agencia de detectives Pinkerton que, en no pocas ocasiones y sobre todo en conflictos laborales, ejerció como un auténtico ejército privado a sueldo de los patronos. La agencia llevó a cabo todo tipo de operaciones como la infiltración en las organizaciones sindicales, contratación y protección de esquiroles o actividades directamente represivas que terminaron, en alguna ocasión, con la muerte de huelguistas.
5. La American Federation of Labour y el Congress of Industrial Organizations eran las otras dos grandes organizaciones sindicales en los Estados Unidos. Sus políticas eran calificadas por la IWW como reformistas y claudicantes. En 1955 se fusionaron ambas organizaciones dando lugar a la AFL-CIO que, a día de hoy, sigue siendo la organización sindical más potente en ese país.

decisiva cuestión de la relación entre economía y política, entre industria y Estado, difieren radicalmente. Mientras que Estados Unidos fue un país formado y realizado como una sociedad, y que solo hace relativamente poco ha comenzado a desarrollar un Estado en el estricto sentido del término, los países europeos poseían, al menos desde el siglo XVI, un poder estatal sobre el que descansaba el sistema social real. Cuando, tras el advenimiento de la Revolución Industrial, las relaciones sociales se convirtieron principalmente en económicas, la sociedad estadounidense continuó existiendo por la fuerza de las convicciones de sus miembros y porque el establecimiento de un Estado que poseyera poderes sustanciales ya estaba, en realidad, impedido por la Constitución. Fue solo tan recientemente como a principios de los años treinta que el Gobierno federal se embarcó en un camino dirigido hacia el establecimiento de un Estado político con poderes reales en los asuntos internos. Era una cuestión de importancia decisiva para el futuro de este país el que este nuevo poder estatal pudiera mostrarse como un instrumento efectivo de reforma del sistema económico permaneciendo, a la vez, como básicamente democrático.

Sería demasiado pronto para decir si Estados Unidos ha alcanzado ya una sociedad *dúctil*, es decir, una sociedad que pueda ser modelada por el Estado político y otros factores sociales conscientes sin peligro de una trágica interrupción. Si es así, esto se debería principalmente a la ausencia de control del mercado financiero sobre el sistema de crédito del propio Estado. El conflicto entre la Casa Blanca y Wall Street en los primeros años del New Deal, junto con la caída del patrón oro, pueden haber tenido mucha más importancia de lo que normalmente se considera. Porque en ese período puede haberse determinado no solo el carácter del naciente Estado, sino también su relación con el mercado financiero. Las bases sobre las que tendrá que proceder la futura integración del Estado, la industria y otros factores sociales independientes en Estados Unidos no están todavía nada claras; pero puede muy bien ser el caso de que la trágica condición de una sociedad indefensa haya sido finalmente superada en este país.

EL MARXISMO Y LA HISTORIA INTERNA DE LA REVOLUCIÓN RUSA[1]

La Revolución de Octubre y los planes quinquenales

En nuestro repaso a vista de pájaro del último cuarto de siglo hemos fechado la puesta en marcha de un cambio rápido y radical a principios de los años treinta. Los años veinte los hemos descrito como un período conservador dominado todavía principalmente por los ideales del siglo XIX.

Superficialmente, podría parecer que habría que hacer una excepción por lo que respecta a la Revolución rusa. Pero, de hecho, este gran acontecimiento no fue más que la continuación de la Revolución francesa sobre suelo ruso. Fue solo con los planes quinquenales y la colectivización de las granjas que algo esencialmente nuevo entró en la historia de la civilización occidental. Esto, sin embargo, no ocurrió hasta principios de los años treinta, cuando la época de la transformación comenzó a escala planetaria.

1. Karl Polanyi: «Marxism and the Inner History of the Russian Revolution», en *Five Lectures on The Present Age of Transformation*, *op. cit.*, pp. 30-35. Esta conferencia tuvo lugar el 17 de octubre de 1940.

Esta aproximación, que se sigue naturalmente de nuestras proposiciones generales, provoca un cierto número de cuestiones. Si la Revolución de Octubre de 1917 no tenía como objetivo la introducción del socialismo en Rusia, ¿por qué tomó esta revolución un carácter socialista, al menos por un tiempo? Y ¿qué conexión habría, si es que la había, entre el primer período de la Revolución rusa, 1917-1923, y la época de los planes quinquenales, a partir de 1928, que busca deliberadamente hacer de Rusia un país socialista?

Las presentaciones oficiales de la Revolución rusa son demasiado inadecuadas para resultar útiles sobre esta cuestión. Difieren, incluso ampliamente, unas de otras conforme las sucesivas etapas de la revolución demandaban nuevas justificaciones. La historia oficial del Partido Comunista omite mencionar una serie de acontecimientos decisivos y solo aporta pequeñas referencias a los hechos. La literatura trotskista, por su parte, tergiversa el período de los planes quinquenales casi tan mal como tergiversa la literatura estalinista la Revolución de Octubre. También sus interpretaciones del marxismo siguen de manera demasiado estricta las líneas de la doctrina tradicional como para poder ser de demasiada ayuda a la hora de formarse un juicio acerca de la relevancia del marxismo para el pensamiento socialista en general.

Un estudio de los documentos originales es el único medio de aproximación seguro. Ello incluiría los discursos y artículos de Lenin, también algunos de sus primeros trabajos como, por ejemplo, los referidos a la cuestión de la tierra; algunos discursos de Stalin; las obras históricas de Trotsky, especialmente su versión corta de la Revolución de Octubre publicada en Gran Bretaña en 1919; los «Diez días» de John Reed; así como las críticas contemporáneas de Rosa Luxemburgo y Karl Kautsky. Para el período intermedio de 1925-1928, los informes oficiales de las conferencias del Partido son la principal fuente de información.

Resumen general

La Revolución de Octubre de 1917 se veía a sí misma, y realmente lo era, como una continuación de las revoluciones occidentales de los siglos XVII, XVIII y XIX. En consecuencia, sus líderes eran reticentes a introducir elementos socialistas en su programa y, por consiguiente, solo acabaron haciéndolo bajo la presión de las circunstancias. Esto es clarísimamente cierto en el caso del propio Lenin, como se ve por el hecho de que en el momento de su muerte el «comunismo de guerra» fuera un episodio del pasado y que la Revolución de Octubre prácticamente hubiera concluido. El zarismo ya no estaba; la tierra era poseída por el campesino; las diferentes naciones habían sido liberadas del dominio de la Gran Rusia. Nada quedaba por hacer, a excepción del establecimiento de alguna forma avanzada de democracia agraria.

Pero el derrocamiento de la autocracia había llegado en un momento en el que las clases medias estaban ya demasiado susceptibles respecto de la democracia popular en Europa como para dar un apoyo incondicional a la revolución. Así, los trabajadores industriales de las ciudades se convirtieron en los protagonistas de la revuelta, con el trágico resultado de que su autopreservación política quedó identificada con la supervivencia de la revolución misma. Sin embargo, se mantenía el hecho de que era la agricultura, no la manufactura, la principal industria de la atrasada Rusia, y *esta* industria no podía ser reconciliada con el poder político de los trabajadores. La economía de mercado de las zonas rurales sufrió cada vez más las interferencias del Estado, que había nacionalizado las industrias manufactureras, mientras estas eran, a su vez, estranguladas por el sabotaje del campo. *Aun así, si hubiera habido un sistema internacional, tanto político como económico, en funcionamiento, del que Rusia hubiera podido formar parte, estas tensiones podrían muy bien haber sido superadas a tiempo.*

Pero, hacia el final de los años veinte, cuando Rusia estaba lista para la normalización —vuelta al mercado mundial a

gran escala y adhesión al Pacto Kellogg—,[2] *el sistema internacional estaba ya en el punto de ruptura*. Así pues, el plan quinquenal de Rusia no fue, en última instancia, el resultado de fuerzas que operaran solo en Rusia, *sino de una tendencia general en funcionamiento, tanto dentro como fuera de Rusia, en un momento crítico*.

Bolcheviques y *narodniki*

La teoría marxista de la historia culminaba con una verdadera agenda del desarrollo económico. Al feudalismo le seguiría el capitalismo, y al capitalismo, el socialismo. No puede haber «saltos», porque la secuencia está determinada por el desarrollo de los medios de producción. El socialismo presupone una abundante oferta de capital en forma de fábricas y maquinaria, que no pueden aparecer en una atrasada sociedad agraria feudal. Ninguna sociedad puede pasar del feudalismo al socialismo sin haber pasado primero por el capitalismo. Los socialistas defienden la evolución económica: por tanto, en un país feudal defienden el capitalismo, en un país capitalista, el socialismo.

En la atrasada Rusia agrícola, esta perspectiva era de la mayor importancia. Ya desde los años ochenta del XIX, los principales oponentes de los marxistas habían sido los *narodniki* (populistas o popu-socialistas, podrían llamarse), los cuales denunciaban el empeño por introducir el capitalismo en Rusia como una muestra fantástica e inmoral de pedantería. La réplica marxista era que los *narodniki* eran unos reaccionarios que escondían su odio a la maquinaria y al progreso tras una denuncia sentimental del

2. Se conoce como el Pacto Kellogg, o Briand-Kellog, por sus dos promotores principales, Aristide Briand, ministro francés de Exteriores, y Frank Kellogg, secretario de Estado de los EE. UU. Fue firmado el 27 de agosto de 1928 en París y su compromiso fundamental era la renuncia a la guerra como método de solución de los conflictos internacionales. En un principio los signatarios fueron quince países, pero posteriormente se añadieron hasta cincuenta y siete más.

capitalismo. Así, un marxista ruso identificaba su personalidad y perspectiva con el programa de introducción del capitalismo en Rusia mediante el derrocamiento del zarismo y la destrucción del sistema feudal de propiedad de la tierra. La Revolución francesa, que estableció el gobierno de la burguesía, era lo que en ese momento necesitaba Rusia. Cualquier otra pretensión habría sido denunciada como puro aventurerismo, cuando no como reacción encubierta.

Pero entonces ¿cuál debería ser la función de un partido socialista en el derrocamiento del zarismo?

La respuesta era: llevar la revolución burguesa hasta sus límites máximos para prevenir la contrarrevolución y para asegurar a la gente común sus plenos derechos democráticos; esto impediría que la burguesía usurpara a los trabajadores su parte de la victoria común, como había ocurrido ya en algunas revoluciones del pasado. Pero, al mismo tiempo, los socialistas *no* deberían permitir exigencias en nombre de los trabajadores porque eso supondría introducir elementos socialistas en la revolución, un paso prematuro que llevaría inevitablemente a la derrota y a la victoria de la contrarrevolución.

Como podemos ver, la doctrina marxista imponía unas medidas muy serias de autolimitación a los líderes del movimiento de la clase obrera rusa.

La interpretación de la doctrina por Lenin

En febrero de 1917 tuvo lugar en Rusia la tan esperada revolución burguesa, el zar fue forzado a renunciar y fue establecido el, así llamado, Gobierno provisional dirigido por Kérenski.[3]

3. Aleksándr Kérenski (1881-1970). Político revolucionario ruso que tuvo un papel destacado en la Revolución de Febrero de 1917. Formó parte del Gobierno provisional constituido tras la caída del zarismo. En julio de 1917 fue nombrado primer ministro hasta que la Revolución bolchevique de octubre lo apartó del poder.

Tenía el apoyo, en mayor o menor medida, de todos los partidos de las clases agrarias y trabajadoras, *hasta que Lenin volvió del exilio en los primeros días de abril.*

La oposición de Lenin al Gobierno provisional fue una línea completamente nueva en el Partido. Argumentó que, a menos que la clase obrera estuviera vigilante, la guerra continuaría; la revolución sería detenida y triunfaría la contrarrevolución. Se opuso a todo tipo de acción violenta contra el Gobierno provisional, propuesta que tenía el apoyo del Sóviet de Petrogrado, pero presionó por un control bolchevique de los sóviets (en los cuales tenían muy pocos representantes). El control de los sóviets por los bolcheviques sería la mejor garantía para forzar a la revolución burguesa hasta sus límites máximos.

Trotsky y la «revolución permanente»

Solo Trotsky había previsto que la revolución en Rusia no sería una revolución exclusiva de las clases medias. Dedujo esto de la naturaleza del desarrollo mundial en nuestro tiempo. Argumentó que el derrocamiento del zarismo se convertiría en un acontecimiento mundial; que aunque, en el curso de este acontecimiento, Rusia se moviera hacia el socialismo, no podría establecerlo con éxito; pero a pesar de ello, a largo plazo, Rusia sería salvada de las consecuencias de su propio atraso por la revolución mundial y la consiguiente victoria del socialismo en los países más avanzados de la Europa occidental. Esta es la teoría de la «revolución permanente». Vinculó la teoría marxista ortodoxa del desarrollo social con la política de los socialistas rusos que estaban intentando determinar sus tareas en una revolución de las clases medias.

Los bolcheviques forzados a adoptar medidas socialistas

En consecuencia, el recorrido de la Revolución de Octubre transcurrió a lo largo de una serie de contradicciones. La principal función de la revolución se consiguió sobre bases tradicionales: el zarismo fue destruido; las formas feudales de propiedad de la tierra fueron abolidas; las razas del imperio se liberaron del dominio de la Gran Rusia. Pero el desarrollo institucional real fue muy diferente del deseado originalmente por los bolcheviques.

Sus tres principales objetivos políticos habían sido: república democrática; nacionalización de la tierra; capitalismo industrial. En realidad, ninguno de esos objetivos se consiguió: a) la Asamblea Constituyente fue disuelta antes de que empezara a funcionar y, de esa manera, la república democrática fue pospuesta indefinidamente; b) la nacionalización de la tierra significaba su arriendo a los campesinos por parte del Estado, un punto sobre el que Lenin insistió como la forma más pura de tenencia capitalista de la tierra: de ahí no surgió nada porque los campesinos estaban determinados a poseerla ellos mismos y los bolcheviques tuvieron que ceder; c) el rechazo de los bolcheviques a consentir las demandas económicas de los trabajadores fue en vano, ya que la desorganización de la producción y el subsiguiente sabotaje por parte de los propietarios los forzó a, paso a paso, tomar el control de una industria tras otra.

Por un breve lapso de tiempo pareció como si Rusia fuera a ser socialista. A mediados de 1918 se nacionalizó la industria y, bajo la presión de la intervención extranjera, se inició el «comunismo de guerra». Fue este un intento genuino de abolir el dinero y el mercado e instituir una economía de trueque-estatal. Terminó con el terrible desastre de la hambruna. Lenin proclamó la necesidad de una vuelta al capitalismo y declaró que el comunismo de guerra había sido un alejamiento de todo lo que el Partido había enseñado siempre sobre la transición al socialismo.

En 1921, con la Nueva Política Económica (NEP),[4] se restauró el libre mercado de grano. Pero a menos que este respiro pudiera utilizarse para llevar a cabo una revolución mundial, la victoria política de los campesinos no podría evitarse y el poder de los trabajadores industriales desaparecería. Este era el punto de vista de Lenin.

El período intermedio

La decisión se fue posponiendo durante casi cinco años. Durante este período el impulso original de la Revolución de Octubre había cesado. Para mantenerse a sí mismos, los trabajadores urbanos estaban interfiriendo de manera creciente sobre los suministros alimentarios campesinos y las materias primas agrícolas para la industria. Pero las industrias manufactureras eran demasiado ineficientes como para mantenerse ellas mismas sobre la base de intercambios libres, y, así, tuvieron que extender el alcance de la intervención estatal, a pesar de sus nocivos efectos sobre los suministros. La elección parecía estar entre la vuelta al comunismo de guerra, propuesta por Trotsky, y la coherente continuación de la NEP, con la aceptación de una economía de libre mercado y la liquidación del poder de los trabajadores.

Los planes quinquenales

La decisión real fue enteramente diferente. Se abandonaron las tesis marxistas de la imposibilidad del socialismo en un país agrario

4. Nueva Política Económica. Política económica propuesta por Lenin y aprobada en marzo de 1921, que sustituyó al comunismo de guerra tratando de relanzar una economía destruida por la Gran Guerra y la guerra civil posterior a la revolución. Fue sustituida en 1928, como nos narra Polanyi, por el Primer Plan Quinquenal.

atrasado y, con los planes quinquenales, se empezó a industrializar Rusia sobre una base socialista. No podía imaginarse un procedimiento más contrario a la filosofía marxista de la influencia determinante de las condiciones económicas *dadas* sobre la política. Que esta línea triunfara difícilmente se puede explicar por la ideología marxista de los líderes; en efecto, el plan quinquenal ruso era el resultado de una nueva revolución. No es de extrañar, pues, que muy pocos de los comprometidos en el derrocamiento del zarismo tomaran parte en esta segunda revolución. El establecimiento deliberado de una economía socialista estaba aparentemente mucho más vinculado a la época de transformación fuera de Rusia que al derrocamiento del zarismo en 1917.

Más aún, la inspiración democrática de la Revolución de Octubre tuvo un resultado muy importante. Cuando se planteó en Rusia de forma aguda el conflicto entre el Estado y la industria, el resultado fue diferente del producido en otros países del continente. En Rusia, el Estado se hizo cargo del sistema industrial y añadió la agricultura a la esfera de las manufacturas nacionalizadas. En otros países, las instituciones de la democracia fueron abolidas y la reforma del sistema económico se intentó bajo el liderazgo fascista. Fue la tragedia de Rusia, y no solo de Rusia, que en lugar de las formas socialistas de integración, la corriente democrática sucumbiera a largo plazo ante la tendencia totalitaria. Esto se debió fundamentalmente a la incontenible fuerza del fascismo, bajo cuya presión externa Rusia, quizá solo momentáneamente, cambió de una democracia potencial a un Estado totalitario despótico.

EUROPA HOY

PREFACIO

Se me ha pedido que escriba unas pocas palabras a modo de introducción al libro del Dr. Polanyi. Lo hago con placer, en tanto que su amigo pero también porque, habiéndolo leído, me siento capaz de recomendarlo con total y absoluta convicción. Polanyi, además de su enorme saber, ha conseguido acumular una considerable cantidad de información muy útil en estas pocas páginas. Pero el suyo no es un libro consistente en una mera recopilación de hechos: todo lo contrario, es un libro que debe ser alabado por la habilidad mostrada para seleccionar solo lo significativo, solo aquello que la persona ordinaria tiene que saber para que las actividades en el día a día de la diplomacia europea y las noticias del exterior que le ofrece regularmente la prensa tengan algún significado real para él. Sin guías como las que nos proporciona este librito, esa persona se encontraría en peligro de perderse totalmente entre la desconcertante secuencia de acontecimientos. Con la ayuda el Dr. Polanyi, puede confiar en estar seguro de los hechos más importantes, aunque, por supuesto, no de seguir todos los entresijos menores de la actual política europea.

Por encima de todo lo demás, este libro deja claro el carácter fundamental del presente conflicto europeo. Hasta hace unos pocos años, era imposible para una persona razonable tomar partido frente a las disputas entre los grandes estados de la Europa occidental. Podía estar a favor de la seguridad colectiva y desear fortalecer a la Sociedad de Naciones como una defensa de la paz

contra las agresiones.[1] Pero si apoyaba a los amigos de la seguridad colectiva y el sistema de la Sociedad de Naciones, también se situaría a sí mismo defendiendo el Tratado de Versalles y junto a los opositores a la revisión del tratado, incluso a pesar de que la revisión se planteara, obviamente, sobre la base de la simple justicia. Si, por otro lado, optaba por la revisión [del tratado],[2] se encontraba en el mismo lado que la Italia fascista y los principales enemigos internos de la Sociedad de Naciones. Y si, considerando como una auténtica plaga las dos posturas de la Europa occidental, ponía sus esperanzas sobre la Unión Soviética, se encontraba con que se esperaba de él que mirara esperanzadamente hacia un futuro, no de paz mundial, sino de revolución mundial y de una devastadora guerra mundial que barrería al capitalismo (¿y a cuántas cosas más?).

Ahora, como señala Polanyi, la situación se ha convertido en mucho más simple, y también mucho más directamente amenazadora. Las cuestiones surgidas del Tratado de Versalles ciertamente no han desaparecido por completo. Pero el tratado se ha desintegrado, todo excepto sus cláusulas territoriales. La Sociedad de Naciones se ha desintegrado igualmente, a la vista de su lamentable fracaso en detener tanto la agresión japonesa como la italiana, o para hacer la más mínima intervención en los recientes acontecimientos. En la crisis española, ¿quién piensa en la Sociedad de Naciones como una posible fuente de ayuda? Es absolutamente impotente: apenas existe, salvo como oficina de estadísticas y como un instrumento útil para lidiar con asuntos internacionales de un tipo tal que puedan ser manejados sin alcanzar las cuestiones vitales de la guerra y la paz.

El cambio dramático en la completa situación mundial es debido al ascenso del fascismo, o, más bien, a la victoria, en una buena parte de Europa, de las fuerzas en las que se apoya el fascismo.

1. La Sociedad de Naciones, o Liga de las Naciones, fue un organismo internacional creado con los tratados de paz posteriores a la Gran Guerra con la pretensión de asegurar la paz entre los diferentes países y contribuir a la reorganización del mundo tras el cataclismo bélico. Su fracaso fue patente.
2. El término «revisionismo» hace referencia en estos textos de Polanyi a las propuestas de revisión de los tratados de paz.

El fascismo, tan extremadamente nacionalista como lo es cada una de sus secciones separadas, hay que considerarlo como una fuerza internacional. Es, y representa, la contrarrevolución internacional, dirigida no simplemente contra el «bolchevismo», como tratan de hacernos creer en ocasiones sus portavoces, sino contra todos los movimientos y aspiraciones de la democracia. En la Europa de la postguerra quedó absolutamente claro que el desenlace lógico de la democracia política, del parlamentarismo, era también la democracia económica, esto es, el triunfo de alguna forma de socialismo. El viejo orden del privilegio de clase era impotente para luchar con las antiguas armas, excepto en unos pocos países en los que los fundamentos económicos del capitalismo estaban demasiado bien consolidados como para haber sido sacudidos seriamente por la Gran Guerra. El viejo orden tenía o que aceptar la derrota, con la certeza de que lo que seguiría sería el socialismo, o encontrar nuevas armas contra la democracia, armas que los partidarios potenciales de esta podrían ser inducidos a utilizar contra los propios demócratas.

El fascismo nacionalista, belicista, que fue introducido a presión mediante todas las artes conocidas por la moderna psicología y la técnica propagandística, y que fue financiado generosamente por los fanáticos del viejo orden, proporcionaba la respuesta. Porque Europa rebosaba sufrimientos y quejas legítimas, además de las quejas económicas básicas, que podían ser explotadas por los demagogos a expensas de la democracia. Esto era lo más fácil, porque los países que deberían haberla defendido, no solo internamente, sino también mediante su política internacional, eran demasiado falsos como para confiar en ellos. En lugar de construir la Sociedad de Naciones como un instrumento de justicia internacional, la usaron para mantener las injusticias de los acuerdos de paz. En lugar de implementar sus propias promesas de desarme hasta el nivel que se había impuesto a los países derrotados, insistieron en mantener sus armamentos y generaron así un estigma permanente de inferioridad en sus recientes enemigos. Francia, empujada por el miedo a una revancha alemana, fue el peor de los infractores en este aspecto. Pero la política

británica era espantosamente débil y vacilante, y aunque pudiera tener clara una dirección, todavía apuntaba mucho más al equilibrio de poder que al necesario Concierto de Europa.[3] Y la Unión Soviética, en lugar de aspirar, como ha estado haciendo desde que las victorias fascistas le abrieron los ojos, a unir todas las fuerzas de las que había esperanza de que pudieran unirse al lado democrático, ha lanzado una guerra intensísima contra aquellos cuyas opiniones tiene más cerca, y tiene que compartir con los líderes más timoratos y acomodaticios de la socialdemocracia la responsabilidad por la funesta ruptura en el movimiento de la clase obrera que ha permitido el ascenso del fascismo al poder casi sin resistencia alguna.

Hoy es bastante fácil ver los errores pasados. Pero es mucho menos fácil deshacer sus consecuencias. Hoy, la Unión Soviética está trabajando por la unidad democrática en el frente más amplio posible. Pero los errores pasados hacen que la unidad sea terriblemente difícil de conseguir, y todavía más difícil a consecuencia de las convulsiones internas que está atravesando la propia Unión Soviética, ella misma bajo la perniciosa influencia del miedo. En Francia, el Frente Popular no se consiguió hasta que el fascismo estaba a las puertas de la victoria. Internacionalmente, la unión de las fuerzas de la democracia quizá solo llegue bajo el estímulo de una necesidad tan nefasta e inmediata que ningún demócrata pueda equivocarse por más tiempo.

Para aquellos que tengan la agudeza suficiente para captar la tendencia subyacente a los acontecimientos, la necesidad está ya bastante clara. España nos proporciona el ejemplo definitivo. Conocemos ahora, más allá de toda duda, la técnica de las fuerzas contrarrevolucionarias. Una vez se dijo que el fascismo no era un artículo exportable; pero poca afirmaciones

3. Se conoce mediante el término «Concierto de Europa» al orden europeo surgido tras las guerras napoleónicas y que se mantendrá hasta la Gran Guerra. Se centraba en el equilibrio de poder y el mantenimiento de la paz entre las naciones europeas. Se considera que vio la luz en el Congreso de Viena de 1815.

puede haber tan falsas. Es cierto que en el momento presente el fascismo no lleva a cabo una guerra mundial: provoca guerras civiles de cara a fortalecer sus bazas para la futura guerra mundial que está continuamente preparando. El general Franco habría sido derrotado hace tiempo si no hubiera sido por el apoyo que le proporcionaron los poderes fascistas a sus tropas rebeldes. Con toda probabilidad no hubiera habido alzamiento en España sin la promesa de dicha ayuda. Y, sea quien sea el que gane en España, no pasará mucho tiempo antes de que los estados fascistas fomenten una guerra civil en algún otro país —puede ser Checoslovaquia o, incluso, Francia—, en la esperanza de detraer otra área más de las fuerzas potenciales de la democracia y establecer en otra nación la incivilizada monstruosidad de un Estado totalitario. Y quizá, una vez más, los países supuestamente democráticos se comportarán estúpidamente aplaudiendo o estrechando manos en lugar de unirse todos a tiempo en una liga efectiva de seguridad conjunta para resistir a la siempre creciente amenaza de la dictadura fascista.

¡Hasta aquí! No es mi labor escribir el libro del Dr. Polanyi por él, o repetir lo que tan bien ha afirmado por sí mismo y lo que ha establecido tan claramente sobre la relación con la historia de la Europa de postguerra. Mi tarea es solamente, como miembro veterano de la WEA y de la WETUC, recomendar el que creo que es el libro preciso para proporcionar a los estudiantes de la clase obrera una breve pero exhaustiva visión de la realidad europea de nuestros días. Inevitablemente, no coincido con todas las opiniones del Dr. Polanyi; y si yo hubiera escrito su libro habría diferencias de énfasis e, incluso, de opinión. Pero estas diferencias no afectan a su cuestión esencial: la urgente necesidad de unidad democrática y la construcción de un frente democrático internacional comprometido en un sistema colectivo de mutua defensa contra el belicismo y la agresividad y, por tanto, con la sustitución de una política de poder por una política de justicia democrática internacional. Si este frente ha de ser construido, Gran Bretaña tiene que ayudar a construirlo; y mi esperanza es que el libro del Dr. Polanyi ayude a la creación en Gran Bretaña de una fuerza de opinión

democrática que obligue a nuestro Gobierno a ponerse del lado de la decencia y de la civilización contra los tigres devorahombres que están en este momento sueltos por el mundo.

G. D. H. Cole,
Hendon, julio de 1937

INTRODUCCIÓN

Puede afirmarse con seguridad que una persona que haya aprendido geografía e historia hace tan solo veinte años se hallaría no pocas veces perdida a la hora de comprender los acontecimientos continentales que reflejan nuestros periódicos diarios. No encontraría en el mapa algunos estados importantes y se verá confrontada con toda una serie de nuevos países; se sentiría incapacitada por el hecho de que en la mayoría de los antiguos países el sistema social, político y económico ha cambiado hasta hacerse irreconocible; y, finalmente, se daría cuenta de que está viviendo en un mundo que está en peligro inminente de autodestrucción a causa de ideas enfrentadas y problemas no resueltos, la mayoría de cuyos nombres nunca había escuchado con anterioridad.

Ahora bien, esta nueva y rápidamente cambiante Europa está inquietantemente próxima a las costas de Inglaterra. Los bombarderos, si no son obstaculizados, pueden alcanzarlas en casi el mismo número de minutos que el número de horas que le hubiera supuesto a un invasor hacerlo veinte años atrás. Los estragos provocados por el ataque del enemigo serían quizá cien, mil veces mayores. Pero aparte del peligro de una invasión, los intereses del ciudadano medio de este país pueden verse afectados en cualquier momento por los acontecimientos en el exterior. Sus ganancias e ingresos, sus condiciones de trabajo, incluso sus derechos y libertades cívicas pueden ser puestos en peligro súbitamente como si de repente le cayera un rayo. No debe

sorprendernos, pues, que la vida industrial y política de este país reaccione de forma considerable frente a todo cambio relevante en la tensa atmósfera del continente.

Este librito se presenta como una guía a esta nueva Europa. ¿Cuáles son los *problemas vitales* sobre los que sus habitantes están tan profundamente divididos que una conflagración general parece algunas veces casi inevitable? ¿Y cuáles son los principales hechos que hemos de tener presentes si queremos entender más adecuadamente estos problemas? Intentaremos proporcionar una respuesta tan adecuada como sea posible en el limitado espacio del que disponemos.

Un apunte introductorio sobre las causas nacionales, religiosas y sociales de la guerra haría más fácil desentrañar los enrevesados hilos de la política en la época de la postguerra.

En ninguna otra cosa la Europa actual difiere más ampliamente de la del tiempo de nuestros abuelos que en los conflictos que podrían conducirnos a la guerra. En los siglos recientes, en los asuntos internacionales predominaban los conflictos *nacionales*. En un momento anterior, eran las disensiones *religiosas* las que se constituían como causa habitual del conflicto armado. Las Cruzadas, por ejemplo, duraron varios siglos y las guerras contra el islam continuaron enturbiando la paz de la Europa medieval durante ochocientos o novecientos años. En los tiempos modernos, la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que convirtió a una próspera Alemania en un desierto, fue principalmente una guerra entre protestantes y católicos, mientras que la Guerra Civil inglesa del mismo siglo fue alentada por el fervor de puritanos y papistas.

Por entonces, en una época de conflictos religiosos, era bastante común que en un enfrentamiento entre diferentes estados, la gente de un país tomara parte en las guerras civiles de otros países del lado de sus correligionarios. Un ejemplo evidente de esto lo encontramos en la Guerra de los Treinta Años. En el curso de la guerra civil que enfrentó a los alemanes protestantes contra los alemanes católicos, la Suecia protestante y la católica Austria tomaron partido a favor de sus respectivos correligionarios. Otros estados intentaron utilizar las disensiones religiosas alemanas sin ningún tipo de consideración respecto de sus preferencias religiosas. Así, la católica Francia ofreció su ayuda a los príncipes protestantes alemanes de cara a satisfacer sus propios intereses nacionales.

Obviamente, algo muy parecido está pasando hoy en España, salvo por el hecho de que en nuestra época las guerras civiles tienden a tener un carácter no ya religioso, sino *social*. Sin embargo, hay más similitudes entre las guerras religiosas y las guerras sociales de lo que parece a primera vista. La Guerra Civil inglesa, por ejemplo, no fue solo una guerra religiosa, sino también una guerra social entre la aristocracia feudal y las emergentes clases medias, mientras que la Guerra Civil americana, por mencionar otro ejemplo, fue una guerra social con una tensión religiosa diferencial debido al puritanismo del norte. De esta manera, la aparición en nuestros tiempos de *conflictos sociales* junto a *conflictos nacionales* contribuye notablemente a explicar el que quizá sea el rasgo más llamativo de la historia contemporánea, esto es, la frecuencia con la que *guerras externas* y *guerras civiles* se entrecruzan en el marco de los acontecimientos internacionales.

Pero la distinción entre causas nacionales y causas sociales del conflicto es también muy útil para entender de otra manera la Europa de postguerra. En el primer período de la historia de la postguerra (1919-1933) ocupa la escena el conflicto nacional; en el segundo período (después de 1933) se le añade el conflicto social. El alineamiento nacional puede rastrearse hasta la Gran Guerra y los tratados. Se centra casi invariablemente en las cuestiones de la revisión [de los tratados] y la seguridad colectiva. El alineamiento social ha adquirido prominencia internacional tras el establecimiento de la Alemania nazi;[1] es, esencialmente, un conflicto entre el fascismo y la democracia. Estos dos factores, separada y conjuntamente, dan razón casi por completo de los recientes acontecimientos políticos en Europa.

1. Hitler será nombrado canciller el 30 de enero de 1933.

Parte I

EL SISTEMA DE VERSALLES Y SU FRACASO (1919-1933)

La revisión del Tratado y la seguridad colectiva

Las alianzas nacionales mediante las cuales los estados de Europa se enfrentaban entre sí estaban, hasta hace poco, bastante bien definidas: por un lado, *Francia* y sus aliados del Este —Polonia y los tres estados de la Pequeña Entente,[1] Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía—; por otro, *Alemania* y los estados derrotados más pequeños como Hungría y Bulgaria, apoyados diplomáticamente por dos grandes potencias, Italia y Rusia. El primer grupo formaba el bloque antirrevisionista; el otro contenía, más o menos, a los estados revisionistas.

El grupo francés estaba claramente delimitado; sus miembros se mantenían unidos por los lazos de una alianza entretejida en el marco de Ginebra.[2] El grupo alemán era menos compacto; no había alianzas; su coherencia dependía más de los intereses

1. Se denomina Pequeña Entente a la alianza propiciada tras los tratados de paz entre Checoslovaquia, Rumanía y Yugoslavia. Se mantuvo activa entre 1921 y 1938.
2. Sede de la Sociedad de Naciones.

comunes y de la cooperación diplomática que de acuerdos formales.

Estas alianzas ya no existen. Los frentes nacionales del primer período de la postguerra han perdido su solidez original. Es dudoso, por ejemplo, si alguno de los estados de la Pequeña Entente o Polonia siguen todavía incondicionalmente la línea francesa; la Rusia soviética, por otro lado, ha abandonado completamente el campo revisionista.

El sistema de Versalles

El revisionismo y el antirrevisionismo tienen su origen, por supuesto, en el Tratado de Versalles al cual, en aras de la precisión, habría que añadir los tratados de Saint Germain, de Trianon, de Neuilly y de Sèvres. Excepto el último, que concierne a Turquía, las disposiciones territoriales de los tratados de paz han permanecido inalteradas y las fronteras de Alemania, Austria, Hungría y Bulgaria son todavía las establecidas en los tratados de 1919. Las peticiones de revisión se refieren hoy solamente a las fronteras.

En casi todos los demás aspectos, los tratados de paz han dejado de ser efectivos. Las reparaciones han desaparecido; los países derrotados han dejado de estar desarmados. Alemania ha reocupado la zona de Renania[3] y ha levantado fortificaciones en esa región; ha recuperado el control pleno del Banco Central alemán y de los ferrocarriles alemanes; ha reafirmado su soberanía sobre los ríos internacionalizados y el canal de Kiel. El sistema de Versalles como orden general de las cosas ha llegado a su fin.

El primer período de la historia de la postguerra vino marcado por los incesantes intentos de hacer que las cosas funcionaran. Pero estos esfuerzos estaban condenados al fracaso. No obstante, sería un error aceptar como cierta la queja revisionista de que la

3. La llamada «crisis de Renania» hace referencia a la vulneración del Tratado de Versalles derivada de la reocupación y remilitarización de la región de Renania, prohibidas por el tratado sin el acuerdo expreso de Francia y Bélgica. El comienzo de la operación tuvo lugar el 7 de marzo de 1936.

debilidad de Versalles radica fundamentalmente en las pretendidas injusticias contenidas en los tratados. Es indudable que se cometieron un cierto número de injusticias como, por ejemplo, la manera en que se dibujaron las nuevas fronteras de Hungría. Pero la raíz de los problemas se sitúa a mucha mayor profundidad. El orden de cosas establecido en Versalles no podía durar. De hecho, no era sino el simulacro de un orden. Con el desarme unilateral de los estados derrotados, el orden tradicional en función del cual se suponía que toda nación, en tanto que poder soberano independiente, podría mantenerse por sí misma, había sido arrojado a un lado; pero en su lugar no se había establecido ninguna norma legal efectiva. La Sociedad de Naciones, que se suponía que tenía que garantizar esas normas, no podía ejercer ningún poder ejecutivo real, como veremos más adelante. Cuando el desarme general demostró ser de imposible cumplimiento, el fracaso del sistema de Versalles se hizo patente. En consecuencia, la ruptura de la conferencia de desarme[4] fue seguida por la liquidación de las bases de Versalles y un regreso al viejo sistema de poder en su forma más perniciosa.

De hecho, el sistema de Versalles era el resultado de un peculiar conjunto de circunstancias. Después de la derrota de Alemania en el campo de batalla, Francia quería, por encima de todo, asegurarse frente a cualquier intento de Alemania de nivelar la situación mediante una nueva guerra de *revancha*, por así decir. Sus políticos insistieron en, o bien desmembrar Alemania mediante el establecimiento de un estado católico alemán al sur del río Maine, o bien convertirla en absolutamente incapaz de una guerra de agresión contra su país. El presidente Wilson y Lloyd George[5] tuvieron que plegarse a ofrecer un tratado de alianza a

4. Entre noviembre de 1921 y febrero de 1922 tuvo lugar en Washington una conferencia internacional de desarme. La conferencia se desarrolló al margen de la Sociedad de Naciones y solo estuvieron representados nueve países: Estados Unidos, Japón, Francia, Reino Unido, Italia, Bélgica, China, Países Bajos y Portugal.

5. Woodrow Wilson (1856-1924). Presidente de los Estados Unidos entre 1913 y 1921; Lloyd George (1863-1945). Político galés que comenzó su carrera

Francia, para que esta accediera a los términos más moderados que realmente encontramos hoy en los tratados. Finalmente, los Estados Unidos rechazaron la firma de su presidente mediante la renuncia a ratificar el Tratado de Versalles; la promesa estadounidense a Francia cayó en el vacío. Tras esto, también Gran Bretaña se consideró desvinculada de sus obligaciones con Francia y Estados Unidos establecidas en el acuerdo tripartito. Ocurre de esta manera que no existía ninguna alianza militar de tipo tradicional que hubiera podido salvaguardar la permanencia de la nueva condición de los asuntos internacionales.

La igualdad de estatus y la Sociedad de Naciones

La única alternativa a una alianza militar a la vieja usanza era el establecimiento de una sociedad de naciones que salvaguardara el mandato de la ley mediante el potente brazo de un ejecutivo internacional. A propuesta del presidente Wilson, una aproximación a semejante sociedad fue creada realmente en Versalles, y las potencias derrotadas, una tras otra, se convirtieron en miembros de la misma. Pero el desarme unilateral de las naciones derrotadas se presentó como un obstáculo fatídico. Solo una Sociedad de Naciones en la que todas ellas tuvieran una igual posición se situaría por encima de la sospecha de constituir un mero grupo de potencias victoriosas organizadas, bajo la cobertura de nobles principios, para mantener a las naciones derrotadas bajo vigilancia. Y a menos que la Sociedad de Naciones contara con la confianza y la lealtad espontáneas de sus miembros, no podía haber esperanza alguna de que pudiera ejercer una autoridad internacional efectiva capaz de refrenar a un agresor mediante la demostración de una fuerza irresistible. La igualdad de derechos de todos los estados miembros era esencial para la existencia y el funcionamiento de la Sociedad de Naciones.

como parlamentario del Partido Liberal en 1890 y desde ese momento ocupó diversos cargos entre los que destacarían los ministerios de Comercio (1905), Hacienda (1908), Armamento (1915) y Guerra (1916). Este mismo año fue nombrado primer ministro, cargo que ocupó hasta 1922.

Pero Alemania, Hungría, Austria y Bulgaria no solo habían sido desarmadas, sino que su armamento futuro había sido restringido en los tratados a un mínimo apenas suficiente como para garantizar el mantenimiento del orden interno. No se estableció ningún límite temporal para las previsiones de desarme; de hecho, este orden de cosas se suponía que duraría para siempre. Sea lo que sea lo que podamos pensar de la posición *moral* de un pueblo que es desarmado bajo la ley internacional, su posición *política* y *legal* es necesariamente inferior que la de los países que tienen derecho a estar armados. Como miembros de una asociación internacional de pueblos, los estados derrotados estaban en desventaja en todas sus negociaciones, porque sus menores derechos los situaban en una posición de absoluta inferioridad. Una sociedad genuina no podía construirse sobre la discriminación. La situación de desarme de algunos países, mientras otros permanecían armados, era una fatídica fuente de debilidad para la Sociedad de Naciones.

Es cierto que parecía inevitable alguna medida de discriminación. Las grandes potencias y, por cortesía, Bélgica, fueron declaradas miembros permanentes del Consejo de la Sociedad de Naciones, mientras que otros estados tenían que esperar su turno para que se les permitiera participar en el Consejo. Pero esta discriminación no impedía necesariamente el funcionamiento de una Sociedad de Naciones genuina. Los estados pequeños tienen naturalmente un menor peso que los estados grandes y poderosos, luego su responsabilidad sería también correspondientemente menor. Esto no implica que el patronazgo de las grandes potencias sobre las pequeñas sea una condición correcta de las cosas que conduzca a la paz mundial. Los países pequeños tienen derecho a la autodeterminación exactamente igual que los mayores y si la discriminación a favor de las grandes potencias transgrediera estos límites, la Sociedad de Naciones perdería toda su unidad y coherencia. Pero esto implica que no hay nada inherentemente erróneo en la pertenencia permanente al Consejo de las grandes potencias, pues su mayor influencia está, en un sentido muy real, contrapesada por sus mayores responsabilidades. Sus intereses se ven afectados allá donde hay alguna perturbación, y sobre ellas recaerá la tarea de mantener la paz y el orden donde puedan estos

estar en peligro. Que, habitualmente, actúen de la mejor manera posible para satisfacer sus propios fines particulares, no afecta en nada a la verdad de esta afirmación. La discriminación entre potencias grandes y pequeñas se debe a la historia y a la geografía, no a los artífices de la alianza.

Hemos destacado este punto para evitar una manera habitual de obscurecer esta cuestión. Demasiado a menudo, la insistencia de Alemania en la igualdad de estatus lleva al comentario de que otros miembros de la Sociedad también carecen de igualdad de estatus y que, por tanto, es inadecuado decir que habría discriminación contra Alemania. Este argumento, aducido frecuentemente con la mejor de las intenciones, está fuera de lugar. A pesar de la prerrogativa de miembros permanentes del Consejo concedida a las grandes potencias, la pertenencia a la Sociedad de Naciones se basaba en la igualdad. Solo se rechazó un estatus igual para los países derrotados, precisamente como consecuencia de esto.

El círculo vicioso

La misma dificultad se afirma también de otra forma. Aunque, en retrospectiva, la principal anomalía respecto de los países derrotados era su condición desarmada en un mundo armado, sus quejas se referían, naturalmente, primero de todo a sus pérdidas territoriales y de otros tipos a las que les habían sometido los tratados. Su primera exigencia no eran las armas, sino la revisión de unos tratados que eran denunciados como injustos, poco razonables y absurdos. Volveremos más adelante sobre lo correcto y lo incorrecto de esta afirmación. Baste ahora con decir que algún tipo de revisión era sin duda posible sin causar nuevas injusticias a otros, y que, mediante una modificación de los tratados, la situación general se habría vuelto considerablemente más sencilla. Pero la revisión habría incrementado lógicamente los recursos económicos y de otro tipo de los países derrotados, mejorando así sus oportunidades de prepararse, aunque fuera en secreto, para el día en que pudieran desafiar una vez más en el campo de batalla a los otrora vencedores. En ausencia de una salvaguarda militar

del nuevo orden, los países vencedores rechazaron acceder a semejante paso a menos que se garantizara su propia seguridad. Propusieron el fortalecimiento del sistema de seguridad colectiva anunciado en el Pacto de la Sociedad de Naciones y el establecimiento de un ejecutivo internacional en Ginebra que podría imponer sanciones efectivas a cualquier agresor. Así, mientras los países derrotados clamaban por la revisión, los países victoriosos del continente alzaban la contrapropuesta de la seguridad colectiva. Pedían garantías de que todos los miembros de la Sociedad de Naciones se comprometerían en lo sucesivo a ofrecer ayuda mutua frente a un agresor. Pero ni los países derrotados, ni algunos de los más previsores entre los países vencedores, se sentían inclinados a apoyar tales compromisos dadas las actuales circunstancias. Los derrotados insistían, con justicia, en que la seguridad sin revisión significaba simplemente seguridad para un estado de cosas que ellos estaban intentando modificar con todas sus fuerzas. Y los más previsores entre los países vencedores, en primer lugar la misma Gran Bretaña, señalaban, con razón, que no deseaban garantizar algunas de las fronteras de los tratados porque dudaban de su justicia y practicidad. Una vez más, se había llegado a un punto muerto. Un grupo de países pedía que la revisión precediera a la seguridad colectiva; el otro insistía en la secuencia contraria. Solo la realización simultánea de las dos transacciones, tomando con una mano y dando con la otra, podía haber proporcionado una solución. Quizá, Europa podría haber evitado el presente punto muerto si se hubieran abordado al mismo tiempo la revisión y la seguridad colectiva.

Pero no se ha hecho ningún intento serio en este sentido. Los franceses y los británicos deben compartir la culpa, si es que hay alguna culpa. A los ingleses les parecía apropiado pensar en los países derrotados en términos de deportividad. El problema de la revisión demanda, obviamente, un tratamiento generoso. «No hagas leña del árbol caído» es un principio que apela a todo inglés. Por lo que respecta a los casos de Alemania y Hungría, no plantean a los ingleses mayores problemas. Es con los franceses con los que tienden a irritarse. ¿Por qué esta

locura por la seguridad? Después de todo, ha sido Alemania, y no Francia, la que ha sido desarmada, y a pesar de eso, los franceses parecen tan hipnotizados por el miedo que permanecen sordos a la voz de la justicia y la razón. Realmente, hay algo en ellos que falla.

Sin embargo, una simple analogía nos ayudará a presentar la realidad de la situación.

La vecindad entre Alemania y Francia ha supuesto una dura batalla. Los franceses salieron mejor librados de ella y han puesto a los alemanes completa y, eso creen, permanentemente en su sitio. Les han hecho pagar por entero y les han quitado hasta el arma más pequeña sobre la premisa del miedo a que los alemanes puedan tomarse la revancha. El tiempo ha pasado y los ánimos se han enfriado. Los amigos de los franceses, que les apoyaron en su lucha, urgen la reconciliación. Se hicieron algunas concesiones a los alemanes, los cuales continuaron sin embargo sintiéndose a merced de su vecino armado, en la medida en que ellos tenían solo sus manos desnudas para defenderse. Los franceses estaban preparados ahora para considerar la revisión de las condiciones del tratado con el vecino alemán y permitirle poseer un hacha o, incluso, una pistola, siempre y cuando sus propios amigos se comprometieran a venir en su ayuda si los alemanes intentaban usar estas armas en su contra. En resumen, a menos que los otros estados de Europa se comprometieran a la seguridad colectiva, los franceses se atendrían a sus derechos establecidos en los tratados. Después de todo, ellos habían sufrido demasiado a menudo las invasiones alemanas como para arriesgarse a otra si podían evitarlo.

La petición de revisión y la petición de seguridad colectiva estaban entrecruzadas. En tanto en cuanto media Europa continuara clamando contra la otra y la otra media contra la contraria, cada lado insistiría en la prioridad de sus demandas y no sería posible ningún progreso. Gran Bretaña se percató de la necesidad de cierto grado de revisión, pero era renuente a comprometerse en cualquier sistema de seguridad colectiva. Los franceses presentaron una serie de planes de seguridad colectiva y asistencia mutua mediante el establecimiento de una fuerza

internacional de policía o, incluso, un ejército de la Sociedad de Naciones, pero no hicieron prácticamente concesiones a los enemigos derrotados sin ser forzados a ello y, por tanto, lo hicieron de tan mal grado que se arruinó el efecto psicológico.

Reclamaciones territoriales

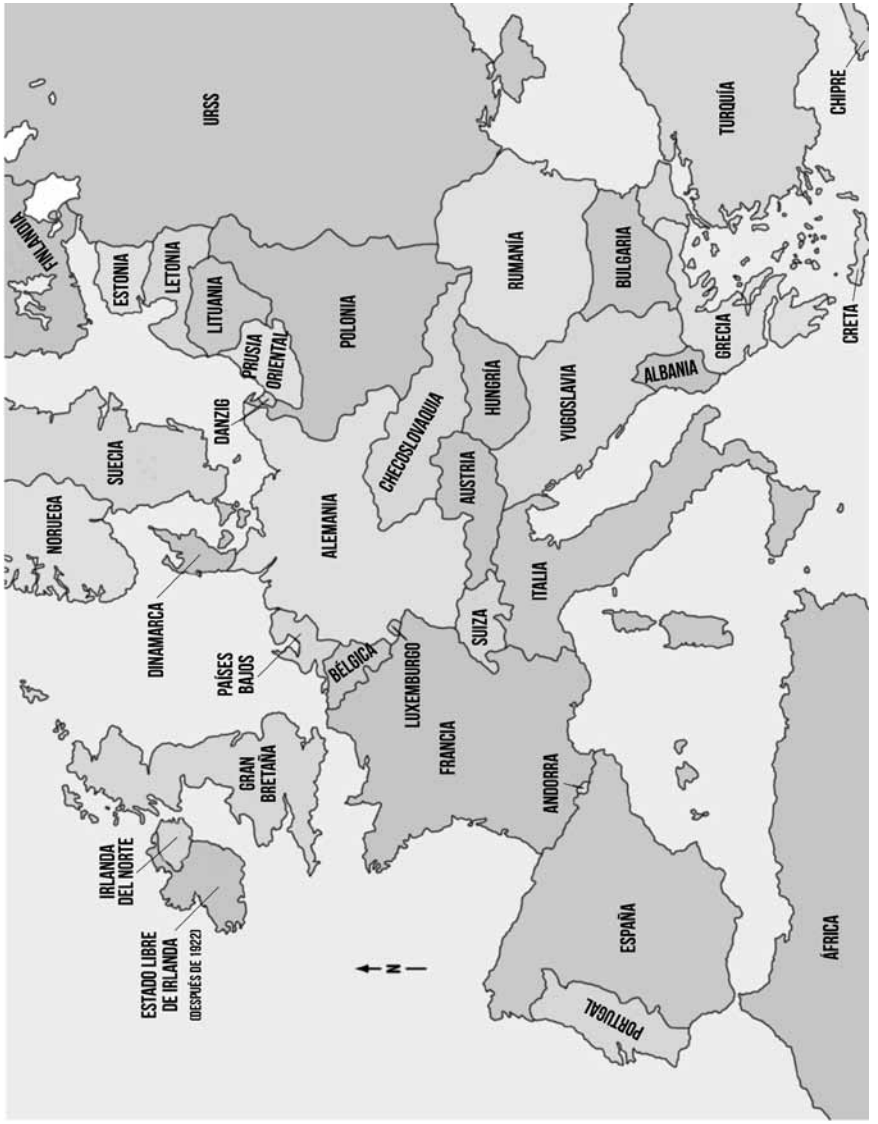
De las cuatro potencias derrotadas, es decir, Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía, solo Alemania, Hungría y Bulgaria pueden ser consideradas en este período como activamente revisionistas. Aunque tanto Austria como Turquía pertenecían al grupo de estados revisionistas, su política exterior no estaba dominada por esta preocupación, ya que no tenían reclamaciones territoriales sobre las cuales desearan presionar. Como Rusia e Italia, eran diplomáticamente partidarios de los revisionistas más que revisionistas en sí mismos. Y es que las fronteras son el problema real en juego entre los Estados nacionales. Son el elemento oculto. Las peticiones que están siendo presentadas abiertamente afectan, normalmente, a cuestiones financieras o económicas, a los derechos de las minorías sociales o, más a menudo, a la participación de los países concernidos en algunos proyectos de carácter general, como la reconstrucción económica internacional o acuerdos regionales de comercio. Pero estos proyectos afectan casi invariablemente, de una manera u otra, a la política general de un país, hasta el punto de interferir a menudo en su independencia al restringir su libertad de acción a favor de un grupo de estados o en contra de otro. En el trasfondo acecha el problema territorial. Porque cualquier concesión que se haga respecto de las peticiones que están en discusión, tiene que afectar necesariamente a las posibilidades que tendrá el país en un futuro para inclinar a su favor la cuestión política fundamental: las reclamaciones territoriales. El término «política» tiende a adoptar el sentido de «territorial», pero no porque las cuestiones inmediatamente en liza determinen las alianzas políticas de los estados, sino por las cuestiones que,

a largo plazo, los dividen inevitablemente; en nuestro mundo actual estas son, por encima de todas las demás, las cuestiones territoriales. Ha resultado más fácil convencer a algunos de los estados más poderosos de la tierra de la necesidad de renunciar a su reclamación de centenares de millones de libras que se les debían a título de reparaciones de guerra, que forzar a un pequeño vecino de Alemania, Bélgica, a reconsiderar el plebiscito en el distrito fronterizo de Eupen-Malmedy.[6] Fue más fácil ajustar, al menos por un tiempo, los claramente divergentes intereses polacos y alemanes sobre las minorías raciales y el uso del corredor, al menos mientras se mantuviera el estatus territorial, que resolver el problema de la partición del distrito de Teschen, problema que ha continuado dividiendo a Checoslovaquia y Polonia desde el fin de la guerra.[7] Por tanto, al pasar revista a las principales cuestiones de la revisión, debemos fijar nuestra atención sobre los aspectos territoriales de los tratados.

Vieja y nueva Austria

Comencemos con la monarquía austrohúngara. Este imperio consistía en dos Estados separados unidos por el trono de los Habsburgo. La unidad de la monarquía dual se mantenía, aparte de sobre la dinastía, sobre un ejército y un servicio diplomático comunes y una administración financiera que abarcaba ambos Estados. Cuando los ejércitos de la monarquía dual fueron destruidos en el campo de batalla después de una

6. Eupen-Malmedy son unos cantones fronterizos entre Bélgica y Alemania. Estos territorios pertenecieron a Francia durante la época revolucionaria, y a Prusia tras el Congreso de Viena. Tras la Gran Guerra, el Tratado de Versalles adjudicó la zona a Bélgica. Ante las reclamaciones alemanas, Bélgica organizó en 1925 un plebiscito sobre la permanencia en Bélgica o la reincorporación a Alemania. Esta denunció el plebiscito como una farsa.
7. Teschen sería el nombre alemán de una ciudad de Silesia denominada Cieszyn en polaco y Těšín en checo. La disputa por su control tras la Gran Guerra provocó la guerra polaco-checoslovaca de 1919. Se llegó a la solución salomónica de dividir la ciudad por la mitad utilizando para ello el cauce del río Olše.



Europa tras la Primera Guerra Mundial

sorprendente demostración de aguante y de una tenaz resistencia frente al desastre, el imperio se rompió. Tanto Austria como Hungría se disolvieron en los elementos que las componían según la extracción racial de cada una de las partes.

La vieja Austria contenía, además de alemanes, a polacos, checos, eslovenos e italianos. En 1919, la provincia polaca de Galitzia[8] se unió al recién creado Estado polaco, que había sido formado con territorios polacos de Rusia, Alemania y Austria, los tres Estados que, finalmente, se habían repartido la Polonia histórica en 1795. Las partes checas de Austria, junto con Bohemia y Moravia, se convirtieron en el núcleo de la actual Checoslovaquia, que incluye también las antiguas regiones de Eslovaquia y Rutenia[9] pertenecientes a la antigua Hungría. Los eslovenos fueron incorporados al nuevo imperio yugoslavo formado por la antigua Serbia y que incluye hoy importantes territorios de la antigua Hungría, como Croacia, las regiones de Bácska y Bánát,[10] así como Bosnia (esta última provincia había estado bajo la administración conjunta de Austria y Hungría). Los italianos de Istria y del sur del Tirol fueron entregados a Italia, junto con una importante minoría alemana. Aparte del sur del Tirol y Bohemia, ninguna de las regiones perdidas tenía una población alemana considerable. El territorio alemán propiamente dicho,

8. Galitzia: región de la Europa central situada al norte de los Cárpatos que ha sido históricamente motivo de numerosas disputas por su pertenencia a diversos países y nacionalidades.
9. La Rutenia transcarpática formó parte de Checoslovaquia tras la Gran Guerra, pero fue anexionada a la URSS tras la Segunda Guerra Mundial. Hoy forma parte de Ucrania.
10. Bačka en serbio. Parte de la provincia serbia de Voivodina, fronteriza con Hungría y Croacia, al norte y oeste respectivamente. Bánát, o Banato, es una región del sudeste de Europa que, debido a su importancia estratégica, ha ido cambiando de manos en numerosas ocasiones a lo largo de la historia. Bánát ha formado parte del Reino de Bulgaria, del de Hungría en dos momentos históricos distintos, del Imperio otomano y del Imperio austríaco. El Tratado de Trianon lo dividió finalmente concediendo unos dos tercios de la región a Rumanía, sobre un tercio a Serbia y un pedacito insignificante a Hungría. Hay que señalar que Polanyi solo menciona la parte asignada a Serbia.

Viena y la región alpina formaron un Estado separado, independiente, bajo la denominación de Austria. Es fácil ver ahora por qué la pequeña Austria no pugna por recuperar sus antiguas fronteras. Era el patio trasero alemán de un imperio no alemán que se había mantenido unido en el pasado no por vínculos nacionales, sino por azares históricos y por los intereses patrimoniales de una dinastía. Cuando en 1918 los ejércitos del imperio fueron derrotados y la dinastía perdió su trono, la vieja Austria se disolvió casi espontáneamente en sus componentes raciales. La nueva Austria nació como una república. La idea de revancha le era completamente ajena. Su política exterior nunca jamás ha concebido la posibilidad de recuperar sus «fronteras perdidas». Se ve a sí misma como un nuevo país sin ninguna conexión con los antiguos miembros del patrimonio dinástico de los Habsburgo. De esta manera, Austria, el mayor perdedor de todos, nunca ha sido un Estado revisionista.

Lo que queda de Hungría

Exactamente el contrario fue el efecto de los tratados sobre la nueva Hungría. Uno de los mayores expertos británicos en ese país dijo, muy acertadamente, que «la petición de una revisión del Tratado domina por completo la política exterior húngara». Hungría ha existido por más de mil años como un país gobernado por los magiares por derecho de conquista. En 1526 las grandes llanuras cayeron en manos de los turcos. La parte restante vinculó su destino, en 1686, con los Habsburgo, los últimos emperadores de Austria. Unos años más tarde, los turcos fueron expulsados finalmente del país.

La mayor parte de la población de la vieja Hungría era de origen no magiar, algunos de ellos hablaban lenguas eslavas, como el eslovaco en el norte, el serbocroata en el sudoeste o el ruteno en el nordeste. El sudeste de Hungría estaba habitado principalmente por rumanos. Casi por todo su territorio, las ciudades estaban habitadas por húngaros, tanto magiares como judíos. Además, un enclave considerable de magiares se mantenía en la esquina sudeste del país. Colonos alemanes se habían

establecido en el corazón del país, cerca de la capital, Budapest, y en el norte y sudoeste, bajo sus propias tradiciones; muchas ciudades también contenían una notable cantidad de ellos. Los judíos habían contribuido considerablemente a la aparición de una civilización urbana; en las atrasadas regiones montañosas del nordeste de Rutenia, sin embargo, continuaban existiendo en las zonas rurales con el lastre de un bajo nivel cultural.

Pero esta mezcla de razas en el territorio húngaro no se había situado bajo un solo gobierno como resultado de matrimonios dinásticos y acuerdos internacionales, como en el caso de Austria. El liderazgo magiar se basaba en la superior habilidad política de una raza guerrera que controlaba la región central de una importante unidad geográfica y económica. Con el monopolio del poder llegó el monopolio de la educación y la cultura, orientadas ambas principalmente al desarrollo de esas cualidades raciales de las que depende la perpetuación del liderazgo y el gobierno. La pérdida de las partes no magiares de Hungría equivalió a una casi completa desposesión de los magiares, cuya principal función había sido proporcionar una administración a las regiones perdidas, un sistema comercial y de transporte dirigido desde Budapest, y un mecanismo financiero capaz de distribuir el capital foráneo necesario para explotar las riquezas del país. Cuando la derrota de Hungría en el campo de batalla abrió el camino de la independencia nacional a las minorías raciales de Hungría, los territorios se separaron del centro magiar del país conteniendo un porcentaje muy apreciable de magiares, y la ahora casi pura población magiar de la parte restante rehusó aceptar la pérdida como definitiva. La restauración de la integridad de la Hungría histórica se convirtió en la columna vertebral de la política nacional. Después de un intervalo de nueve meses, dividido casi por igual entre una revolución democrática y otra comunista, la nobleza feudal recuperó el control político del país en 1919. La nobleza magiar había sido la única beneficiaria de todas las ventajas políticas y administrativas y, junto con los judíos, también de los monopolios financieros y económicos de la Gran Hungría. A falta de un completo cambio en sus niveles de vida y en sus perspectivas, para ellos no era posible una aceptación permanente de la nueva situación. Bajo su

liderazgo político, Hungría se convirtió en el bastión del revisionismo en el Danubio.

La exigencia húngara de revisión se basaba sobre tres conjuntos de hechos. El primero remitía a la ruptura de la Hungría histórica en sus elementos raciales. El segundo se refería a las injusticias cometidas en el curso de la delimitación de las nuevas fronteras. El tercero estaba basado en el tratamiento de las minorías magiares por sus nuevos gobernantes en las regiones que previamente pertenecieron a Hungría. La última queja no carece de fundamento, al menos por lo que se refiere a Rumanía y Yugoslavia. Los magiares de Transilvania, por ejemplo, estuvieron durante un tiempo incluso peor comparativamente bajo el gobierno rumano de lo que lo habían estado los rumanos bajo gobierno magiar. Volveremos sobre esta cuestión más adelante, cuando tratemos algunos aspectos más amplios de la controvertida cuestión de la protección de las minorías nacionales.

Lo que queremos señalar aquí es la ambigüedad de la frase «revisión de fronteras» cuando se usa en referencia a las dos primeras quejas. A lo largo de gran parte de la actual línea fronteriza húngara, hay población magiar que ha sido dejada del otro lado de la frontera, una población a la que debería habérsele permitido permanecer dentro de la nueva Hungría, sin necesidad de forzar también a un buen número de no magiares a quedar bajo gobierno magiar. El número de magiares a los que se ha dejado así fuera de la frontera puede alcanzar el millón. La atmósfera política habría mejorado decididamente, y quizá decisivamente, si se hubiera concedido semejante rectificación de fronteras, y se hubiera reintegrado a la madre patria a estos grupos artificialmente segregados. Pero la rectificación de fronteras y la restauración de la integridad territorial de Hungría son dos propuestas totalmente diferentes. Desde el punto de vista nacional, las fronteras actuales han sido dibujadas de manera injusta, pero las anteriores eran incluso más injustas (desde el mismo punto de vista). Por otro lado, mientras la restauración de las antiguas fronteras podría remediar la insuficiencia económica de lo que ha quedado de Hungría, y además traer de vuelta a todos los magiares al gobierno magiar, la mera rectificación no conseguiría nada. Hay

que reconocer que semejante rectificación no disminuiría las dificultades económicas de la nueva Hungría, mientras que seguiría dejando a millones de magiares bajo gobiernos foráneos.

Es un error bastante común el creer que la exigencia de *integridad* es, en realidad, una baza negociadora mediante la que se pretendería asegurar la más modesta petición de *rectificación* de fronteras. Semejante idea es completamente errónea. Las dos exigencias no casan una dentro de la otra. La rectificación de las fronteras dejaría geográficamente a la nueva Hungría prácticamente igual que está hoy; la restauración de la integridad de Hungría cambiaría la forma y extensión de la nueva Hungría hasta hacerla irreconocible y, además, destruiría tres de los estados danubianos existentes. En verdad, puede ser una cuestión de vida o muerte para los vecinos de Hungría cuál de los dos significados del término «revisión», rectificación o integridad, sea el dominante en la política exterior de Hungría.

La nueva Turquía

El Imperio turco, que quedó desmembrado en el Tratado de Sèvres (1920), desapareció del mapa tal y como lo hizo su equivalente en el Danubio. La Turquía de hoy es el resultado de la victoria militar obtenida en 1921-1922 por Kemal Pasha Atatürk[11] sobre el ejército griego, al cual Gran Bretaña ofreció su apoyo diplomático. En el Tratado de Sèvres, a Turquía se le desposeyó no solo de su imperio árabe y egipcio, sino también de sus posesiones europeas de Constantinopla y Tracia, así como de la costa del Egeo. Los turcos revirtieron esa situación sobre el campo de batalla. En el Tratado de Lausana (1923) recuperaron su antigua capital de Constantinopla así como la costa mediterránea, incluida Esmirna. Turquía permaneció como una potencia europea. Pero ni en Europa ni en Asia plantea reclamaciones territoriales. La moderna Turquía es «intensamente nacionalista aunque su nacionalismo no amenaza a ningún otro Estado».

11. Kemal Pasha Atatürk (1881-1938). Primer presidente de la República de Turquía.

Bulgaria

Se la ha descrito como la Hungría de los Balcanes. Este pequeño Estado, situado sobre el mar Negro, entre Rumanía y Turquía, luchó tres guerras nacionales en el corto período de seis años. En la primera obtuvo una brillante victoria. Junto con sus aliados serbios y griegos hizo retroceder, en 1912, a los turcos hasta las murallas de Constantinopla. Casi a la vez le fue robado el botín por sus antiguos aliados, de acuerdo con Rumanía, que quería tener parte de los despojos aunque no había participado en la guerra. Entre ellos, no solo se arreglaron para arrebatar a Bulgaria la mayor parte de sus adquisiciones territoriales, sino que tuvieron realmente éxito en incapacitar al país tras una corta pero sanguinaria guerra. Durante la Gran Guerra, Bulgaria quiso tener su revancha. Se unió a las potencias centrales en 1915, en su incursión por territorio serbio. El desastre sufrido por las potencias centrales en el frente de Salónica en agosto de 1918 afectó duramente a Bulgaria. Yugoslavos y griegos invadieron su territorio en un grado todavía mayor a como lo habían hecho con anterioridad. Bulgaria perdió su acceso al Egeo. A pesar de ello, el Gobierno campesino popular de Stamboliski[12] adoptó, con un enorme coraje moral, una línea pacífica y no nacionalista, desautorizando enérgicamente a los grupos de oficiales nacionalistas y a la inteligencia macedonia que presionaban por una guerra de revancha contra el vecino del oeste. Pero la Organización Revolucionaria

12. Aleksandar Stamboliski (1879-1923). Político búlgaro que ocupó, como líder del Partido Agrario, el cargo de primer ministro de Bulgaria entre octubre de 1919 y junio de 1923. Un golpe de Estado encabezado por la ultraderechista Unión Nacional, y apoyado por Mussolini, acabó con su Gobierno y, pocos días después, cuando fue descubierto en su aldea natal, fue brutalmente torturado y decapitado. El Gobierno de la Unión Nacional, presidido por Aleksandar Tsankov, se caracterizaría por el terror blanco —se calcula en más de veinte mil las personas asesinadas durante sus dos primeros años, fundamentalmente militantes comunistas— y, sobre todo a partir de los inicios de la década de los treinta, por su deriva claramente fascista aunque ya más inclinada hacia la Alemania nazi que hacia la Italia fascista.

Interna de Macedonia (VMRO),[13] con sus cuarteles generales en Bulgaria, forzó una contrarrevolución y Bulgaria inició una política exterior revisionista.

Alemania

El más poderoso entre los derrotados es también el más poderoso entre los estados revisionistas. Sus reclamaciones territoriales pueden ser consideradas de manera más útil remitiendo al país contra el que se plantean las reclamaciones.

FRANCIA

Alsacia-Lorena fue a Francia. Esta provincia fue anexionada por Alemania después de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Su población es parcialmente alemana por su lengua, pero francesa por sentimiento. En 1925 Alemania firmó el Tratado de Locarno en el que voluntariamente renunciaba a sus reclamaciones sobre este territorio. En ese momento, esto se vio como el arreglo final de la cuestión. En efecto, los líderes del Tercer Reich continúan insistiendo en que no es concebible ninguna disputa territorial entre Alemania y Francia. Puede afirmarse sin peligro de errar que, al menos hasta la llegada de Hitler, Alemania había asumido completamente la pérdida de Alsacia-Lorena.

BÉLGICA

Los distritos de Eupen y Malmedy fueron a Bélgica. Los alemanes tienen razón en criticar el método del plebiscito llevado a cabo en esta región y cuyo resultado les fue desfavorable. Desde 1925, sin embargo, se entendió que la aceptación final por parte de Alemania de sus fronteras occidentales incluía definitivamente a Eupen y Malmedy.

13. VMRO. Movimiento de liberación nacional en los territorios del Imperio turco en Europa que actuó entre finales del siglo XIX y principios del XX.

POLONIA: ALTA SILESIA, DANZIG Y EL CORREDOR

Alemania perdió todos sus territorios polacos a manos del nuevamente establecido Estado polaco. La provincia de Posen, la mayor parte de la Prusia occidental y algunas parte de la Alta Silesia pasaron a Polonia incondicionalmente. En el importante distrito industrial de la Alta Silesia un plebiscito dio a Alemania una mayoría del 60 %. Aunque el territorio estaba dividido entre Polonia y Alemania, y esta última perdió la mayor parte de las minas de carbón, el mineral de hierro y casi el 80% de la industria pesada a favor de la primera. Los alemanes nunca han aceptado que la partición de Alta Silesia fuera legal. Sin embargo, dicha división ha deteriorado considerablemente el valor económico de este distrito. Mientras las relaciones germano-polacas sean aceptables, podemos esperar que la cuestión de la Alta Silesia permanezca en suspenso.

El llamado corredor polaco es un problema mucho más agudo. El tratado de paz dio a Polonia acceso al mar a través de territorio previamente alemán, separando la provincia alemana de Prusia oriental de la madre patria. Aunque racialmente el corredor era más polaco que alemán, el establecimiento de ese corredor fue considerado como un motivo de queja vital para Alemania. Además, en ausencia de un puerto de mar en el tramo de costa perteneciente al corredor polaco, la antigua ciudad alemana de Danzig fue separada de Prusia oriental y declarada ciudad libre bajo el protectorado de la Sociedad de Naciones. Pero la posición de Polonia se volvió completamente privilegiada. En sus relaciones exteriores, Danzig estaba representada por Polonia; la ciudad libre pasó a formar parte del sistema polaco de aduanas; y más. Posteriormente, los polacos fundaron un puerto de mar propio, Gdynia, como un rival muy efectivo de Danzig, en la costa del corredor en el Báltico. En este momento, la supervisión de la Sociedad de Naciones en Danzig se ha convertido en nominal y el gobierno local ha caído bajo la influencia alemana.

El establecimiento de un corredor polaco a través de territorio alemán es la principal queja de Alemania contra el Tratado de Versalles. Parece que las dificultades agrarias de Prusia oriental tienen que ver, al menos en parte, con la existencia del corredor,

que ha significado el casi desmembramiento de esa provincia. Los alemanes pasan fácilmente por alto el hecho de que el corredor ha estado poblado siempre principalmente por polacos; que ha llegado a ser a día de hoy puramente polaco; y que el libre acceso de Polonia al mar puede ser más digno de consideración que el libre tráfico por tierra entre la Alemania oriental y el resto del país. De hecho, el tráfico ferroviario alemán a través del corredor está funcionando sin complicaciones, no requiere pasaporte, no hay controles aduaneros, las comunicaciones por mar son seguras tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, y la pobreza del campo en la Prusia oriental más atrasada parece ser más achacable a los monopolios de las grandes fincas cultivadas extensivamente que a las supuestas restricciones al tráfico debidas al corredor.

Siempre que las fuerzas del revisionismo alemán son puestas en juego, el corredor ocupa un lugar de privilegio. En su acuerdo con Polonia de febrero de 1934, Alemania se comprometió a mantener este tema entre paréntesis durante un período de diez años. Hasta el momento ha mantenido su palabra, a pesar de un enorme incremento tanto en el espíritu nacionalista como en la fuerza militar. El mantenimiento de ese paréntesis sobre el tema del corredor por parte de un Gobierno alemán ultrapatriótico y durante un comparativamente largo período de tiempo, prueba de manera concluyente que la preservación de la paz no fue imposibilitada por el Tratado de Versalles, como se afirma, inconscientemente, tan a menudo.

Lituania

La población de Memel, unos ciento cincuenta mil habitantes, se supone que había sido autorizada a decidir mediante un plebiscito si deseaba pertenecer a Alemania o a Lituania. Un golpe militar lituano, llevado a cabo en enero de 1923, hizo imposible el plebiscito. El Consejo de la Sociedad de Naciones aceptó el hecho consumado, como había tolerado el golpe militar polaco contra la capital de Lituania, Vilna, tres años antes. Los alemanes, que forman una abrumadora mayoría en la ciudad de Memel, se suponía que debían ser protegidos por un estatus especial contra las tendencias opresoras del Gobierno lituano en Kaunas. En

parte a causa de los métodos absolutistas de la dictadura lituana, en parte a causa de la influencia nazi en Memel, no se puede decir que el estatuto esté funcionando demasiado bien. La cuestión de Memel puede ser planteada por Alemania en cualquier momento como una petición de revisión.

Las cuestiones cotidianas del revisionismo

Mientras que la revisión territorial se mantiene como la cuestión de fondo que nunca entra en la esfera de la negociación real, las reparaciones, el desarme y las minorías raciales forman los temas básicos en las discusiones internacionales durante el primer período de la postguerra.

Reparaciones

Sin duda, las reclamaciones por las reparaciones se han situado a un nivel muy alto. Bulgaria, Hungría y Austria dejaron conjuntamente de pagarlas muy pronto, no sin que antes causaran serios daños a sus posiciones económicas. Pero la disputa sobre las reparaciones continuó envenenando la atmósfera internacional. La carga principal recae ahora sobre Alemania. Incluso aunque los pagos anuales han sido reducidos a cantidades manejables, resulta difícil hacer pagos importantes de un país a otro sin que resulte afectado el sistema económico del deudor y, todavía más, el del país acreedor. El Plan Dawes (1924)[14] intentó enfrentar esta dificultad mediante un elaborado sistema de transferencias. Pero, de manera muy curiosa,

14. El Plan Dawes, por referencia a Charles G. Dawes (político estadounidense, director de la Oficina Presupuestaria y representante de su país en la Comisión de Reparaciones de Guerra en 1924. En 1925 alcanzó la vicepresidencia de los EE. UU.), fue un plan pensado para tratar de resolver el problema de las reparaciones de guerra que tenía que pagar Alemania en base a lo establecido en el Tratado de Versalles. El plan se dio a conocer en 1924.

esta vez se mantuvo abierta la cantidad final de la deuda de Alemania. En 1929 el Plan Young[15] fijó el total de las reparaciones, descontadas las cantidades de los pagos anuales efectuados hasta ese momento, y «comercializó» el mecanismo de transferencia transformando casi completamente la deuda en bonos negociables. Sin embargo, para el verano de 1931 la depresión económica comenzó a afectar al sistema de crédito internacional hasta tal punto que el presidente Hoover solicitó una moratoria general para todas las deudas de guerra, incluidas las reparaciones. Era demasiado tarde. Los bancos de la Europa central habían estado durante mucho tiempo al borde del colapso. La quiebra del Bodencreditanstalt de Viena en 1929 fue la primera señal de alarma. Este importante banco tuvo que ser rescatado precipitadamente por el banco más poderoso de la antigua monarquía austrohúngara, el Creditanstalt de Viena, el banco de los Rothschild. En mayo de 1931 el propio Creditanstalt quebró a consecuencia del esfuerzo realizado. La correspondiente retirada de depósitos exteriores de los bancos alemanes causó el pánico, lo que, en lugar de la moratoria de Hoover, provocó que se sancionara al Darmstädter-und Nationalbank. Alemania anunció una suspensión general de pagos. A lo largo de la crisis consiguiente, las reparaciones fueron completamente abolidas en la Conferencia de Lausana del verano de 1932. Habían desaparecido de la política internacional.

Las reparaciones eran parte del sistema de Versalles, y una de sus partes más nocivas. Pero la pretensión alemana de que las reparaciones arruinaron a Alemania y, además, causaron la depresión económica internacional es, en el mejor de los casos, una verdad a

15. El Plan Young, denominado así por Owen D. Young, banquero estadounidense que dirigió el comité de estudio, fue un plan elaborado a finales de 1929 en sustitución del Plan Dawes y que intentaba garantizar la retribución de las reparaciones de guerra, pero tratando de facilitar el pago a Alemania. Las reparaciones se establecieron en una cantidad total de 26.350 millones de dólares, a deducir lo ya pagado, y pagadera en cincuenta y ocho años y medio. Se databa el final del pago para 1988. El estallido de la gran crisis económica en octubre del 29 acabó dando al traste con el plan.

medias. En 1928, cuando, en base al Plan Dawes, debía pagarse la primera anualidad completa, el Estado alemán no tenía deuda pública y solo tenía un pequeño ejército al que mantener. La deuda pública había sido barrida por la inflación, el ejército había sido restringido por el Tratado. En comparación con Inglaterra o Francia esto significaba la ventaja de un ahorro de, aproximadamente, 125 millones de libras esterlinas, la suma que debía pagar en reparaciones ese año. Más aún, los Estados Unidos estaban concediendo préstamos masivos a largo plazo en el país a una velocidad mayor a la que debía hacer Alemania sus pagos. En parte por esos préstamos y en parte también por los créditos a corto plazo concedidos después por los bancos de aceptación británicos, Alemania se declaró insolvente en 1931. Tanto la capacidad productiva de las plantas industriales alemanas, como la riqueza real de sus municipalidades, se habían incrementado considerablemente por esta época gracias a los préstamos extranjeros a Alemania. En un sentido puramente económico, las reparaciones difícilmente pueden considerarse algo más que una pequeña molestia, tanto para el deudor como para el acreedor. (Los países que recibían reparaciones tenían que percibirlas en oro o en mercancías, estando, en cualquier caso, en peligro de perder más por el daño hecho a su comercio y a su sistema de crédito, de lo que podrían esperar ganar a causa de las ventajas financieras para sus balances de estos pagos.) El problema con las reparaciones no fue tanto económico como político. Alemania consideró las reparaciones como un tributo impuesto al país por los vencedores. Los gobiernos que no hicieron todo lo posible para deshacerse de las reparaciones fueron denunciados como antipatrióticos por los nacionalistas. Puesto que no querían pagar reparaciones, los alemanes se inclinaban a pensar que todos sus males provenían de estos pagos forzosos. En realidad, nada de esto fue el caso. En 1928, Alemania era tan próspera como Inglaterra, y en muchos sentidos, más. Las enormes cifras de desempleo, sobre las que tanto insistieron entre los años 1930 y 1933 los nacionalistas y los nazis para desacreditar a la república alemana, no eran peores que las de otros países; de hecho, nunca alcanzaron las dimensiones de los Estados Unidos durante la depresión. La Alemania arruinada por las reparaciones es un mito.

Desarme

Los países derrotados tenían un derecho moral al desarme de los victoriosos. De hecho, su derecho era más que meramente moral. En sus Catorce Puntos, Wilson había declarado que los aliados se desarmarían hasta que lo permitiera la «seguridad interna».[16] En el Pacto de la Sociedad de Naciones esto se rebajó a una «reducción» de armamentos hasta los límites de la «seguridad nacional». Obviamente, los países derrotados tenían derecho a reclamar el cumplimiento, al menos, de esta última promesa. El repudio por parte de los aliados o, lo que es equivalente, el reconocimiento por estos de su fracaso final en el cumplimiento de esta promesa, habría provocado, inevitablemente, el tema del rearme de los países derrotados. Esta era la sencilla razón por la que los gobiernos seguían pretendiendo que la causa del desarme estaba progresando, a la vez que en su interior sabían que lo que estaba ocurriendo era exactamente lo contrario. La confesión del fracaso habría puesto diversas cuestiones sobre el tapete. Recordemos que no se podía esperar que la Sociedad de Naciones funcionara de manera efectiva o, por lo que importa, que pudiera funcionar a largo plazo, a menos que se les asegurara a sus miembros la igualdad de estatus, a menos que las naciones victoriosas y las derrotadas estuvieran en el mismo nivel internacional. Así pues, el desarme general no era solo un medio para evitar una carrera de armamentos que llevaría a una guerra todavía más terrible que la anterior, sino que era una necesidad inmediata si se quería impedir una crisis en la existencia de la Sociedad de Naciones. El,

16. Los Catorce Puntos del presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson son una serie de propuestas que este presentó el 8 de enero de 1918 como punto de partida para acabar con la guerra y establecer las condiciones de una paz duradera. En esta línea, el punto IV establece la necesidad de «dar y obtener las garantías adecuadas de que los armamentos nacionales serán reducidos al punto más bajo posible compatible con la seguridad interior». El texto original dice así: «IV. Adequate guarantees given and taken that national armaments will be reduced to the lowest point consistent with domestic safety».

así llamado, sistema de Versalles no podía durar. Tenía que conducir o a un desarme general o al rearme de los países derrotados. Esto fue entendido, más o menos claramente, ya desde mediados de los años veinte por todos los gobiernos concernidos. Mucho auténtico heroísmo, como el de Arthur Henderson con su trabajo desinteresado y altruista, así como una enorme cantidad de fantasiosa actividad diplomática por parte de los diversos gobiernos, se derrochó en el intento de escapar a este dilema. En última instancia, el desarme general estaba condenado a fracasar en la medida en que la organización económica de los diferentes países hiciera imposible a los gobiernos de esos países el establecer una organización internacional a gran escala de la vida económica. (En general, la Conferencia de Desarme corroboró la opinión socialista de que los estados capitalistas eran incapaces de alcanzar la paz.) Sin embargo, incluso un acuerdo parcial de reducción de armamentos habría sido de gran valor. Se habría ganado un tiempo que podría haberse usado para la revisión del sistema social. Pero ni siquiera se tuvo ese pequeño respiro. Francia se negó a reducir su armamento a menos que su seguridad frente a la *revancha* alemana fuera garantizada de antemano. Alemania se negó a admitir cualquier compromiso que supusiera la aceptación de una inferioridad de estatus. A menos que Francia se desarmara en grado suficiente, a ella tenía que permitírsele rearmarse hasta el nivel de Francia. Esta, como se ha mencionado, rehusó desarmarse a menos que sus anteriores aliados declararan que permanecerían a su lado en caso de necesidad. Tales garantías podrían concretarse mediante alianzas o acuerdos regionales, por ejemplo mediante la extensión del acuerdo de Locarno, o colectivamente, como se preveía en el artículo 16 del Pacto de la Sociedad de Naciones. Y, por tanto, volvemos una vez más a nuestro círculo vicioso. Porque frente a la reclamación de la seguridad colectiva se planteaba la contrarreclamación de la revisión, es decir, principalmente de la revisión territorial. En resumen, no era posible ningún avance hacia el desarme a menos que pudiera quedar claro cuál sería la nueva organización de Europa. Nada más servía a ese propósito. Las conferencias

de desarme estaban abocadas al fracaso en la medida en que Inglaterra y Francia eran incapaces de alcanzar un acuerdo sobre la seguridad colectiva.

Así, ocurrió lo inevitable. Desde la llegada al poder de Hitler, Alemania se mostró más y más impaciente ante las interminables evasivas de la Conferencia de Desarme. Alemania abandonó tanto la Sociedad de Naciones como la Conferencia. Recientemente, Francia ha aceptado un grado de rearme de Alemania mucho mayor de aquel con el que Alemania había estado dispuesta a contentarse. Inglaterra descubrió demasiado tarde que ella misma necesitaba de la seguridad colectiva tanto como Francia. De todas las formas de igualdad de estatus, se había hecho realidad la más infame de todas, el derecho igual de todos a seguir la vía de una suicida carrera de armamentos.

Protección de las minorías raciales

El último grupo de quejas se refiere al tratamiento de las minorías raciales. La mayoría de los cambios territoriales producidos por los tratados fueron el resultado de la doctrina de Wilson de la autodeterminación de los pueblos. Pero el establecimiento de nuevos Estados nacionales, como Checoslovaquia, la resurrección de otros antiguos, como Polonia, la ampliación de algunos ya existentes, como Rumanía y Yugoslavia, mientras se liberaba a millones de personas del gobierno ajeno, supuso finalmente la conversión de un número muy considerable de pueblos previamente dominantes, en pueblos sometidos al gobierno de los que previamente eran sus súbditos. Hemos mencionado ya la transferencia de los magiares y de los judíos húngaros a los nuevos Estados de la Pequeña Entente. De manera similar, alemanes fueron transferidos a Polonia e Italia. Por otro lado, la posición de los polacos que permanecían en Alemania, de las nacionalidades foráneas que permanecieron en Hungría, aunque fueran realmente pocos, necesitaban protección. En consecuencia, los tratados impusieron a Polonia, Checoslovaquia, Alemania, Hungría, etc., la obligación de un trato justo de las minorías raciales confiadas a su gobierno. La protección ofrecida a las minorías

raciales se centraba básicamente en sus libertades culturales, el uso de la lengua materna en sus escuelas, en la administración local, etc. Italia, como potencia vencedora, no fue obligada a dar garantías formales de este tipo, aunque la población alemana del Tirol del Sur las necesitaba muy seriamente. De hecho, la italianización forzosa de la población alemana de este territorio es uno de los más evidentes ejemplos de abuso de poder por una nacionalidad dominante decidida a privar a un pueblo considerablemente culto de su antigua lengua y de sus costumbres mediante la presión política pura y dura. Pero el caso del Tirol del Sur es significativo también por otra razón. Muestra claramente que las cuestiones raciales por sí mismas no separan a los pueblos permanentemente, a no ser que se vean vinculadas a la reclamación de la revisión territorial. Los tiroleses del sur son alemanes de vieja cepa. Antes de la guerra pertenecían al Imperio austrohúngaro, y la nueva Austria es un Estado puramente alemán. Se piensa, correctamente, que la Alemania de Hitler se muestra altamente sensible respecto de las quejas culturales de todos los alemanes que viven fuera de las fronteras de Alemania, sea en Checoslovaquia, Polonia o, incluso, en los territorios africanos del Imperio británico. Y, sin embargo, ni Austria ni Alemania han llevado nunca la causa de los tiroleses del sur ante un fórum internacional. Austria era demasiado débil como para mantener esa reclamación; Hitler ha basado su amistad con el fascismo italiano sobre su determinación, abiertamente manifestada, de no plantear la cuestión de Tirol del Sur. En ausencia de una petición de revisión territorial, la desnacionalización de los alemanes de Tirol del Sur nunca ha llegado a convertirse en una cuestión política. Allá donde existe una reclamación de revisión de fronteras, las quejas de las minorías raciales más allá de sus fronteras mantienen al público de los países maternos en un estado de agitación permanente. Sus quejas (desgraciadamente justificadas algunas veces) son utilizadas como instrumento para forzar el sacar a la palestra la cuestión política de la revisión de las fronteras. En consecuencia, los estados así atacados están menos inclinados que nunca a escuchar pacientemente las quejas de sus habitantes de diferente raza, puesto que sospechan, a

veces injustamente, que lo que quieren es separarse de su nuevo país. Cualquier concesión que se les haga puede, en función de las circunstancias, ser fácilmente presentada como un éxito político de las fuerzas desafectas. Semejante actitud por parte de la nación dominante, además de ser una infracción de las obligaciones internacionales, es, obviamente, tanto miope como injusta. Además, prueba una vez más que la petición de revisión de fronteras está en el corazón de todas y cada una de las peticiones de revisión.

Podemos ahora calibrar el verdadero sentido y significado del revisionismo en términos de política práctica. La revisión territorial rara vez ha aparecido como una cuestión inmediata. Si lo hubiera hecho podría haber precipitado fácilmente una guerra. Pero el tema de la revisión continúa ensombreciendo la política en la postguerra europea. Los países derrotados lo plantean en su propio nombre, como Alemania, Hungría o Bulgaria, o como una cuestión de solidaridad, como Austria y Turquía. Dos grandes potencias, Rusia e Italia, apoyan la petición de revisión. En la práctica esto significa que en numerosas cuestiones controvertidas que surgen del control del desarme, las zonas desmilitarizadas, la limitación de armamentos, el cumplimiento de las reparaciones y otras, estos países se sitúan al lado de los países derrotados. En este sentido, Rusia, desde 1922, e Italia, desde 1928, se sitúan en el frente revisionista. Se oponían a cualquier fortalecimiento de la seguridad colectiva a menos que primero se les abriera el camino de la revisión a los países derrotados. En consecuencia, apoyaron la reclamación de igualdad de estatus de los países derrotados y se opusieron a todos los esfuerzos conducentes al establecimiento de una fuerza policial internacional de la Sociedad de Naciones dotada de poderes ejecutivos, o a cualquier otro instrumento para poder poner en marcha sanciones efectivas. En la larga serie de conferencias sobre la reconstrucción financiera y económica, sobre la planificación de zonas aduaneras regionales, con sus numerosos planes y contraplanes, los revisionistas invariablemente cooperaron entre sí de manera que derrotaron cualquier intento de la otra parte de separar a los miembros del grupo revisionista o de hacer a alguno de ellos

dependiente de Francia, Polonia o un miembro de la Pequeña Entente. Cualquier sugerencia, plan u oferta de ayuda que se planteara sobre la cuenca del Danubio o, en definitiva, sobre Europa central, invariablemente encontraba durante este período el mismo destino. Si el plan sugerido parecía favorecer a un miembro de un grupo más que al de otro, enseguida tenía a los otros miembros del grupo menos favorecido torpedeando el plan, incluso aunque, de tener éxito, pudiera suponer considerables ventajas económicas para todos los implicados. La mera sospecha de su origen enemigo era suficiente para comprometer incluso la propuesta más acertada, y así, ningún plan genuinamente colectivo fue puesto en práctica. Ni cabía esperar razonablemente que ocurriera tal cosa. La misma existencia de un plan semejante habría presupuesto, precisamente, un acuerdo sobre los problemas políticos de Europa, cuya ausencia estaba en la base de todas las dificultades.

La Sociedad de Naciones y las grandes potencias

Artículos 16 y 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones

El campo en el que las fuerzas políticas chocaron fue la Sociedad de Naciones. Los países derrotados y sus amigos políticos propugnaban la revisión; los países vencedores, representados por Francia y sus aliados, propugnaban la seguridad colectiva. La Sociedad de Naciones, que había sido creada como guardiana del *statu quo*, o de las fronteras tal y como se habían fijado, debería convertirse en la base de la seguridad colectiva. Esta era la política del grupo francés. Condujo a la petición de fortalecimiento de los poderes ejecutivos de la Sociedad de Naciones para procurar convertir en efectivas las sanciones militares. El artículo 16 del pacto había establecido el principio de la acción colectiva de los miembros de la institución contra un agresor. El grupo francés insistió en que este artículo debería ser «implementado» mediante la adopción de compromisos

definidos por parte de los estados miembros para acudir en ayuda de otro en caso de ataque sobre cualquiera de ellos.[17]

Los países derrotados se opusieron al fortalecimiento de la Sociedad de Naciones en la medida en que ello hubiera significado el fortalecimiento de un aparato político destinado a mantener las cosas tal y como estaban. El artículo 19 del pacto había establecido el principio de que los tratados, que se habían convertido en inaplicables, podrían ser revisados.[18] Los países derrotados entendían correctamente que esto se refería también a los propios

17. El artículo 16 del Pacto de la Sociedad de Naciones decía así: «Si cualquier miembro de la Liga recurriera a la guerra, contrariamente a las obligaciones contraídas por él de acuerdo con los artículos 12, 13 y 15, será considerado *ipso facto* como responsable de un acto de guerra contra todos los demás miembros de la Liga, los cuales se comprometen por el presente pacto a romper inmediatamente todas las relaciones comerciales y financieras con dicho Estado, a prohibir toda comunicación entre sus nacionales y los nacionales del Estado que haya roto el pacto y a interrumpir todas las relaciones financieras, comerciales o personales entre los nacionales del Estado que haya roto el pacto y los de todo otro Estado, miembro o no de la Liga.
»En tal caso, el Consejo tiene el deber de recomendar, a los diversos gobiernos interesados, los efectivos militares, navales o aéreos con que los miembros de la Liga contribuirán, respectivamente, a las fuerzas armadas destinadas a hacer respetar los compromisos de la Liga.
»Los miembros de la Liga convienen, además, en prestarse apoyo mutuo en la aplicación de las medidas financieras y económicas a adoptarse, en virtud del presente artículo, a fin de reducir al mínimo las pérdidas y los inconvenientes que de esas medidas pudieran resultar. Se prestarán igualmente apoyo mutuo para resistir toda medida especial dirigida contra uno de ellos por el Estado que haya roto el pacto, y tomarán las disposiciones necesarias para facilitar el tránsito a través de su territorio de las fuerzas de todo miembro de la Liga que participara de una acción común para hacer respetar los compromisos de la Liga.
Podrá ser excluido de la Liga todo miembro que hubiese violado algún compromiso resultante del pacto. La exclusión tiene lugar por un voto del Consejo, aprobado por los representantes de todos los otros miembros de la Liga representados en el mismo».
18. El artículo 19 del Pacto de la Sociedad de Naciones decía así: «La Asamblea podrá, periódicamente, aconsejar a los miembros de la Liga la reconsideración de los tratados que hayan llegado a ser inaplicables, así como la consideración de las situaciones internacionales cuyo mantenimiento podría poner en peligro la paz del mundo».

tratados de paz. Insistieron en que el artículo 19 debería hacerse efectivo a través de un procedimiento en base al cual las reclamaciones de revisión pudieran ser llevadas a cabo formalmente. Mientras esto no tuviera lugar, no querían ni oír hablar de la «implementación» del artículo 16. Porque, según este, la guerra se habría hecho contra ellos. Según el artículo 19 eran sus fronteras las que tenían que ser revisadas pacíficamente.

Francia y sus aliados del Este

En conjunto, los estados revisionistas eran menos amistosos con la Sociedad de Naciones que los estados antirrevisionistas. Francia y sus aliados más pequeños habían establecido un sistema de tratados de seguridad regional que se basaba en el Pacto de la Sociedad de Naciones. Según estos tratados, los enemigos potenciales eran Alemania y Hungría. La alianza franco-polaca estaba dirigida contra una posible agresión alemana; la Pequeña Entente era una alianza defensiva destinada a proteger a los vecinos de Hungría contra sus peticiones revisionistas. Aunque estas alianzas estaban destinadas a sostener el *statu quo*, es decir, las fronteras existentes, los países derrotados las sentían como si fueran alianzas militares del tipo de las de la época previa a la guerra. Los países antirrevisionistas argumentaron en vano que sus alianzas no tenían intenciones agresivas, puesto que estaban contentos con sus fronteras y no deseaban cambiarlas. Insistieron en que estas alianzas se suponía que llevarían a efecto las sanciones generales de la Sociedad de Naciones y que serían efectivas solo si la Sociedad de Naciones decidiera que había tenido lugar una agresión. Después de todo, argumentaban, en la medida en que algunos miembros de la Sociedad de Naciones rechazan comprometerse en pactos de seguridad colectivos, convirtiendo así en ineficaces las sanciones contra un país agresor, ¿por qué no se les habría de permitir a otros el hacer todo lo posible por establecer la seguridad regional comprometiéndose ellos a permanecer juntos frente a un agresor? Como en todos los demás asuntos, también en lo que respecta a la Sociedad de Naciones los estados

revisionistas y los antirrevisionistas planteaban líneas políticas completamente opuestas.

La URSS

La política exterior de todas las grandes potencias estuvo, en lo principal, determinada por su actitud ante el revisionismo. Francia y Alemania eran los líderes de los grupos enfrentados. Pero Alemania no estaba sola. Rusia, aunque no reclamaba la revisión de sus propias fronteras, apoyaba todo esfuerzo por debilitar y minar el sistema de Versalles. La Revolución rusa vivía con un miedo permanente a la repetición de la intervención de la postguerra que se había organizado contra ella por parte de los países aliados. Su territorio había sido invadido repetidas veces por ejércitos contrarrevolucionarios apoyados por los círculos reaccionarios franceses y británicos. Clemenceau[19] había declarado que la política de los aliados debería ser aislar a la Rusia soviética del resto de Europa con la ayuda de un cordón sanitario, es decir, un cerco antibolchevique. La Alemania revisionista veía a Rusia como su aliado natural y en 1922, en Rapallo, Chicherin y Rathenau[20] firmaron un tratado de amistad que supuso durante más de diez años uno de los factores de la estabilidad en la política europea. El Estado Mayor alemán favoreció la idea de la cooperación militar con

19. Georges Clemenceau (1841-1929). Primer ministro francés entre 1906 y 1909 y entre 1917 y 1920. Tuvo un muy destacado papel en la Conferencia de Paz de París de 1919, donde destacó por su durísima posición contra Alemania, que quedó plasmada en el Tratado de Versalles.

20. El Tratado de Rapallo, firmado el 16 de abril de 1922, entre Alemania y la por entonces todavía República Socialista Federativa Soviética de Rusia (la URSS no se aprobará hasta diciembre de ese mismo año). Es un tratado de amistad y cooperación entre los dos países en el que ambas partes renuncian a cualquier reclamación territorial y financiera, a la vez que se sientan las bases de cooperación comercial y diplomática. Gueorgui Chicherin (1872-1936), ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética entre 1918 y 1930. Walther Rathenau (1867-1922), ministro de Asuntos Exteriores alemán en 1922 que sentó las bases del Tratado de Rapallo.

Rusia; y los industriales alemanes deseaban que se le concedieran créditos en el marco de un plan estatal a gran escala para el incremento de la exportaciones hacia Rusia. Alemania siempre podría contar con la cooperación diplomática de la Rusia soviética, así como con la de sus amigos, entre los cuales merece ser mencionada Turquía. Este país había sido duramente castigado en los tratados de paz y necesitaba para su resurrección, además de su propia habilidad, la ayuda de los soviéticos. De Turquía siempre se pudo esperar que apoyara a los revisionistas.

Italia

Pero la determinación italiana de dar su apoyo diplomático al revisionismo fue más importante que la buena voluntad de Rusia o de Turquía. Al hacerlo, rompió el frente de los previamente aliados y puso su poder militar a disposición del revisionismo. Alemania estaba desarmada. La Rusia soviética no estaba en condiciones de luchar debido a su debilidad militar derivada de la desorganización de sus industrias. Las reclamaciones territoriales de Hungría y Bulgaria ya no podrían ser tranquilamente desechadas por Yugoslavia, el vecino común de estos dos países (y, además, el rival de Italia en el Adriático), e Italia. Francia tenía que tomarse muy en serio las simpatías revisionistas italianas, porque podía proporcionar un importante apoyo al revisionismo al tratarse de un país miembro permanente del Consejo de la Sociedad de Naciones. Los motivos italianos eran puramente egoístas. Aparte de la ventaja de incrementar la presión sobre Francia y Yugoslavia, sus dos rivales en el Mediterráneo, era capaz de jugar un papel considerable a muy bajo coste, al usar al grupo de estados revisionistas unas veces como escudo y otras como ariete para conseguir sus fines. Mussolini hizo uso deliberadamente de la tensión existente entre los frentes nacionales para hacer de Italia el fiel de la balanza del poder en Europa. Con este propósito, se proclamó protectora de los revisionistas bastante a menudo, obstaculizando la implementación del artículo 16

sobre las sanciones, oponiéndose a la seguridad colectiva y socavando la autoridad de la Sociedad de Naciones lo mejor que pudo.

Gran Bretaña

Gran Bretaña, junto con Francia, ha sido la principal responsable del establecimiento de la Sociedad de Naciones. Pero mientras que Francia se sentía directamente amenazada por la inestable condición de los asuntos europeos e hizo de la seguridad el punto clave de su política exterior, la posición de Gran Bretaña, en tanto que potencia insular, era muchísimo más favorable.

Hemos visto cómo la opinión pública británica había enfrentado los problemas de la Europa de la postguerra. El juego limpio era una máxima nacional que tendía a colocar a los británicos del lado de los perdedores de la Gran Guerra. De hecho, la política británica era totalmente revisionista en sus simpatías. Downing Street, aunque no abierta y explícitamente, sí resuelta y deliberadamente apoyaba a los países derrotados en sus esfuerzos por liberarse de las cadenas de los tratados. Por supuesto, ninguna gran potencia puede apoyar una política de cambios territoriales sin establecer condiciones al respecto y, por tanto, sin poner en peligro la paz. Esto explica por qué Inglaterra nunca aceptó formalmente la petición de revisión sostenida por los países derrotados. Pero de hecho, la encontramos en más de una ocasión al lado de Alemania frente a Francia, de Hungría frente a la Pequeña Entente, de Bulgaria frente a Yugoslavia, aunque normalmente no en el tema de las cuestiones territoriales (las cuales raras veces se mencionaban abiertamente), pero sí en otras cuestiones que dividían los dos frentes nacionales. Sobre desarme, reparaciones, minorías raciales y demás, Gran Bretaña ejercía su influencia, como norma, en favor de los estados derrotados. Permitió que su armamento quedara por detrás del de otros países, con la esperanza de una limitación general de armamento a favor de la cual presionaba su Gobierno, aunque fuera con un grado variable de fuerza; la Declaración Balfour sobre las

deudas de guerra[21] limitó su interés en las reparaciones y le permitió adoptar una perspectiva amplia sobre el tema. La reconstrucción financiera en varios estados de Europa central fue debida principalmente a sus buenos oficios ofrecidos a través de la Sociedad de Naciones. Las divisas de Austria, Hungría, Bulgaria, Finlandia y Grecia fueron estabilizadas con la ayuda de préstamos de la Sociedad de Naciones, una actuación de indudable valor aunque de efecto solo transitorio. Durante la primera mitad de la década de los veinte se opuso firmemente a la aplicación de medidas drásticas para obligar a Alemania a cumplir con las reparaciones, es decir, la ocupación del Ruhr por Francia. También intentó no fomentar el establecimiento de alianzas militares entre Francia, por un lado, y los estados miembros de la Pequeña Entente, o Polonia, etc., por otro. Por cierto, semejante política por parte de Gran Bretaña quedaba sobradamente cualificada porque se correspondía con la tradicional tendencia a restaurar el equilibro de poder en el

21. Polanyi se refiere aquí a la nota firmada el día 1 de agosto de 1922 por Arthur Balfour (1848-1930), político británico que ocupó los cargos de primer ministro (1902-1905), ministro de Exteriores (1916-1919) y lord presidente del Consejo (1919-1922 y 1925-1929). En dicha nota, dirigida a los Gobiernos de Francia, Italia, Yugoslavia, Rumanía, Portugal y Grecia, se manifestaba la necesidad de que estos países pagaran los préstamos que les había hecho la Gran Bretaña. Así mismo, se declaraba que Alemania debía pagar las reparaciones de guerra por la urgente necesidad de Gran Bretaña de pagar los créditos que le había concedido Estados Unidos. Recordemos que Gran Bretaña debía en ese momento a los Estados Unidos unos novecientos millones de libras, mientras que la cantidad que le debían sus aliados era unas cuatro veces superior. La reacción a la nota de Balfour fue absolutamente negativa, sobre todo en Estados Unidos. Andrew Mellon, secretario del Tesoro, la calificó directamente como «una mentira». En todo caso, la referencia de Polanyi puede inducir a error porque la que ha pasado a la historia como la Declaración Balfour es aquella en la cual Balfour, en ese momento ministro británico de Exteriores, se dirigió a lord Rothschild, uno de los líderes de la comunidad judía británica, para manifestar la disposición del Gobierno de Su Majestad a aceptar el establecimiento en Palestina del hogar nacional judío. Dicha declaración se produjo el 2 de noviembre de 1917, es decir, durante la Gran Guerra.

continente, dando su apoyo a los que se opusieran al poder militar más fuerte, como Francia en este caso. Pero los argumentos basados en el «equilibrio de poder» se reforzaron pronto con consideraciones más actualizadas. Gran Bretaña asumió una mirada a largo plazo. El sistema de Versalles no podía durar. A Alemania se le tendría que posibilitar la igualdad de estatus más temprano que tarde, o la alcanzaría por sí misma. Fuera mediante un desarme general o, de fracasar esta vía, mediante una reducción tal de armamentos que se encontrara a mitad de camino con el rearme alemán, tenía que alcanzarse una igualdad de estatus. Cuanto mayor fuera la disparidad en el estatus de las partes, es decir, mayor la inferioridad de los derrotados en comparación con los vencedores, más dura sería la caída cuando el sistema se derrumbara. Por tanto, Gran Bretaña se estaba esforzando por nivelar las patentes diferencias en poder y posición que separaban a los vencedores de los vencidos. Inevitablemente, su peso en las conferencias mundiales se inclinó hacia el revisionismo. Sin embargo, debe entenderse claramente que, siguiendo ese camino, el principal objetivo y propósito de Gran Bretaña era la paz. Para mantener y proteger la paz, apoyó la revisión. Una revisión que amenazara la paz la habría situado siempre del lado de los antirrevisionistas. En otras palabras, favoreció la revisión solo mediante métodos pacíficos; el uso de la fuerza como medio para obtener la revisión nunca fue una opción. Mientras que el revisionismo italiano descartaba el valor de la paz, el revisionismo de la Gran Bretaña era revisionista y pacífico al mismo tiempo.

Pero el revisionismo no era bastante. Sin un fortalecimiento simultáneo de la seguridad colectiva, estaba condenado al fracaso. El miedo a la revancha era un poderoso aliado del antirrevisionismo. A menos que este miedo pudiera ser apaciguado, bloquearía cualquier progreso hacia la revisión. Pero ¿qué hizo realmente Gran Bretaña para mejorar la seguridad?, ¿qué hizo para fortalecer los recursos de la Sociedad de Naciones como guardiana de la paz?, ¿para implementar el artículo 16 del pacto que trataba de las «sanciones» que tendrían que ser aplicadas en caso de una agresión no provocada?

Cuando, en 1935, el acto de agresión de Mussolini en África hizo que la Gran Bretaña se volviera hacia la Sociedad de Naciones como el gran foro moderno de jurisdicción internacional, muchos millones de británicos oyeron hablar por primera vez de las sanciones de la Sociedad de Naciones. De hecho, será solo después de varias semanas en las que la prensa de este país estuvo clamando por la necesidad de una acción para frenar a Italia, que la palabra «sanciones» comenzó a resultar familiar para los oídos de los británicos. Este simple hecho es una prueba concluyente de lo lejos que había estado la política exterior de la Gran Bretaña de atenerse a la genuina línea de la Sociedad de Naciones durante los dieciséis años anteriores. Como todo británico sabía en esta época, las «sanciones» están en el corazón de la seguridad colectiva, y la seguridad colectiva es la esencia de la Sociedad de Naciones.

Durante muchos años, Gran Bretaña le ha dado a la Sociedad de Naciones su más caluroso apoyo. Pero todos los intentos de los franceses para inducirla a comprometerse con el principio de la asistencia mutua hasta el punto de aplicar sanciones militares contra los agresores, fueron en vano. Cuando Ramsay Macdonald, como primer ministro del primer Gobierno laborista, firmó los protocolos de Ginebra en 1924,[22] en los cuales se plasmó en un documento meticulosamente

22. El Protocolo para la Solución Pacífica de Controversias Internacionales fue aprobado por la Asamblea de la Sociedad de Naciones el 1 de octubre de 1924. El protocolo, negociado principalmente entre los Gobiernos de los primeros ministros Ramsay MacDonald, de Gran Bretaña, y Édouard Herriot, de Francia, requería que los estados signatarios sometieran las controversias internacionales a la Corte Permanente de Justicia Internacional o a un Comité de Arbitraje. Cualquier Estado que recurriera a la guerra sin haber sometido la disputa a estos mecanismos se calificaría de agresor y estaría sujeto a las sanciones económicas impuestas por la Sociedad. Los estados signatarios también estaban obligados a proporcionar ayuda militar a un país atacado por un agresor. A pesar de la firma inicial de MacDonald, Gran Bretaña finalmente decidió no ratificar el protocolo, y los franceses y los británicos recurrieron al Pacto de Locarno de 1925 como un medio alternativo para la búsqueda de la seguridad colectiva en Europa.

preparado el triple principio de asistencia mutua, arbitraje y desarme, sus sucesores ni siquiera consideraron necesario molestarse en explicar las razones por las que lo rechazaban. Hablando en general, la opinión pública británica se oponía vehementemente a la idea de «nuevos compromisos» en el continente, máxime si iban dirigidos, aparentemente, a la satisfacción de las exigencias francesas de seguridad.

Había más de una razón para esta actitud. Aunque a la luz de los posteriores acontecimientos puede aparecer como una simple cortedad de miras política y como la supervivencia de nociones aislacionistas de mentes trasnochadas, esta interpretación dejaría de lado importantes aspectos de la situación. Cualquier sistema general de asistencia mutua obligaría a implicar en la guerra a una gran potencia naval más fácil y frecuentemente que a otros. Porque, en la práctica, las sanciones de la Sociedad de Naciones significarían, demasiado a menudo, un bloqueo británico del tráfico marítimo del agresor. Incluso aunque muchos de los países pudieran estar al margen del conflicto y permanecer neutrales, Gran Bretaña estaría prácticamente en guerra siempre que hubiera una amenaza a la paz en cualquier parte del mundo. Además, esta era la manera más segura para enzarzar a Gran Bretaña con los Estados Unidos, ya que este país ni era miembro de la Sociedad de Naciones ni estaba inclinado a aceptar los principios del bloqueo tal y como lo practicaban Gran Bretaña y las potencias de la Sociedad de Naciones. Los Estados Unidos propugnaron tradicionalmente la libertad en los mares, lo que significa en la práctica real el rechazo a reconocer la ley marítima tal y como la entendían los británicos. Más aún, estos siempre habían hecho norma de no implicarse antes de tiempo en cuestiones de guerra y paz. ¿Por qué tendrían que abandonar esta viejísima práctica y complacer la manía francesa por la seguridad y por obstruir la idea de la revisión de los tratados cuando para los ingleses era esta una cuestión de pura justicia y sentido común? Fuera la que fuera la manera como los franceses y sus aliados plantearon la discusión sobre la seguridad colectiva, no encontraron en los británicos ningún entusiasmo por unírseles. Fuera el protocolo

de Herriot de asistencia mutua,[23] la Pan-Europa de Briand,[24] la fuerza policial internacional de Tardieu,[25] la definición de agresor de Litvínov[26] o los cinturones de seguridad regional de Paul Boncour,[27] Gran Bretaña mantuvo una actitud de indiferencia, cuando no de abierta hostilidad.

Locarno

Como una notable excepción respecto a esta política, en 1925 Gran Bretaña decidió formar parte de un pacto de seguridad regional que se mantuvo por más de diez años como la salvaguarda de la paz en Europa occidental. El Tratado de Locarno ofreció una garantía a Francia y a Bélgica contra un ataque no provocado por parte de Alemania. Formalmente el tratado era recíproco y Alemania también quedaba protegida frente a un ataque de Francia, una previsión que no parecía muy superflua a la vista de la invasión del Ruhr por las tropas de Poincaré[28] en 1923. No obstante, fue Francia y no Alemania el motor del Tratado de Locarno, aclamado por los franceses como una importante contribución de Gran Bretaña a la seguridad colectiva. Aunque el compromiso era regional —ya que se limi-

23. Édouard Herriot (1872-1957). Político radical francés que ocupó el cargo de primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores, entre otras ocasiones, entre 1924 y 1925.
24. Aristide Briand (1862-1932). Político francés que ocupó en diversas ocasiones los más altos cargos en el ejecutivo francés. Fue un gran defensor de la Sociedad de Naciones y también de la idea de una federación europea. En 1926 recibió el Premio Nobel de la Paz.
25. André Tardieu (1876-1945). Político francés, fue primer ministro del país galo entre 1930 y 1932.
26. Maksim Litvínov (1876-1951). Político soviético que ocupó el cargo de comisario del pueblo para Asuntos Exteriores de la Unión Soviética entre 1930 y 1939.
27. Joseph-Paul Boncour (1873-1972). Político francés que llegó a ser presidente del Gobierno entre el 18 de diciembre de 1932 y el 28 de enero de 1933.
28. Raymond Poincaré (1860-1934). Político francés que fue presidente de Francia y primer ministro en tres ocasiones. En la segunda de ellas (1922-1924) se produjo la mencionada invasión de la zona del Ruhr por las tropas francesas.

taba a la frontera oeste de Alemania y a la zona desmilitarizada del Rin y, más aún, reservaba a la propia Gran Bretaña la decisión a propósito de la intervención militar—, quedaba clara y definitivamente establecido, sin embargo, el principio de mutua asistencia frente a una agresión no provocada. También aquí, como en el caso del revisionismo, Gran Bretaña actuó de acuerdo con su política exterior tradicional, de la que forma parte la defensa de los Países Bajos contra un invasor. Pero, como en el caso del revisionismo, los motivos tradicionales de su política se veían reforzados con argumentos más actuales, tales como el reconocimiento de la necesidad de incrementar la seguridad si Francia y sus aliados se dejaran convencer para introducirse en las procelosas aguas del revisionismo. En realidad, rechazando la ayuda a Polonia contra un ataque no provocado de Alemania, Gran Bretaña estaba propiciando de hecho el revisionismo pacífico en la frontera oriental alemana. No obstante, con Locarno, Gran Bretaña se situó un poco más cerca de la Sociedad de Naciones. Esta iba a ser su única contribución a la seguridad colectiva a lo largo de la siguiente década. Con la fuerza de Locarno declinó, más firmemente que nunca, implementar el artículo 16 del pacto sobre sanciones.

Sus iniciales simpatías por el revisionismo prueban que la política de Gran Bretaña tenía la mirada puesta en el largo plazo. Pero el escaso apoyo que concedió al principio de seguridad colectiva hace que, a día de hoy, su política aparezca como si no hubiera mirado lo suficientemente lejos. Si había una oportunidad de liquidar el así llamado sistema de Versalles de manera suave, pacífica y de común acuerdo entre los países derrotados y los países victoriosos, esa posibilidad desapareció cuando el protocolo de Ginebra de 1924 fue rechazado por la Cámara de los Comunes.

Parte II

EL NUEVO ALINEAMIENTO EN EUROPA: FASCISMO Y DEMOCRACIA

El ascenso del fascismo

La nueva carrera de armamentos

Con la llegada de Adolf Hitler a la Cancillería en Alemania, el 30 de enero de 1933, se abre el segundo período de la postguerra. El sistema del Tratado de Versalles está herido de muerte. Alemania abandona la Sociedad de Naciones, denuncia todas las restricciones sobre armamentos y empieza a rearmarse a una escala gigantesca. Austria y Hungría también se rearman. Manda la política del poder. Francia trata de incrementar el ritmo de su rearme; Rusia levanta el mayor ejército que el mundo haya visto jamás en tiempo de paz; Italia y Japón utilizan toda su energía en aumentar su armamento; Gran Bretaña sigue la tendencia y lanza el mayor programa de armamento de su historia. El derrumbe del sistema de Versalles introduce una carrera de armamentos absolutamente inédita en dimensiones e intensidad.

Pero esto no es todo. Que la ruptura del sistema de Versalles liberaría las fuerzas del revisionismo y provocaría el conflicto con las potencias que se habían aprovechado de la guerra, no era más que lo que cabía esperarse. No obstante, la revisión y la seguridad colectiva, llevadas a cabo simultáneamente, todavía podrían haber abierto la perspectiva razonable de un proceso indoloro de ajuste en un mundo escarmentado. Francia había aprendido que los tratados no son sacrosantos y Gran Bretaña había descubierto que ella misma tenía también cierta necesidad de seguridad colectiva. Las exigencias de revisión territorial habían ido reduciéndose, con el paso del tiempo, a unas dimensiones manejables. Hungría y Bulgaria estaban mostrando signos de una perspectiva moderada sobre la revisión de fronteras, y la propia Alemania, como probó el posterior acuerdo por diez años sobre el corredor polaco, era muy capaz de adaptarse a las nuevas condiciones. Si solo había que considerar los antagonismos nacionales, el establecimiento de la seguridad colectiva sobre la base de una revisión razonable no era algo que estuviera fuera del alcance de los poderes normales de los estadistas.

Alianzas nacionales y sociales

Desgraciadamente, nuevos problemas se añadieron a los viejos. Diferentes intereses e ideas sociales provocaron la aparición de agudas tensiones en la vida internacional, que atravesaban las alianzas nacionales, a veces disminuyendo pero otras veces incrementando considerablemente la intensidad de los conflictos. Los antagonismos nacionales continuaron dominando los asuntos mundiales, pero sobre los mismos se superponían los conflictos sociales.

En el nuevo orden mundial, Alemania ocupaba un lugar central. Su antigua rivalidad con Francia seguía siendo la fuente de todos los problemas en la esfera nacional, mientras que su nuevo antagonismo con la Rusia soviética era el resultado de la posición que ella misma había asumido en la esfera social. Así, Alemania se convirtió en la fuerza motriz en ambas direcciones. Tanto Francia como Rusia se encontraron a la defensiva respecto de Alemania, aunque las razones para el ataque que temían eran de naturaleza

absolutamente diferente. Retirándose del frente revisionista y uniéndose al campo de la seguridad colectiva, Rusia creó una nueva situación en Europa. En el nuevo alineamiento, los países democráticos y la URSS tendían a situarse más cerca, mientras que los países fascistas establecieron alianzas, más o menos permanentes, para provocar la caída de la democracia. Aunque las relaciones entre las grandes potencias imperialistas, Alemania e Italia, a las que había que sumar a Japón en el Lejano Oriente, eran inestables, y a menudo crispadas, como norma general estas potencias consiguieron cooperar contra los estados democráticos y la Rusia soviética bajo la consigna de «salvemos al mundo del bolchevismo». Italia y Japón discreparon durante la guerra de Abisinia; Alemania e Italia pelearon por Austria. Sin embargo, estas últimas potencias se apoyaron mutuamente cuando Italia invadió Abisinia, de la misma manera que lo hicieron más tarde, cuando intervinieron conjuntamente a favor de la España de Franco; por su parte, Alemania y Japón declararon una alianza anticomunista dirigida contra la Rusia soviética.

En el otro lado, Gran Bretaña, Francia y, en el hemisferio occidental, los Estados Unidos, también se aproximaron. Aunque lejos de formar una alianza militar, muestran una tendencia creciente hacia cierto grado de cooperación. Pero sus relaciones son entorpecidas fácilmente por el hecho de que Francia, por obvias razones militares, se vincula más estrechamente con otras potencias continentales de su grupo, la URSS, de lo que Gran Bretaña y Estados Unidos consideran necesario. Las grandes diferencias entre los sistemas económicos de la Rusia soviética y los otros países industriales otorgan a la diplomacia fascista una buena oportunidad para introducir cuñas entre Rusia y el resto de países. El ascenso del fascismo está en el corazón de las guerras sociales y de las guerras civiles de nuestro tiempo.

La democracia y la influencia de la clase obrera

La guerra destruyó las tres grandes dinastías gobernantes del continente: los Habsburgo, los Hohenzollern y los Románov. Sus antiguos imperios se convirtieron en repúblicas democráticas, la

aristocracia feudal fue desposeída por revoluciones agrarias y los capitalistas tuvieron que ceder el gobierno a la gente común. Con diversas características y diferentes maneras, esto sucedió en una gran parte de Europa central y oriental donde nacieron más de media docena de nuevos Estados en el marco del proceso de revitalización nacional y social. En Alemania y en Austria, los sindicatos y los partidos de la clase obrera jugaron un papel decisivo en el establecimiento de los nuevos Estados, los cuales habían quedado en una situación de casi completa impotencia por el colapso general que siguió a la derrota de los ejércitos en el campo de batalla. En ningún sitio la derrota había sido provocada por una revolución interna; por el contrario, las revoluciones de la postguerra eran simplemente el resultado de la catástrofe militar. No es de extrañar que la clase obrera se sintiera orgullosa de sus logros. Había salvado a la sociedad de la anarquía y organizado una comunidad democrática sobre las ruinas de la vieja. No es de extrañar que imprimiera su impronta en la constitución de los nuevos Estados, en sus legislaciones sociales, en sus leyes laborales y en la administración del bienestar social. La Alemania imperial, con su sistema de castas y el esnobismo de los *junkers*, vio a un antiguo aprendiz de talabartero, Ebert,[1] convertirse en cabeza del Estado en lugar del káiser. El Imperio austríaco, en el que una orgullosa aristocracia había mantenido su influencia, fue transformado, casi de un día para otro, en una metrópolis famosa mundialmente por una magnífica cultura de clase obrera. Pero la antigua clase dominante se negó a aceptar la derrota. Sus insistentes esfuerzos por restaurar su dominio fueron el origen principal de los movimientos contrarrevolucionarios de los que surgió el fascismo.

El mecanismo que mantenía a la clase obrera en el poder era el sufragio universal y el gobierno representativo. En pocas palabras, la democracia. El ataque contrarrevolucionario se dirigió contra sus instituciones políticas e industriales. Luchar contra la influencia de la clase obrera destruyendo la democracia fue, invariablemente, el objetivo fascista.

1. Friedrich Ebert (1871-1925). Político socialista alemán que se convirtió en el primer presidente de la República alemana. Su mandato se extendió desde el 11 de febrero de 1919 hasta su muerte el 28 de febrero de 1925.

La Revolución rusa

En Rusia, las constantes abominaciones de la autocracia zarista acabaron cosechando los frutos que habían plantado. Para proteger la democracia recién conquistada de la amenaza inminente de la contrarrevolución zarista, la clase obrera tuvo que establecer su propio dominio, lo cual llevó, con el trasfondo de las condiciones materiales del país, a una revolución socialista de carácter excepcional. En última instancia, la revolución bolchevique fue probablemente el único medio de prevenir el retorno del zarismo y las inenarrables crueldades con las que el terror blanco triunfante se habría vengado de las fuerzas revolucionarias. Cuando juzgamos las formas del Estado Socialista Soviético deberíamos tener en cuenta que Rusia carecía de tres cosas que sí poseían los países de Europa occidental: una población alfabetizada, un sistema industrial y unas tradiciones democráticas. Así, los capitalistas reaccionarios podían aferrarse a la inevitable debilidad del experimento de la Rusia socialista para desacreditar al socialismo mismo, aunque en realidad fueron los grandes logros industriales y educativos de la URSS los que se convirtieron en objeto de su profundo odio. Pero la pesadilla bolchevique podía servir también para cumplir otros propósitos. La democracia había conducido a una influencia predominante de la clase obrera en Europa central y la influencia de la clase obrera había llevado al bolchevismo en Rusia. ¿Por qué no utilizar la pesadilla bolchevique como un arma contra la democracia para así bloquear, de una vez y para siempre, la principal vía de influencia de la clase obrera? De esta manera nació la gran idea del fascismo: luchar contra la democracia bajo la cobertura de una cruzada anticomunista.

Fascismo y democracia

A largo plazo, la sociedad industrial moderna es o democrática o fascista. O se basa en el ideal de la igualdad y responsabilidad de los seres humanos, o en su negación. Pero la democracia no puede mantenerse bajo las condiciones de la vida actual a menos que sus principios se extiendan al conjunto de la sociedad,

incluyendo el sistema económico. Esto es lo que habitualmente llamamos socialismo. Aquellos que quieren golpear las raíces de la democracia dirigen sus ataques contra el socialismo, intentando explotar así los prejuicios de las masas y mantenerlas más fácilmente en estado de sometimiento.

El espíritu del fascismo se entiende más fácilmente cuando se contrasta con los ideales del socialismo contra los que directamente apunta.

El fascismo está imbuido por un espíritu de nacionalismo extremo. El socialismo tiende, por su propia naturaleza, hacia soluciones internacionales. Si hay que desacreditar sus ideales, entonces el pacifismo tiene que ser considerado como un crimen, y la disposición a colaborar con otras naciones y razas como una abominación.

El fascismo exalta el uso de la violencia y cree en el principio de la guerra permanente entre las naciones y los pueblos. De nuevo, esto es exactamente lo contrario de la opinión socialista de que la organización internacional mundial eliminará la necesidad de las guerras y de que la coerción solo puede ser justificada como un medio inevitable de asegurar un grado más completo de libertad para todos.

El fascismo toma al absolutismo como la forma natural de organización política de la comunidad humana. El autogobierno, las instituciones representativas, los derechos ciudadanos, la propia idea de libertad del individuo, son todos ellos anatemas. El socialismo es el cumplimiento de la idea de libertad en una sociedad industrial moderna. Está gobernado por el principio de la autorrealización de la personalidad humana, del ideal de la autoexpresión de todo ser humano. La exigencia de una propiedad colectiva de los medios de producción se dirige, precisamente, a salvaguardar estos fines. El socialismo deja de ser socialismo si no se esfuerza en esa transformación de la sociedad que garantice a todo individuo el mayor grado de cooperación espontánea y de iniciativa responsable. Bajo la denominación del «principio del liderazgo» el fascismo ha introducido el sometimiento político de las masas como un ideal que marca el estadio final del desarrollo de la sociedad humana. Semejante deificación de la esclavitud es inevitable en una filosofía que quiere arrancar el

ideal socialista de libertad perfecta del corazón de los seres humanos.

El Estado totalitario y el nacionalsocialismo

En los países de Europa central y oriental, en los que la clase obrera estaba en ascenso tras la guerra, antes o después se va a ir conformando un contramovimiento cuyo objetivo era abolir las ventajas que habían acumulado los sindicatos y los partidos de la clase obrera. En Hungría, los comunistas establecieron un breve régimen que terminó con la restauración de la antigua clase dominante en medio de una orgía de terror blanco.[2] En Italia, los trabajadores se lanzaron en 1919 a un movimiento huelguístico que culminó con la ocupación de las fábricas, aunque no hubo uso de la violencia. En esta ocasión pareció claro que las clases medias bajas dejaron de seguir el liderazgo de la clase obrera cuando esta se ocupó de parar las ruedas de la industria sin tener ningún plan definido propio de cómo hacer que las cosas volvieran a funcionar. El propio término de «fascismo» viene de los «grupos de asalto» de Mussolini, cuya labor era asaltar y arrasar locales sindicales, organizaciones de trabajadores, sedes de sindicatos, y apalear o matar a sus oponentes políticos. Como en Hungría, también en Italia la contrarrevolución acusó a los trabajadores de falta de patriotismo. Contrastaron, con razón, el espíritu pacífico y sobrio de los trabajadores con el delirio del nacionalismo que a ellos los inspiraba. Allá

2. Tras el aplastamiento de la República Soviética Húngara (21 de marzo-1 de agosto de 1919), Miklós Horthy, militar húngaro, conservador, profundamente anticomunista, antijudío y nacionalista, asumió el mando del país. Horthy permitió y alentó el terror blanco que provocará decenas de miles de víctimas en todo el país y el exilio de muchos miles más, incluida Ilona Duczyńska, futura mujer de Polanyi. Tras un período de incertidumbre, el proceso contrarrevolucionario culmina con la proclamación de Horthy como regente de la monarquía húngara —los aliados no permitieron el regreso de los Habsburgo—. Con el paso del tiempo Horthy acabó imponiendo una dictadura personalista con rasgos fascistas. Polanyi, que se encontraba en esa época en Viena, no volverá a Hungría hasta pocos años antes de su muerte.

donde la contrarrevolución adoptó una forma típicamente fascista, la nación en su conjunto dirigió sus energías, abierta o clandestinamente, hacia la ampliación de su armamento, y hacia la supresión de cualquier esfuerzo que no fuera la preparación para el día en que esas armas fueran utilizadas para fines de explotación o de conquista. El «Estado totalitario» es el conjunto de la gente organizado para la «guerra total», es decir, para una guerra en la que cada partícula de la nación dejaría de tener ninguna función o valor aparte la de ser sacrificada en el supremo esfuerzo de aniquilar al enemigo. Semejante guerra no comienza con el estallido de las hostilidades ni cesa cuando estas acaban. En años y décadas de aparente preparación pacífica, las energías de los individuos deben ser canalizadas para incrementar al máximo su efectividad como unidad en una guerra total. El material biológico de la propia vida humana tiene que ser subordinado a este objetivo singular. Una vez que se ha aceptado la guerra como la respuesta final al problema de la historia, ningún otro resultado es lógicamente posible. El fascista, si es coherente, no puede escapar a la conclusión de que en la composición del ser humano no son los elementos espirituales sino los animales los que constituyen la auténtica naturaleza del mismo. El Estado totalitario puede ser resumido como el ideal de una granja experimental dedicada a la creación de una variedad humana que, en caso de guerra, dará el máximo de problemas al enemigo y el mínimo de problemas a sus gobernantes. Es la perfecta adaptación de los medios a los fines lo que hace del racismo alemán la verdadera forma del fascismo. El nacionalsocialismo no es una forma de socialismo. Es su enemigo mortal.

El nuevo alineamiento de las grandes potencias

El fascismo alemán se ha propuesto destruir el socialismo en Rusia. Toda su política exterior está basada sobre esta idea. En opinión de Hitler, todos los estados capitalistas deberían unirse en la tarea común de derrotar al país natal del bolchevismo.

Alemania se considera a sí misma como «la campeona de la civilización europea contra la barbarie subhumana asiática». Se autoproclama como el nexo de unión de todos los enemigos del socialismo. Esta misión que ha elegido asumir es un valioso activo en su política exterior; extrae permanentemente de ella una gran fuerza. Por tanto, evita cualquier ambigüedad a este respecto. Su irreductible enemistad con la URSS es un elemento esencial de la política europea. Alemania y Rusia actúan como los dos polos de la tensión social en la presente situación internacional. Los efectos de su desarrollo sobre el alineamiento de las potencias europeas han sido profundos y duraderos.

La URSS ha abandonado el frente revisionista. Tan pronto como se convenció de que la hostilidad nacionalsocialista contra el «marxismo» era un elemento básico de la política exterior alemana, modificó la actitud que había mantenido sistemáticamente desde noviembre de 1917. Hasta 1933 la URSS había estado contando, más o menos, con una revolución mundial que la protegería en un futuro contra un cercamiento por parte de los estados capitalistas. Sospechaba que la Sociedad de Naciones era el punto de origen de una intervención capitalista. Potenció el revisionismo de cara a establecer una cuña entre los estados capitalistas y avanzar en la destrucción del sistema de Versalles. Si el revisionismo llevaba a la guerra, ello situaría más próxima la revolución mundial.

Ahora ha roto con el revisionismo y ha girado hacia la posición opuesta. Paso a paso se ha ido situando más y más cerca del campo antirrevisionista que apoyaba la seguridad colectiva, y ha acabado en la Sociedad de Naciones. Se mantuvo en su tradicional principio de intentar prevenir su cercamiento apoyando a un grupo contra otro, solo que esta vez se situaba del lado del grupo de estados antirrevisionistas. Aunque había una gran diferencia. Al unirse a las potencias del *statu quo* y la Sociedad de Naciones, la revolución mundial desapareció como parte de la política exterior soviética. A sus intereses ya no les servía una guerra. La URSS se convirtió en un factor de paz.

La entrada de Rusia en el sistema de la Sociedad de Naciones tuvo importantes consecuencias sobre la política europea. Rusia había estado solo vagamente interesada en los asuntos europeos. Aunque, tras el éxito de sus planes quinquenales, su poderío militar se había incrementado, en cierto sentido se mantenía como una potencia no europea. Su apoyo al revisionismo era meramente diplomático; y su ejército no entraba en la foto. Esto potenció el papel de otras nuevas grandes potencias, Polonia e Italia. De 1919 a 1933 estas habían jugado verdaderamente el papel de grandes potencias en Europa, aunque, en realidad, eran potencias con intereses limitados y, todavía más, de recursos limitados en comparación con las grandes potencias propiamente dichas. La entrada en juego de Rusia tendió, naturalmente, a debilitar el peso que Polonia e Italia tenían en el concierto europeo. Aunque la nueva situación no les hizo cambiar su línea en absoluto, la marcó, no obstante, en cierta medida. Polonia se mantuvo antirrevisionista, pero se acercó a Alemania; e Italia, aunque permaneció revisionista, se aproximó a Francia. La política polaca se convirtió desde este momento en una especie de misterio para todos menos para aquellos que formaban los círculos internos de sus instituciones. Tampoco la conducta de Italia fue precisamente una línea recta. Estas dos potencias tenían la mirada puesta en Francia y, por tanto, debían adaptar su línea política a la transformada situación en la que les había puesto la amistad de Francia con Rusia. Polonia, aliada de Francia, ya no podía contar con su apoyo incondicional, porque este país ahora tenía que prestar atención también a Rusia. Por tanto, Polonia consideró inteligente el llegar a un acuerdo con Alemania para poder sentirse segura en lo sucesivo. Por su parte, Italia no había sido precisamente amistosa con Francia. Había seguido la línea de poner presión sobre Francia para persuadirla así de hacer algunas concesiones coloniales a Italia en África, y también para debilitar su apoyo a Yugoslavia, el vecino de Italia en el Adriático. Las simpatías italianas por el revisionismo brotaron de fuentes similares. La necesidad de llegar a acuerdos con Italia debía quedarle clara a Francia. A menos que tomara ese camino, la fuerza militar italiana se situaría, llegado

el caso, junto a las fuerzas militares de Alemania, Hungría, Bulgaria, etc. La nueva orientación de la URSS interrumpió esta estratagema italiana. A la vista de la gran fuerza militar de la URSS, Francia sería en el futuro menos dependiente de Italia. Mussolini, que había estado en los peores términos con Francia, hizo las paces con ella el 7 de enero de 1935. Laval[3] declaró que Francia no estaba interesada en el futuro económico de Abisinia. Es una cuestión para la historia el que ese día se sembraran las semillas para la guerra africana.

Pero Italia había sido afectada también de otra manera por el volcánico nacimiento del Tercer Reich de Hitler. Ahí encontramos otra razón para el rápido acuerdo de Mussolini con Laval. El repentino resurgimiento del imperialismo alemán había apagado el ardor revisionista italiano. La cuestión austríaca había sido pospuesta de manera segura durante quince años. Aunque país derrotado, Austria no era revisionista. Su única queja de que en el Tratado se le prohibiera unirse a Alemania no había sido apoyada por esta más que de manera dubitativa y se hacía cada vez menos insistente. De repente, todo cambió. El Tercer Reich reclamaba la unión con Austria, e Italia fue situada en una posición altamente incómoda. Habiendo apoyado el revisionismo durante más de una década, se encontró frente a un éxito revisionista que amenazaba su seguridad y su integridad. Si Austria se unía a Alemania, el Tercer Reich se convertiría en vecino de Italia en la zona de Brenner, es decir, en los Alpes tiroleses. El Reich podría, entonces, plantearse codiciosamente la posibilidad de un puerto en el Adriático; podría bloquear las comunicaciones de Italia con Hungría en caso de guerra; podría retomar con fuerza su anterior línea de

3. Pierre Laval (1883-1945). Político francés que empezó su carrera política en el Partido Socialista Francés pero que fue evolucionando hacia posiciones cada vez más conservadoras. Ocupó el cargo de primer ministro en la época de entreguerras, concretamente entre 1931 y 1932 y entre 1935 y 1936, momento en que apoyó a Mussolini en sus pretensiones coloniales en Abisinia. Su decantación, cada vez más obvia, hacia posturas fascistas le llevó a participar activamente con el régimen colaboracionista de Vichy. Tras la guerra fue juzgado, condenado a muerte y ejecutado.

expansión por los Balcanes y reducir a Italia a la impotencia en el Adriático; y, casi con toda seguridad, fomentaría el malestar de los alemanes del Tirol del Sur socavando así la zona fronteriza más vulnerable de Italia. Mussolini contrarrestó el peligro estableciendo su propia dictadura en Austria mediante el Heimwehr[4] que en febrero de 1934 se había enfrentado con los defensores socialistas de la Constitución. Las tropas italianas en Brenner continuaron vigilando la independencia austríaca de 1933 a 1936. Obviamente, aquí había un punto de acuerdo con Francia. Durante esos años las relaciones italo-alemanas nunca estuvieron libres de la sombra austríaca.

La propia Gran Bretaña también se vio, durante un tiempo, afectada negativamente en su libertad de acción diplomática por la inesperada reaparición de la URSS en el sistema europeo. La debilidad comparativa de Gran Bretaña durante estos años críticos fue a menudo destacada y adscrita a toda una serie de razones. Una de ellas era, ciertamente, el hecho de que Gran Bretaña era incapaz de conciliar su política en el océano Pacífico con sus compromisos europeos. En el Pacífico tenía que tomar continuamente en consideración a Japón, aunque, o quizá precisamente por ello, estaba tácitamente comprometida por su política naval e imperial general a alinearse con los Estados Unidos, en el caso de tener que elegir entre estos y Japón. Pero el poder naval de Gran Bretaña no era lo suficientemente fuerte para proteger, sin correr graves riesgos, sus posesiones y dominios remotos contra una agresión japonesa. Ni tampoco los Estados Unidos eran capaces de protegerlos, ni deseaban hacerlo, durante este período en cuestión. En la práctica, la política de Gran Bretaña consistió en posponer, si es que alguna vez llegaba, el fatídico día en que un conflicto entre Japón y Estados Unidos la obligara a enfrentarse contra los primeros en las aguas del Extremo Oriente. En efecto, Gran Bretaña estaba esforzándose por hacerle rentable a Japón el mantenimiento de la paz al no

4. Organización paramilitar surgida en Austria al término de la Gran Guerra, a semejanza de los Freikorps alemanes, y que, en su deriva derechista, terminó convirtiéndose en la base del austrofascismo.

entorpecer la tendencia japonesa a ganar una posición en el continente asiático; daba igual si eso sucedía a costa de los rusos en Manchuria, de los chinos del norte de China o, por último, de los chinos y los propios británicos en el centro y el sur de China. En un momento en que la URSS no contaba prácticamente con fuerza militar en el Lejano Oriente, y que tanto Estados Unidos como Gran Bretaña eran todavía débiles en el océano, la solución obvia de agrupar a los tres países en la defensa contra el imperialismo japonés ofrecía una menor seguridad de la que parecería a simple vista. Una coalición de socios débiles intentando detener a un país comparativamente fuerte puede ser suficiente para inducir a este país a golpear mientras sus adversarios sean débiles, sin ofrecer una garantía de victoria militar a la coalición. Sin embargo, esto no significa en ningún caso que Gran Bretaña no pudiera y, por tanto, no debiera haber interferido el camino de los agresivos planes de Japón en el Lejano Oriente en 1931. En lugar de encorajinar a Japón, como realmente sucedió, Gran Bretaña, con la ayuda de Estados Unidos y la Sociedad de Naciones, podría haber incrementado enormemente el coste de la agresión para Japón, y ralentizado así su marcha hasta un paso de tortuga sin riesgo alguno de guerra. Que, en lugar de ello, sir John Simon[5] abriera gratuitamente el Lejano Oriente a la agresión japonesa, se ha mostrado, a la vista de los acontecimientos que siguieron, como una enorme estupidez tanto psicológica como intelectual.

Sea como fuera, Gran Bretaña se encontró en una posición en el Pacífico en la que simplemente no podía vetar la vulneración japonesa de los intereses rusos. En otras palabras, Gran Bretaña se mantuvo de manera persistente del lado japonés en el conflicto entre Japón y Rusia. Y, a menos que hubiera un cambio radical en el equilibrio de poder en el Pacífico, estaba casi obligada a hacerlo.

5. Sir John Simon, primer vizconde Simon (1873-1954). Político británico que ocupó numerosos cargos a lo largo de su extensa carrera política. Entre ellos destacaríamos, en consonancia con la mención de Polanyi, el cargo de ministro de Asuntos Exteriores entre 1931 y 1935.

Aunque no se dijo mucho al respecto en ese momento, la admisión de la URSS en la Sociedad de Naciones resultó incómoda para Gran Bretaña. Como miembro de la Sociedad de Naciones y defensora de la seguridad colectiva, la URSS apostaba por el mantenimiento de la paz y la condena de las agresiones no provocadas. Será considerada por Francia como su aliado natural en Europa, especialmente respecto de Alemania. Pero Gran Bretaña también estaba comprometida, por el Tratado de Locarno, a situarse del lado de Francia en el caso de una agresión injustificada por parte de Alemania. A menos que Gran Bretaña decidiera desentenderse del futuro de Bélgica y los Países Bajos, y, por cierto, denunciara el acuerdo de Locarno, no podía estar segura de no encontrarse algún día en el mismo lado que la URSS. Pero ¿qué hacer con Japón, el cual, si la URSS se veía envuelta en una guerra, casi con total seguridad iba a atacar a esta última? No había escapatoria frente al hecho geográfico de que mientras una frontera de la URSS era el océano Pacífico, la otra estaba en Europa. Los dos centros de conflicto del globo, la región del Amur y la del Rin, que habían estado aisladas y separadas una de otra por un continente indiferente y neutral, habían sido cortocircuitados. Gran Bretaña debía decidir si cambiar su política en el Pacífico o en Europa, si contemplaría con benevolente neutralidad los preparativos japoneses para atacar la Mongolia Exterior y Siberia o si se atendría a Locarno y lucharía al lado de la URSS si ese país y Francia se unían en una guerra defensiva común contra Alemania. Gran Bretaña era incapaz de decidirse por una u otra solución. Quizá, entre las razones ocultas que explicarían su debilidad en los asuntos exteriores, esta fue la más importante.

La irreductible enemistad de Alemania con la URSS, que proclamaba continuamente como una cuestión de principios, se convirtió en un factor determinante en nuestro período histórico. Cuanto más éxito tenía Alemania en colocar a la URSS como una cuestión política, más se debilitaba la libertad de acción británica. A su vez, Alemania estaba poniendo las bases para una agresión fascista a todo lo largo del mundo.

Alemania e Italia siguen adelante

Tras el ascenso de Hitler a la Cancillería del Reich, la política europea refleja casi a diario la creciente presión proveniente de Alemania.

La marcha de los acontecimientos

En enero de 1933 Hitler asume el control. El 27 de febrero arde el Reichstag. Los comunistas son culpados del hecho; son prohibidos. El 14 de octubre Alemania abandona la Sociedad de Naciones. En enero de 1934 se aprueba una tregua de diez años con Polonia. Alemania se ve ahora libre para preparar la unión con Austria y organizar Europa central y el Danubio contra la URSS. El 30 de junio el partido nazi es purgado por el propio Hitler. Centenares de mandos intermedios que habían estado presionando por reformas económicas y sociales en Alemania, son fusilados. Hitler, el Ejército y los grandes industriales asumen el control exclusivo. El 25 de julio, el canciller austríaco Dollfuss[6]

6. Engelbert Dollfuss (1892-1934). Político austríaco conservador de tendencia socialcristiana. Ocupó en 1931 el Ministerio de Agricultura hasta que, tras la crisis de gobierno provocada por el aumento de la influencia nazi y un intento de golpe de Estado por parte de estos, se le ofrece la Cancillería austríaca en mayo de 1932. Amparándose en la parálisis parlamentaria derivada de las exiguas mayorías de los diferentes bloques, disolvió el Parlamento, prohibió al Partido Comunista, luego al partido nazi austríaco y posteriormente a todos los demás partidos. Dollfuss estableció así una dictadura dirigida por él mismo. Surge así el denominado «austrofascismo», más próximo a los planteamientos de Mussolini que a los de Hitler. En abril de 1934 hizo aprobar una nueva Constitución que definirá el Estado en la línea del Estado corporativo fascista, tal y como el año anterior había hecho la dictadura fascista de Salazar en Portugal. Tres meses después, el 25 de julio de 1934, y en el marco de un nuevo intento de golpe de Estado por parte de los nazis, un grupo de estos entró en la cancillería y asesinó a Dollfuss. El «problema austríaco» fue el conflicto más importante que enfrentó a Hitler y Mussolini, hasta el punto de que este amenazó a aquel con la guerra si se cuestionaba la independencia de Austria.

es asesinado por los nazis; el alzamiento armado de estos falla. El 16 de marzo de 1935 Alemania declara su intención de rearmarse a gran escala. Hitler, ahora jefe del Estado en sustitución del mariscal von Hindenburg, anuncia en Berlín a sir John Simon y Eden[7] la irreductible enemistad del Tercer Reich con la URSS. Un año después, Alemania rompe el Tratado de Locarno y sus tropas marchan sobre Renania.

Lenta y gradualmente, pero como una inevitable necesidad, estos movimientos inician un contramovimiento en Europa. En mayo de 1934 la URSS decide que la revisión es solo otra forma de denominar una nueva guerra mundial. En julio de 1934, los franceses ofrecen un pacto oriental a la URSS, Alemania, Polonia, Checoslovaquia y los países bálticos, es decir, Estonia, Letonia y Lituania. Cuando Alemania lo rechaza, Francia decide establecer un pacto de asistencia mutua con la URSS, dejando abierta la posibilidad de que Alemania se una sobre las bases de una total reciprocidad. La URSS solicita la entrada en la Sociedad de Naciones. El 3 de febrero de 1935 Gran Bretaña y Francia acuerdan en Londres un memorándum en el que ofrecen igualdad de estatus a Alemania a condición de que esta acuerde firmar un pacto de seguridad. El 2 de mayo Laval firma un acuerdo por cinco años con Litvínov; Stalin anuncia que a partir de ese momento los comunistas franceses apoyarían la política armamentística del Gobierno francés. En agosto, el VII Congreso de la Comintern[8] modifica su táctica tradicional y declara su apoyo a los frentes populares de fuerzas antifascistas en todos los países. El 16 de mayo la URSS firma un tratado con el Gobierno checoslovaco en términos muy parecidos a los del acuerdo franco-soviético. En junio se dieron a conocer los resultados del referéndum británico por la paz.[9] Más de once

7. Anthony Eden (1897-1977). Político conservador británico que ocupa en esta época el cargo de ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno británico.
8. Comintern es el nombre de la también denominada Internacional Comunista o III Internacional, organización que agrupó a los partidos comunistas de los diferentes países entre 1919 y 1943.
9. El referéndum británico por la paz fue propuesto y llevado a cabo por

millones de votos habían apoyado a la Sociedad de Naciones y varios millones se declararon favorables a sanciones militares a través de la Sociedad de Naciones.[10] El 14 de noviembre, el electorado británico respaldó casi unánimemente el principio de la seguridad colectiva. En mayo de 1936 el Parlamento francés ratificó el tratado franco-soviético.

Aparte de la actitud franco-soviética y, más adelante, de la británica, las acciones alemanas debían tomar también en consideración diversos factores, como la línea independiente seguida por Italia, la política del Vaticano, la Pequeña Entente o los vecinos pequeños de Alemania.

Italia, la protectora de Austria

La pugna por Austria separó a Italia y Alemania durante este período. Italia se mantuvo como revisionista y opuesta a la Sociedad de Naciones, pero siguió una línea independiente. Su

organizaciones próximas a la Sociedad de Naciones con el objetivo de constatar, frente al progresivo aislacionismo de la clase política, si el pueblo británico avalaba los esfuerzos de la Sociedad de Naciones por la paz. La consulta no contó con apoyo oficial, aunque finalmente participó en ella casi la mitad del electorado. En concreto, el número total de votos fue de 11,8 millones, el 36 % de la población adulta. Los resultados se hicieron públicos el 27 de junio de 1935.

10. Las preguntas planteadas y los resultados de cada una de ellas fueron las siguientes:
1.- *¿Debería Gran Bretaña seguir perteneciendo a la Sociedad de Naciones?* Sí, 11.090.387; No, 355.883
2.- *¿Está usted a favor de una reducción general de armamentos mediante acuerdo internacional?* Sí, 10.470.489; No, 862.775
3.- *¿Está usted a favor de una abolición general del Ejército y la Marina nacionales mediante acuerdo internacional?* Sí, 9.533.558; No, 1.689.786
4.- *¿Debería prohibirse mediante acuerdo internacional la fabricación y venta de armas para beneficio particular?* Sí, 10.417.329; No, 775.415
5.- *Considera usted que, si una nación insiste en atacar a otra, las otras naciones deberían unirse para obligarla a detenerse:*
a) mediante medidas económicas y no militares: Sí, 10.027.608; No, 635.074
b) mediante medidas militares si fuera necesario: Sí, 6.784.368; No, 2.351.981

tratado con Francia en enero de 1935 permitió a este país mover doscientos mil soldados desde la frontera con Italia hasta la línea Maginot en la frontera con Alemania. Cuando, dos meses más tarde, Alemania denunció las disposiciones sobre desarme del Tratado de Versalles, Italia se reunió en Stresa[11] con Gran Bretaña y Francia en una demostración de solidaridad contra los que vulneran los tratados. En el Protocolo de Roma de marzo de 1934, apoyó un acuerdo de cooperación y consultas con Austria y Hungría, principalmente como contrapeso a la influencia alemana en el Danubio. Porque lo que había quedado de Hungría tendía por naturaleza a hacer causa común con Alemania, cuya marcha triunfal hacia el poderío militar prendió en Hungría nuevas esperanzas de reconquistar sus antiguas fronteras. Austria se mantiene en la órbita italiana mediante la promesa de ayuda militar contra una invasión alemana. Además, la Iglesia romana y la aristocracia de ese país miran a Italia buscando apoyo para la planificada restauración de los Habsburgo. La monarquía ayudará, esperan, a mantener la independencia austríaca. Tanto en Abisinia[12] como posteriormente en España, Italia sigue adelante por su cuenta, contando, acertadamente, con la buena voluntad alemana hacia actos fascistas de conquista. Pero Italia no llegará a ningún compromiso sobre Austria con el Tercer Reich hasta que los reveses militares sufridos por los «voluntarios» italianos en España la obliguen a ese movimiento. El «eje Berlín-Roma» en la política continental es un acontecimiento del año 1937.

El Vaticano en Europa central

El Vaticano se ha mostrado como un poderoso aliado de Italia en Austria. A la vista del conflicto del Tercer Reich con las

11. Ciudad del Piamonte italiano próxima a la frontera suiza.
12. Recordemos que el término «Abisinia» se utiliza aquí como otra denominación para Etiopía. En realidad, Abisinia se refiere al Imperio etíope, formado por Etiopía y Eritrea. Esta última había sido convertida, junto con Somalia y Libia, en colonia italiana en 1890.

Iglesias, tanto con la protestante como con la católica, la Santa Sede se mostró muy reacia a alentar la unión de la católica Austria con el Tercer Reich. Desde 1931 el Vaticano estaba promocionando una versión católica del Estado corporativo. Cuando Mussolini, deseando asegurar de esa manera la independencia de Austria, recurrió en 1934 al golpe de Estado de la Heimwehr contra la república democrática, la nueva Constitución se basó en las consideraciones de la encíclica papal de 1931.[13] Aunque la encíclica declaraba que un verdadero católico no podía ser también un verdadero socialista, situando así a la Iglesia del lado de los, así llamados, movimientos antimarxistas, el Vaticano no se convirtió, sin embargo, en un completo subordinado ni al fascismo italiano ni al nacionalsocialismo alemán. La Santa Sede se unió a ellos en la denuncia del comunismo y de la URSS; favoreció la invasión africana de Mussolini así como su intervención en España, pero rehusó permitir que la Iglesia fuera paganizada en Alemania. La Santa Sede respaldó a los protestantes alemanes en su valiente resistencia a la imposición a la Iglesia confesional del principio de liderazgo y la cláusula aria.[14]

13. La encíclica *Quadragesimo anno* fue publicada el 15 de mayo de 1931 por el papa Pío XI. La encíclica, notablemente influenciada por los jesuitas alemanes, trata de ser la respuesta del Vaticano a las convulsiones de la época. Es una defensa de los fundamentos de la sociedad capitalista, aunque alertando sobre la necesidad de no caer en excesos, y una condena tajante del comunismo y el socialismo. No hay referencia explícita al fascismo o al nazismo aunque se glosa el deseo de una estructura social corporativa tripartita —ejemplo claro de ello será la diferenciación familia-municipio-sindicato que supondrá la base de la sociedad franquista—. Recordemos que uno de los elementos característicos de las sociedades fascistas será la adopción, al menos teórica, de ese Estado corporativo.
14. El principio de liderazgo se refiere al reconocimiento de la superioridad del poder político nazi sobre la Iglesia. Por otro lado, la conocida como «cláusula aria» garantizaría la pureza de sangre de los ministros protestantes asumiendo así, sin ningún tipo de ambigüedad, las tesis nazis. Buena parte de la Iglesia evangélica alemana asumió estos planteamientos a través de movimientos como los Cristianos Alemanes (*Deutsche Christen*), el Movimiento Alemán por la Fe

La Pequeña Entente

De los tres estados de la Pequeña Entente, solo Checoslovaquia se opuso a los planes alemanes de penetración en la cuenca del Danubio. Los otros dos países de este grupo, Rumanía y Yugoslavia, se unieron a Checoslovaquia en su oposición a las peticiones de revisión de Hungría, mientras que no reaccionaron de la misma manera a la unión de Austria con Alemania. Al menos uno de ellos, Yugoslavia, parecía preferir la *Anschluss*, es decir, la unión de Austria con Alemania, como un mal menor antes que la restauración de los Habsburgo. Además, Checoslovaquia tenía mucho que temer de Alemania, igual que Rumanía de la URSS y Yugoslavia de Italia. Checoslovaquia albergaba unos tres millones de alemanes en su frontera occidental, la cual se había convertido en altamente inestable desde la llegada al poder de los nazis al otro lado de la frontera. Rumanía se había apoderado de Besarabia durante la Guerra Civil rusa y se sentía incómoda ante la reluctancia soviética a reconocer que la pérdida de ese territorio era definitiva. Yugoslavia se enfrentaba a la expansión italiana en el mar Adriático, especialmente a través de Albania, un pequeño Estado casi medieval en la costa este del Adriático que se había convertido, prácticamente, en un dominio italiano a lo largo de los años veinte. Pero de la misma manera que sus enemigos potenciales eran diferentes, también lo eran sus amigos potenciales entre las grandes potencias. Checoslovaquia miraba preferentemente hacia Francia y, a partir de 1933, también a la Rusia soviética. La seguridad de la frontera oriental de Rumanía dependía de una alianza militar con Polonia y, solo en segundo lugar, con Francia. Yugoslavia dependía sobre todo de Francia, pero se negaba a aceptar la ayuda de la Rusia soviética. De esta manera, solo Checoslovaquia se mantenía como totalmente coherente a su vinculación con Francia. Cuando Polonia se acercó a Alemania, Rumanía vaciló en su alianza con Francia, que ya había sido afectada por la amistad entre esta y la URSS; Yugoslavia se apartó de Francia e incluso

(*Glaubensbewegung Deutsche Christen*) o, en general, la nueva Iglesia evangélica alemana (Deutsche Evangelische Kirche).

se sentía inclinada a escuchar las aproximaciones alemanas. No sorprende, pues, que las sutilezas del puzle danubiano tendieran a desconcertar al extranjero. En cualquier caso, el renacimiento del revisionismo húngaro puede dar un nuevo impulso vital a la Pequeña Entente. Mientras Italia y Alemania estén en disputa por Austria, ambos países competirán uno con otro, y con Francia, por la influencia en el Danubio. Si Alemania e Italia tienen éxito en acordar zonas separadas de influencia en esta región, la consecuencia será un debilitamiento de la posición de Francia.

Los estados pequeños

Dinamarca, Holanda, Bélgica y Suiza actúan como un cinturón de estados parachoques entre el Tercer Reich y el resto de Europa del norte, del oeste y del sur. Austria y Checoslovaquia están en su línea directa de ataque hacia el sudeste, como lo está Lituania hacia el nordeste. La posición de los estados parachoques está lejos de ser segura. Su delicada situación les hace defensores entusiastas de la idea de seguridad colectiva y de la Sociedad de Naciones. Pero su posición es tan peligrosa que simplemente no pueden permitirse el correr riesgos innecesarios. El destino de China y de Abisinia puede haberles servido de advertencia para no tener mucha confianza en una Sociedad de Naciones de la que eran miembros los países agresores. Dinamarca rechazó votar en Ginebra a favor de una condena redactada en términos muy duros contra la ruptura alemana del tratado. Suiza no se sumó a las sanciones contra Italia y se conformó con aceptar garantías no contrastadas de Alemania a propósito de su integridad territorial. Recientemente, Bélgica ha abandonado sus compromisos asumidos en Locarno, incluyendo el deber de asistencia mutua entre ella, Gran Bretaña y Francia en caso de ataque no provocado por parte de Alemania. Hay una tendencia natural entre estos pequeños países a formar grupos, como el de Oslo, básicamente económico, que incluye a Bélgica, Holanda y Dinamarca, así como a Noruega, Suecia y Finlandia. Una tendencia semejante se observa en el Báltico, donde Estonia, Letonia y Lituania formaron un grupo neutral en septiembre de

1934; y también en los Balcanes, donde en febrero de 1934 se estableció un pacto que comprendía a Yugoslavia, Rumanía, Grecia y Turquía. Bulgaria parece ahora dispuesta a incorporarse. La carrera de armamentos no se detiene tampoco en los estados pequeños; también ellos participan en la competición por conseguir como premio la muerte.

Métodos de proceder alemanes

Un rayo inesperado. Alemania mueve tropas, denuncia un tratado o desafía a algún país vecino. Simultáneamente, se lanza una «ofensiva por la paz». Espontáneamente, se ofrecen sensacionales garantías. Se difunden solemnes seguridades: esta ha sido la última vez que Alemania recurre a la acción unilateral; ninguna discrepancia entre ella y el país que sea, Francia por ejemplo, es imaginable en el futuro; Alemania está preparada para aceptar un pacto de seguridad general; promete respetar la integridad territorial de Bélgica y Holanda si estos países desean que lo haga; garantiza la seguridad de Suiza; volverá a la Sociedad de Naciones.

Los firmantes de los tratados, los países puestos en peligro por la decisión, los gobiernos comprometidos en el mantenimiento de solemnes alianzas, son incapaces de actuar cuando el momento es más urgente. Sus consideraciones se dividen. Algunos de ellos tienden a convencerse de la sinceridad de las garantías; otros se inclinan por comprometer sus propios principios en base a ventajas egoístas; otros temen el aislamiento si se aferran a las armas. Se consiente que pase el momento psicológico para la acción.

A ello le siguen negociaciones. Se buscan garantías de que Alemania dice la verdad. Pero las cuestiones reciben respuestas evasivas o permanecen sin respuesta. Los esfuerzos por que haya una clarificación son tachados de insultos o son pasados por alto con vagas generalidades. Pasado un tiempo, las negociaciones decaen. Sigue un embarazoso silencio. Vuelve al mundo una apariencia de paz de la que será despertado bruscamente por otro rayo todavía más desastroso que el primero. Sea donde sea, el mismo procedimiento se pone en marcha.

Los argumentos alemanes

Los principales argumentos alemanes son:

Alemania ha sido llevada a estos extremos por el Tratado de Versalles. En realidad, solo está recuperando lo que es suyo. La responsabilidad de sus actuaciones unilaterales es de los países victoriosos que no quisieron revisar a tiempo el tratado.

Por lo que respecta al desarme unilateral o incluso a la desmilitarización de Renania, este argumento tiene una fuerte carga de verdad. Fracasado el desarme general, estas restricciones tienen que desaparecer y si Alemania tiene que romper el tratado para que desaparezcan, la responsabilidad será solo parcialmente suya.

Y, no obstante, este argumento está equivocado. Lo que los vecinos de Alemania, incluidas Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suiza, Austria, Checoslovaquia, Lituania y, muy probablemente, Polonia, quieren que se les garantice no tiene que ver con las demandas de revisión de Alemania, sino con su propia seguridad. Hemos discutido las cuestiones territoriales en la parte I. Hacia el oeste, casi no tienen interés para Alemania; en el este ella misma ha negado su interés actual. El tratado con Polonia permanece intacto. Holanda, Suiza y Austria no se han apropiado absolutamente nada de territorio alemán. Checoslovaquia recibió una pequeña extensión de territorio, pero ni siquiera Alemania menciona el tema. El argumento de la revisión no puede ser esgrimido para justificar la metódica utilización de la fuerza por Alemania, ya que el objetivo de sus acciones no es la revisión sino algo enteramente diferente.

La propia Alemania define estos objetivos con suficiente claridad:

Alemania necesita tierra para el establecimiento de asentamientos coloniales en el este de Europa. No puede aceptar ni aceptará el estatus territorial en la medida en que esté implicada la URSS. Además, no renunciará a su exigencia natural y racial de unificar todos los asentamientos alemanes del centro de Europa en un solo dominio.

La realización de este doble objetivo significaría la destrucción de toda una serie de estados entre el Báltico en el norte e Italia en

el sur, entre el canal de la Mancha al oeste y el mar Negro al sudeste. Es altamente improbable que semejante transformación dejara intacta a Asia. La intervención del Japón en una guerra contra la URSS sería casi una obviedad. Por tanto, el cambio afectaría prácticamente a todos los estados entre el Atlántico y el Pacífico. Tal proceso, con independencia de sus aciertos y sus errores, es evidente que no tiene nada que ver con la revisión de Versalles. Lo que temen las naciones europeas no es una rectificación de las fronteras alemanas. Es la inmersión de Europa en un Reich alemán.

Pero Alemania, sostiene otro argumento, está preparada para ofrecer garantías de que no perseguirá la unificación de todos los alemanes por ningún medio que no sea pacífico.

En principio, esto puede parecer sorprendente. ¿Por qué otro medio, que no sea la guerra, pueden ser abolidas las fronteras y las naciones separadas por esas fronteras? Pero para aquellos que han seguido los métodos de Alemania en Austria, en Danzig, en Memel, en Bélgica, en Dinamarca, en Suiza, incluso en lugares más alejados como Hungría y Rumanía, no hay razón para sorprenderse. El alzamiento de los nazis austríacos tiene el respaldo moral, material y político del Reich. En Danzig, el representante de la Sociedad de Naciones, así como los opositores políticos a los nazis fueron ignorados con la manifiesta aprobación de Berlín. En Checoslovaquia el partido de Henlein[15] en los

15. Konrad Henlein (1898-1945). Dirigente checo-alemán que se convirtió en el máximo responsable del Partido Alemán de los Sudetes. Este, si bien en un primer momento solicitaba una mayor autonomía de los alemanes residentes en la zona de los Sudetes, fronteriza con Alemania, acabó apoyando directamente la integración de esta zona en Alemania. El partido era, en realidad, una sucursal del partido nazi alemán, pero con otro nombre ante la prohibición en Checoslovaquia del partido nazi en cuanto tal. Tras la crisis de los Sudetes y la traición de Francia y Gran Bretaña a la joven república checoslovaca, dejándola a merced de Hitler en la Conferencia de Múnich de 1938, se produjo la anexión de los Sudetes a Alemania y la posterior creación del Protectorado de Bohemia y Moravia. El partido de Henlein se fusionó con el partido nazi alemán. Henlein se suicidó en mayo de 1945 al conocer que los estadounidenses que lo habían detenido iban a entregarlo de manera inmediata a las autoridades checoslovacas.

Sudetes alemanes jugaba el mismo papel que el partido nazi en Austria. Estos son solo unos pocos ejemplos de la «pacífica penetración» que actúa mediante el fomento de disturbios *nacionales* en los países afectados. En otros casos, el conflicto *social* juega un papel similar. El enemigo no es el oponente racial no alemán, sino el marxismo. El Partido Rexista de Degrelle en Bélgica;[16] el complot nazi contra el primer ministro Darányi en Hungría;[17] las actividades de la Guardia de Hierro[18] contra Titulescu y, posteriormente, contra el propio rey Carlos II de Rumanía; la insurrección de Franco en España, y otros movimientos reaccionarios tienen el apoyo, secreto o manifiesto, del Tercer Reich. Los acuerdos de no agresión jamás conseguirán proteger a un país contra este tipo de métodos.

Al no iniciado puede parecerle que un tratado bilateral de no agresión tiene que incrementar necesariamente la seguridad general, aunque quizá, en un primer momento, solo entre las dos partes concernidas. Por tanto, después de todo, un tratado bilateral es mejor que la ausencia de tratado. Sin embargo, esto es una falacia. A menos que las obligaciones del Pacto de la Sociedad de Naciones estén expresamente excluidas del tratado bilateral, el efecto de ese tratado es liberar a sus firmantes de las obligaciones establecidas en el pacto. No siendo Alemania miembro de la Sociedad de Naciones, esto se refiere, como norma, al país con el que Alemania establece el tratado. Ese país se compromete, prácticamente, a no asistir a ningún país con el que Alemania llegue a estar en guerra, *con independencia de que Alemania sea o no el agresor*. Los acuerdos bilaterales de no agresión se alejan, por tanto, de la seguridad colectiva, a menos que se estipule una cláusula

16. El Partido Rexista fue un partido de corte fascista que se creó en 1935 y fue disuelto tras la Segunda Guerra Mundial. Tras esta, su principal dirigente, Léon Degrelle, buscó refugio en España. A pesar de las gravísimas acusaciones de crímenes contra la humanidad que pesaban sobre él, el Gobierno franquista lo protegió hasta el punto de otorgarle la nacionalidad española con una nueva identidad. Murió en Málaga en 1994.
17. Kálmán Darányi (1886-1939). Político conservador húngaro que ocupó el cargo de primer ministro entre 1936 y 1938.
18. Grupo fascista rumano que existió entre 1927 y 1941.

opuesta en el tratado. La condición viene determinada por la frase «en el marco de la Sociedad de Naciones». Por cierto, esto establece la diferencia entre los compromisos de Locarno de Gran Bretaña y Francia o los acuerdos del tratado franco-soviético, y los tratados de Alemania. El primero no libera a ninguno de los firmantes de la obligación de tomar parte en sanciones militares contra el otro firmante si este comete un acto de agresión contra un tercero. Los tratados bilaterales fuera del marco de la Sociedad de Naciones (o cualquier otro sistema de seguridad colectiva) son un acto de preparación para la agresión con vistas a prevenir que la otra parte pueda acudir en ayuda de la víctima.

Todavía más evidente es el tema de la devolución de las colonias de Alemania. Los alemanes nunca han creído en la sinceridad de los argumentos que justificaban el privarlos de sus posesiones de ultramar. No es el único país del que puede decirse que se haya enfangado en una mala administración colonial o, al menos, en una administración claramente egoísta destinada al interés exclusivo de la madre patria. Ni resulta convincente la acusación de incapacidad realizada contra el imperio alemán como potencia colonizadora, dada la manifiesta parcialidad del jurado del cual proviene la acusación. Por otro lado, el valor económico de las colonias para la propia Alemania ha sido comparativamente pequeño. Además de la concesión de Kiautschou,[19] sus territorios de ultramar consistían en Tanganica,[20] Camerún,[21] Togo,[22]

19. Kiau Chau, pequeño territorio situado al norte de China, «concedido» a Alemania en 1898. La presencia alemana se prolongará hasta 1914.
20. Zona continental de la actual Tanzania, país surgido de la unión entre Tanganica y la isla de Zanzíbar en 1964. Tras el Tratado de Versalles, Tanganica pasó a estar bajo control británico.
21. La colonia alemana de Camerún se formalizó en 1894. Tras la Primera Guerra Mundial, el país quedó bajo mandato de la Sociedad de Naciones, pero dividido en dos: una parte francófona más grande y otra anglófona localizada en una estrecha franja al oeste del país y que lo recorre de sur a norte. Todavía hoy, pasados casi sesenta años desde la independencia del país, esta división creada por las potencias imperiales sigue generando graves conflictos en lo que se conoce como «problema anglófono».
22. La colonia alemana de Togolandia se estableció en 1894. Tras el Tratado de Versalles, parte del país, correspondiente a la actual Togo, pasó a control francés. El resto, que se correspondería con la actual Ghana, quedó bajó dominio británico.

África del Sudoeste,[23] así como algunas islas en el Pacífico.[24] La población alemana en esos territorios apenas llegaba a veinte mil personas; sus exportaciones hacia Alemania cubrían solo unos 2 millones de libras de un total alemán de importaciones de materias primas de 270 millones. No es de extrañar que de todas las peticiones de revisión territorial, la exigencia de devolución de sus colonias fuera sobre la que con menos entusiasmo insistían los estadistas alemanes. El propio Hitler sostenía firmemente la idea de que las colonias habían sido un desperdicio de activos para la metrópolis en la Alemania anterior a la guerra; su auténtica política tendía hacia la adquisición de tierras para el asentamiento de colonos en las proximidades de las fronteras orientales de Alemania. No hay razones para pensar que Hitler haya cambiado sus puntos de vista sobre este particular tras su ascenso al poder. Las reclamaciones coloniales que Alemania ha estado planteando recientemente con alguna insistencia parecen tener una naturaleza de baza negociadora más que de un objetivo genuino. Puede estar usándolas principalmente para persuadir a Gran Bretaña de no oponerse a los objetivos expansionistas

23. La colonia alemana de África del Sudoeste, actual Namibia, fue establecida como tal en 1884. Ha pasado a la historia como uno de los procesos colonizadores más salvajes de la historia, hasta el punto de hablarse del «primer genocidio del siglo XX» o de «modelo para el Holocausto». La sublevación de los pueblos namaqua y herero contra los alemanes fue respondida por estos con una brutalidad inaudita que produjo la desaparición de la mitad de la población de los primeros y del ochenta por ciento de los herero.
24. Recordemos que, finalizada la guerra hispano-estadounidense en 1898, España cederá a la soberanía formal o informal de los EE. UU. las islas de Cuba, Puerto Rico, Guam y Filipinas. Pero la desaparición del imperio español se hará todavía más patente a inicios del año 1899 cuando España venda a Alemania por 25 millones de pesetas (150.000 euros) el resto de sus posesiones en el Pacífico, las Marianas —excepto Guam—, las Palaos y las Carolinas, lo que permitirá a Alemania aumentar su presencia en esta zona.

alemanes en otras direcciones. Alemania, en efecto, propone trocar sus demandas coloniales por mano libre frente a la URSS. Indudablemente, sus antiguas posesiones coloniales no tienen casi ninguna de las materias primas de las que sus industrias pueden tener necesidad. De una lista de las treinta y cinco principales materias primas industriales, sus colonias contienen solo tres: sisal, algunos fosfatos y vanadio. Aunque tuviera éxito en la recuperación de sus antiguos dominios, la lista de materias primas para las que seguiría dependiendo del mercado mundial de manera considerable, si no por entero, incluirían mineral de hierro, cobre, plomo, zinc, manganeso, níquel, petróleo, caucho, algodón, lana y otras materias primas básicas. La recuperación de sus colonias dejaría a Alemania en una situación prácticamente idéntica.

Pero la misma longitud de esta lista, ¿no sugiere que Alemania (junto con Italia y Japón) pertenece al grupo de los estados no poseedores, cuyo supuesto conflicto económico con los poseedores está en la raíz de la presente tensión mundial? El argumento no puede ser tomado a la ligera, aunque difícilmente resistiría un análisis serio. En el último siglo las colonias fueron indudablemente un valioso activo para sus metrópolis respectivas. En el primer cuarto del presente siglo estas ventajas tendieron a desvanecerse; los países sin posesiones coloniales como Dinamarca, los estados escandinavos o Suiza se colocaron entre los mejor situados; Alemania no tenía unas colonias importantes y, sin embargo, era rica y poderosa. No obstante, desde el colapso del patrón oro internacional las posiciones han cambiado ligeramente. La importancia del uso de la moneda nacional está en alza. Hoy puede parecer ventajoso para un Estado el ser capaz de comprar materias primas mediante su propia divisa. De nuevo el valor de las colonias se ha incrementado algo a la vista de la importancia estratégica del suministro de materias primas en caso de conflicto con la Sociedad de Naciones. Un país contra el que se establezcan sanciones económicas por parte de la Sociedad de Naciones podría ser todavía capaz de llevar a cabo una guerra, a pesar del boicot de la institución, si ese país tiene acceso a materias primas en territorios propios. El argumento estratégico, sin embargo, sirve también

en sentido contrario. A pesar de las no demasiado grandes ventajas económicas vinculadas a la posesión de colonias, los países poseedores de estas pueden mostrarse reacios a abandonar sus posesiones si tienen razones para temer que sus antiguos territorios podrían ser usados con fines estratégicos, como bases navales o aéreas. Porque los antiguos propietarios pueden ser forzados, entonces, a tomar caras contramedidas como, por ejemplo, un incremento sustancial en su armamento naval. Desgraciadamente, la posibilidad de un uso militar de las colonias, incluyendo su utilización como fuente de reclutamiento de ejércitos coloniales, no puede ser descartada en las presentes condiciones. Esta es una razón añadida de que solo una solución constructiva internacional de los problemas coloniales en el marco de un acuerdo general de paz parece responder a las exigencias de la situación.

Mucho se ha comentado sobre la buena voluntad de Alemania para acceder a limitaciones navales; a unirse a la convención sobre la limitación de la guerra submarina; a firmar un acuerdo con Austria. Pero las limitaciones a los programas de construcción naval a menudo no son más que una mera cuestión de conveniencia financiera; la convención submarina no supone medidas de control internacional de armamentos; y el acuerdo con Austria del 11 de julio de 1936 no parece ser esa inequívoca garantía de un acuerdo pacífico para todas las disputas austro-germanas que se suponía que sería en el momento en que se firmó. Se mantiene el hecho de que Alemania se niega sistemáticamente a firmar un acuerdo de asistencia mutua que garantice la seguridad de todos los países europeos contra un ataque, no provocado, por su parte. Dos de sus vecinos, Lituana y Checoslovaquia, son con frecuencia excluidos totalmente de sus propuestas de paz. Sin embargo, el desmembramiento de Lituania llevado a cabo por Alemania y Polonia, y el de Checoslovaquia por Alemania y Hungría, precipitaría inevitablemente un conflicto con los otros vecinos de Hungría, así como con los estados bálticos y la URSS. Sería el inicio de una nueva guerra mundial.

La conquista de Abisinia

Hacia finales de 1934 Francia venía sintiéndose más y más preocupada por la nueva actitud alemana. Contemplaba a la URSS y a Italia como posibles aliados. Pero, mientras que la adhesión de la URSS a la Sociedad de Naciones suponía un fortalecimiento del sistema de seguridad colectiva en Europa, el entendimiento franco-italiano terminó con un serio cuestionamiento de ese sistema. En realidad, el pacto entre Laval y Mussolini del 7 de enero de 1935 resultó ser finalmente una de las más espantosas meteduras de pata de la política francesa de postguerra. Al debilitar a la Sociedad de Naciones, jugó directamente a favor de Alemania.

Mussolini, que estaba preocupado por la amenaza de conquista nazi de Austria, aseguró a Laval que Italia no atacaría Francia, permitiendo así a este país retirar sus tropas de la frontera italiana. A cambio, Laval insinuó que Francia no tenía intereses económicos en Abisinia, afirmación esta de la que Mussolini obtendría el máximo provecho. A lo largo de la bárbara guerra de agresión italiana contra Abisinia, Laval, maniatado por sus promesas, permitió que fracasara ignominiosamente el mayor y más serio intento jamás hecho para conseguir reafirmar la autoridad internacional de la Sociedad de Naciones El daño hecho al prestigio de esta fue permanente, mientras que la imaginaria ventaja de Francia desapareció casi inmediatamente al dirigir Mussolini sus simpatías de nuevo hacia Alemania.

La decisión prácticamente unánime de la Asamblea de la Sociedad de Naciones, el 9 de octubre de 1935, de aplicar sanciones financieras y económicas a Italia para prevenir la continuación de su guerra de agresión contra Abisinia, fue una gran sorpresa para el mundo. La Sociedad de Naciones podría actuar una vez que alguien asumiera el papel principal. Que el país que lo asumiera fuera Gran Bretaña y no Francia, fue otra sorpresa. De hecho, el inesperado cambio de papeles entre estos dos países hacia la Sociedad de Naciones hizo que muchos franceses dudaran de la sinceridad de las intenciones británicas. No obstante, si Laval no hubiera deseado imprudentemente apoyarse en

Mussolini (un deseo fuertemente compartido por no pocos británicos del ala dura), y Gran Bretaña se hubiera sentido libre para cooperar con la URSS en favor de los objetivos de la Sociedad de Naciones, el resultado podría haber sido muy distinto. Al final, los Gobiernos francés y británico hicieron todo lo que pudieron para lanzar las culpas sobre los Estados Unidos por el fracaso de la Sociedad de Naciones a la hora de establecer sanciones petrolíferas contra Italia. La excusa no se sostiene, ya que Roosevelt y Hull[25] habían tenido éxito en mantener las exportaciones estadounidenses de petróleo por debajo del nivel normal. Es verdad que el Congreso rechazó votar una ley de neutralidad que hubiera autorizado a Roosevelt y Hull a continuar en esta línea. Esto ocurrió, sin embargo, después de la publicación en diciembre de 1935 de la desafortunada propuesta de paz de Hoare-Laval, que parecía ser una sorprendente confirmación de la acusación de insinceridad lanzada contra el Gobierno Baldwin por parte de muchos que eran reacios a creer que los conservadores se hubieran convertido de la noche a la mañana en partidarios incondicionales de la Sociedad de Naciones. La propuesta fue retirada rápidamente, pero el daño al prestigio de esta no podría ser reparado, porque un Gobierno británico que había aceptado tales términos difícilmente estaba en posición de presionar a favor de la extensión de las sanciones económicas. Así, Abisinia, un miembro de la Sociedad de Naciones, fue asfixiada por Italia y las sanciones debieron levantarse. Curiosamente, se afirmó que el resultado no habría probado el fracaso del Gobierno británico, sino el del sistema de la Sociedad de Naciones. Esta había sido goleada por Italia por la falta de decisión y la escasa claridad de las propuestas de las grandes potencias democráticas.

25. Franklin D. Roosevelt (1882-1945). Presidente de los EE. UU. entre 1933 y 1945; Cordell Hull (1971-1955). Político estadounidense que ocupó el cargo de secretario de Estado entre 1933 y 1944.

La democracia española y sus enemigos

El 16 de julio de 1936 se hizo efectivo el levantamiento de las sanciones de la Sociedad de Naciones a Italia. Casi el mismo día, varios pilotos italianos fueron apuntados secretamente para involucrarse en una aventura a lo largo de la cual Italia y Alemania iban a mostrar al mundo una prueba de las nuevas políticas de *intervencionismo social*.

El 18 de julio estalló un alzamiento militar en el Marruecos español que se expandió velozmente a España. Varios escuadrones de aviones italianos que se habían mantenido preparados volaron en ayuda de los rebeldes y finalmente obligaron a retirarse a la flota leal. Legionarios extranjeros y tropas moras fueron transportadas por barco desde África a la península. Este fue el principio de una guerra civil cuyo resultado final todavía permanecía equilibrado un año después.

La amistad franco-italiana que había impedido a Francia seguir el liderazgo británico en Ginebra había terminado abruptamente en mayo de 1936, cuando los electores franceses llevaron a la izquierda al gobierno. El gabinete del Frente Popular fue encabezado por un primer ministro socialista y fue apoyado por el Partido Comunista. Mussolini se alejó de Francia.

Los rebeldes españoles representaban una alianza de grandes terratenientes, militares y la Iglesia, habitual en los países católicos atrasados. Denunciaron al Gobierno democrático y republicano como «bolchevique».

Esto le dio la excusa a Italia. Su verdadero interés era inequívocamente imperialista, y buscaba beneficios políticos y territoriales en el Mediterráneo occidental. Camufló sus intereses pretendiendo comprometerse simplemente en una cruzada contra los «rojos». El efecto fue instantáneo. Casi del día a la noche, una rebelión militar contra un gobierno legítimo se transformó, a ojos del mundo, en una guerra civil entre fascismo y comunismo. La intervención activa de Alemania e Italia del lado de los rebeldes siguió como algo natural. Finalmente, las grandes potencias democráticas fueron presionadas con éxito para abandonar las normas establecidas por la ley internacional, y establecer

un embargo de armas contra el Gobierno español. Franco, que inicialmente estaba en una posición militar poco halagüeña, se convirtió en breve en un oponente formidable. Si no hubiera sido por la dramática intervención de las Brigadas Internacionales, Madrid habría caído el 7 de noviembre.

Esta proeza solidaria por parte de la clase obrera internacional fue el resultado de la contraintervención democrática, socialista y comunista. Emigrados italianos y alemanes, liberales antifascistas, miembros de la Schutzbund austríaca,[26] socialistas y comunistas de todos los países habían salvado Madrid. Los Gobiernos francés y soviético eran partidarios de la contraintervención: el francés tanto desde posiciones nacionales como sociales, el soviético por el peligro de un incremento de la fuerza del fascismo en Europa en caso de que venciera Franco. La ayuda de la URSS al Gobierno español, aunque consistió principalmente en la provisión de instructores y aviones, fue utilizada como pretexto por los países fascistas para enviar en ayuda de Franco a unidades de sus ejércitos regulares, denominando a sus integrantes como «voluntarios».

Mediante su expedición a España, Alemania estaba intentando flanquear a Francia; Italia estaba haciendo una apuesta por la captura de bases navales desde las cuales podría amenazar las rutas marítimas británicas en el Mediterráneo. Por tanto, los dos países se movilizaron inicialmente por motivos puramente nacionalistas. Finalmente, sin embargo, la solidaridad fascista acabó convirtiéndose en una fuerza real. Alemania e Italia crearon un bloque antirrojo con la misión autoimpuesta de salvar al mundo del bolchevismo. Casualmente, sus abnegados actos coincidían

26. Polanyi se refiere a la Republikanischer Schutzbund, Liga de Defensa Republicana, organización paramilitar surgida tras la Gran Guerra y controlada por el Partido Socialdemócrata de Austria. Sería el equivalente socialista a las Heimwehr. No obstante, si bien estas fueron protegidas y alentadas por el Gobierno hasta convertirse en la fuerza de choque del austrofascismo, la Liga fue prohibida el 30 de marzo de 1933. El Partido Socialdemócrata acató la prohibición y solo se produjeron pequeños incidentes en el proceso de desarme.

regularmente con sus intereses nacionales e imperialistas. El eje Berlín-Roma, cuya existencia se anunció en enero de 1937, fue el resultado visible de esta nueva línea. El llamado Comité de No Intervención de Londres, que las diplomacias británica y francesa habían intentado usar como un freno a la intervención fascista en España, fue incapaz de hacer frente a las fuerzas de la anarquía internacional una vez que a estas se les había permitido intimidar a la Sociedad de Naciones. Lo que se había perdido en Ginebra, no podía recuperarse en Londres.

Europa hoy está desgarrada por el conflicto nacional y social. Un sistema de seguridad colectiva, establecido por los países democráticos y los países socialistas, en el marco de la Sociedad de Naciones, se mantiene como la única esperanza.

APÉNDICES

APÉNDICE 1
¿CUÁNDO SUCEDIÓ?

PRIMER PERÍODO DE POSTGUERRA (1919-1933)

LA GRAN GUERRA

1914-1918	Armisticio el 11 de noviembre de 1918.

TRATADOS DE PAZ

1919-1920	Tratado de Versalles (Alemania). Tratado de Saint-Germain (Austria). Tratado de Trianon (Hungría). Tratado de Neuilly (Bulgaria). Tratado de Sèvres (Turquía; revisado en Lausana en 1923).

HACIA LA DEMOCRACIA, LA REPÚBLICA Y EL SOCIALISMO; REFORMAS AGRARIAS DE LARGO ALCANCE EN EL ESTE DE EUROPA.

1917	Rusia	Revolución de Kérenski en marzo. Revolución bolchevique en noviembre.
1917	Finlandia	República.

1918	Estonia	República.
1918	Lituania	República.
1918	Letonia	República.
1918	Polonia	República.
1918	Hungría	Revolución democrática en octubre.
		Revolución bolchevique en marzo de 1919.
1918	Austria	República; influencia socialista.
1918	Alemania	República; presidente socialdemócrata.
1918	Checoslovaquia	República.
1918	Rumanía	Reforma agraria.
1918	Yugoslavia	Reforma agraria en el nuevo territorio.
1919	Italia	Influencia de socialistas y católicos de izquierda; ocupación de fábricas.

⊗ CONTRARREVOLUCIONES

1918	Finlandia	Terror blanco.
1918	Estonia	
1918	Letonia	
1919	Hungría	Terror blanco.
1920	Austria	Gobierno socialcristiano excepto en Viena; 1929 revisión de la Constitución; 1934 la municipalidad de Viena bombardeada.
1922	Italia	Marcha fascista sobre Roma; Matteotti[1] asesinado en junio de 1924.

1. Giacomo Matteotti (1885-1924). Político italiano del Partido Socialista. Con Mussolini ya en el poder fue reelegido diputado en las elecciones de abril de 1924. El 30 de mayo pronunció un célebre discurso en el Parlamento en el que desgranó toda una enorme cantidad de irregularidades que se produjeron en esas elecciones. Tras terminar su intervención, a pesar de los gritos, insultos y amenazas proferidas desde los escaños fascistas, se comenta que se dirigió a sus compañeros y les dijo: «Yo ya he hecho mi discurso. Ahora tendréis que ir preparando vosotros el que hagáis en mi funeral». En efecto, pocos días después, el 10 de junio de 1924, fue secuestrado por los fascistas y asesinado, aunque su cuerpo no se encontrará hasta dos meses más tarde.

1923	Bulgaria	Golpe macedonio; Stamboliski asesinado.
1926	Polonia	Golpe de Estado de Piłsudski.[2]
1928	Yugoslavia	Asesinato de Radić;[3] golpe de Estado en enero de 1929.
1932	Alemania	Golpe de Estado de Papen[4] en Prusia el 20 de julio; Hitler llega al poder en 1933.

⊖ TRATADOS DE PAZ VIOLADOS

1920	Italia ocupa el Fiume.
1920	Polonia ocupa Vilna.
1923	Italia se apodera de Corfú.
1923	Lituania ocupa Memel.

2. Józef Piłsudski (1867-1935). Miltar polaco que asumió, a instancias de los alemanes, el cargo de presidente de la República polaca (1918-1922). Tras unos años de gobiernos democráticos, Piłsudski liderará en 1926 un golpe de Estado que lo convertirá en dictador similar a los dictadores fascistas de la época. A partir de 1930 su régimen se caracterizará por la represión y el terror. Tras su muerte en 1935, será sucedido por un gobierno militar.
3. Stjepan Radić (1871-1928). Político croata fundador del Partido Campesino Croata. Se opuso a la unión de los pueblos eslavos del sur y propuso la formación de una Croacia independiente. Murió el año 1928 tras ser tiroteado en el Parlamento por otro miembro de la Cámara.
4. Franz von Papen (1879-1969). Canciller alemán en la segunda mitad de 1932, fue quien convenció al presidente Hindenburg de que nombrara canciller a Hitler en enero de 1933. Papen ejercerá de vicecanciller de Hitler hasta que el 30 de junio de 1934, la Noche de los cuchillos largos, fue detenido y destituido, mientras que la mayoría de sus colaboradores fueron asesinados.

SEGURIDAD COLECTIVA

1923 El borrador del tratado de garantías mutuas pasa por la Asamblea de la Sociedad de Naciones; adhesión rechazada por el Gobierno de MacDonald en 1924.

1924 Protocolo de Ginebra Macdonald-Herriot; rechazado por el Gobierno conservador el 12 de marzo de 1925.

1928 Pacto Kellogg, 27 de agosto.[5]

DESARME

1927 Se reúne la Comisión Preparatoria de la Conferencia de Desarme.

1932 Se reúne la Conferencia de Desarme.

1933 Alemania la abandona el 14 de octubre.

1934 El primer ministro francés Barthou[6] rechaza el compromiso sobre amas en marzo.

1935 «... la Conferencia de Desarme entra en un sueño crepuscular pero no aporta ninguna solución.»

LA SOCIEDAD DE NACIONES PREVIENE LA GUERRA

1925 Detenido el conflicto greco-búlgaro.

1934 Acusaciones yugoslavas contra Hungría por el asesinato del rey Alejandro;[7] los

5. Véase nota 2, capítulo «El marxismo y la historia interna de la Revolución rusa», p. 62.
6. Jean Louis Barthou (1862-1934). Político francés que ocupó diversos cargos en gobiernos franceses, incluido el de ministro de Exteriores en el año 1934. En octubre de este mismo año morirá a consecuencia de los disparos realizados por un policía francés que trataba de repeler el atentado contra el rey Alejandro I de Yugoslavia que tuvo lugar en Marsella.
7. El 9 de octubre de 1934, durante una visita a Francia, el rey Alejandro I de

húngaros contratacan con acusaciones de persecución de la minoría magiar en Yugoslavia.

RELACIONES FRANCO-ALEMANAS

1920 Tratado de Versalles ratificado por Alemania.

1923 Ocupación franco-belga del Ruhr.

1926 Evacuación de la primera zona de Renania (Locarno).

1926 Alemania se une a la Sociedad de Naciones.

1930 Evacuación de las zonas segunda y tercera de Renania (Plan Young).

TRATADOS Y PACTOS REGIONALES

Pequeña Entente

1921 Rumanía se une al acuerdo militar checoslovaco-yugoslavo contra la restauración de los Habsburgo en Hungría; Alianza 1923.

Francia

1920 Tratados con Bélgica.

1921 Con Polonia.

1924 Con Checoslovaquia.

1926 Con Rumanía.

1927 Con Yugoslavia.

Alemania

1922 Tratado de amistad con Rusia firmado en Rapallo; renovado en 1926 y 1931.

Yugoslavia es asesinado por un búlgaro en colaboración con el movimiento fascista de los ustachas croatas.

Italia

1920	Tratado de Rapallo con Yugoslavia.
1924	Tratado de amistad y cooperación con Yugoslavia; no renovado en 1929.
1926	Tratado con Albania.
1927	Alianza defensiva con Albania.

Gran Bretaña

1925	Pacto de Locarno. Gran Bretaña e Italia garantizan apoyo a Francia y Bélgica contra una agresión alemana, y viceversa, el 16 de octubre.

ECONOMÍA Y FINANZAS

◒ MONEDAS DEPRECIADAS

1917	Rusia
1918-1920	Estados bálticos
1918-1920	Austria
1918-1920	Hungría
1921	Alemania
1921	Grecia
1921	Bulgaria

◓ MONEDAS ESTABILIZADAS CON AYUDA DE LA SOCIEDAD DE NACIONES

1924	Rusia; moneda estabilizada sobre el oro.
1924	Alemania; moneda estabilizada sobre el oro.
1925	Gran Bretaña; restablecida la paridad de la libra.

1926	Bélgica; franco devaluado en un 60-70 %.
1926	Francia; franco devaluado en un 40-50 %.
1926	Italia; lira devaluada en un 30-40 %.

◗ ABANDONO DEL PATRÓN ORO

1931	Gran Bretaña y los países del grupo de la libra esterlina abandonan el patrón oro.

※ REPARACIONES

1921	La Conferencia de Londres fija una cantidad total de 6600 millones de libras oro.
1924	El Plan Dawes fija anualidades máximas de 125 millones de libras; transferencias reguladas; la cantidad total se deja abierta.
1929	El Plan Young fija un total y distribuye los pagos en 59 años; anualidades algo más pequeñas que en el Plan Dawes.
1931	Moratoria de Hoover[8] de todas las deudas de guerra y pagos de reparaciones por un año.
1932	La Conferencia de Lausana abole prácticamente las reparaciones.

8. El presidente Herbert Hoover propuso, a la vista de que la situación económica generada por la crisis del 29 hacía inviable el pago de las reparaciones de guerra, una moratoria de un año en el pago de las mismas. A pesar de ello, la gravedad de la crisis dejó en evidencia la imposibilidad del cumplimiento de los planes de pago, por lo que, como señala inmediatamente Polanyi, la Conferencia de Lausana de 1932 suspendió, en la práctica, los pagos.

⁂ RECONSTRUCCIÓN ECONÓMICA

1927	Se firma la Convención de Ginebra para la eliminación de obstáculos al comercio.
1929	Protocolo de Ginebra para una tregua aduanera.
1930	Convención de Oslo: Bélgica, Holanda y Dinamarca acuerdan una bajada gradual de aranceles.
1931	Gran Bretaña introduce aranceles proteccionistas.
1932	Acuerdo de Ottawa sobre preferencias mutuas en el Imperio.
1933	La Conferencia Internacional Económica y Monetaria en Londres fracasa.

SEGUNDO PERÍODO DE POSTGUERRA (1933-...)

▷ GRAN BRETAÑA

Asuntos internos

1935	28 de junio	Resultados del referéndum británico por la paz.
	14 de nov.	Elecciones generales.
	18 de dic.	Sir Samuel Hoare dimite.[9]

9. Samuel Hoare (1880-1959). Político británico que en ese momento era ministro de Exteriores británico.

1936	2 de octubre	Se anuncia el alcance del rearme británico.

Pacto de las Cuatro Potencias

1933	18 de marzo	Mussolini propone un pacto entre Italia, Alemania, Gran Bretaña y Francia, que sustituirían *de facto* a la Sociedad de Naciones en Europa.
	15 de julio	Se firma el pacto pero sustancialmente modificado.

Alemania y Francia

1933	14 de oct.	Alemania abandona la Conferencia para el Desarme y la Sociedad de Naciones.
1934	enero	Esfuerzos británicos para que Alemania vuelva a la Sociedad de Naciones.
	marzo	Barthou rechaza un compromiso sobre armamento.
	8-10 de julio	Barthou en Londres.
	12 de julio	Gran Bretaña sugiere en Berlín pactos regionales de garantía mutua.
	10 de nov.	Alemania rechaza virtualmente el Pacto oriental.

1935	3 de febrero	Declaración anglo-francesa ofreciendo a Alemania igualdad de armamentos a cambio de un acuerdo de seguridad.
	4 de marzo	Libro blanco británico sobre armamento.
	5 de marzo	Hitler «está resfriado»; no puede reunirse con los diplomáticos británicos en Berlín.
	16 de marzo	Alemania anuncia la reintroducción del alistamiento.
	25-26 de marzo	Pese a la sorpresa del rearme alemán, sir John Simon y Eden deciden visitar Berlín.
	28-31 de marzo	Eden visita Moscú.
	11-14 de abril	Conferencia anglo-franco-italiana en Stresa.
	12 de abril	Alemania declara que está dispuesta a entrar en el Pacto oriental de no agresión, incluso si otras potencias firman acuerdos de asistencia mutua.
	2 de mayo	Sir John Simon declara que el tratado franco-soviético firmado ese día no altera los compromisos británicos en el Pacto de Locarno.
	5 de agosto	Gran Bretaña recuerda a Alemania su promesa de negociar el Pacto oriental. Alemania replica que «desea dejarlo para épocas más tranquilas».

1936	7 de marzo	Alemania reocupa la Renania desmilitarizada y denuncia el Tratado de Locarno. Gran Bretaña rechaza considerar acciones militares frente a este hecho.
	8-20 de marzo	El Consejo de la Sociedad de Naciones y las potencias de Locarno se reúnen en Londres. Gran Bretaña ofrece garantías militares a Francia y Bélgica en caso de agresión alemana.
	31 de marzo	Propuestas alemanas para el establecimiento de una paz permanente; Austria, Checoslovaquia, Lituania y la URSS son dejadas al margen.
	6 de mayo	Cuestionario británico sobre estas propuestas (quedaron sin respuesta).
	18 de septiembre	Eden propone que debería convocarse en breve una conferencia de cinco potencias (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Bélgica).
	21 de diciembre	El *Times* publica un artículo ofreciendo a Alemania concesiones económicas en lugar de políticas.
1937	19 de enero	Eden contesta al plan de paz alemán que «no necesitamos palabras sino actos».

	30 de enero	Hitler plantea la cuestión colonial. Planes alemanes de autosuficiencia para llevar a cabo en cualquier caso.
	11 de febrero	Se anuncia un presupuesto de defensa de 400 millones de libras.
	24 de abril	Declaración anglo-francesa liberando a Bélgica de sus compromisos de Locarno.
	15 de junio	Neurath[10] invitado por el Gobierno británico a visitar Londres.
	21 de junio	Tras el incidente del *Deutschland*,[11] Neurath pospone indefinidamente su vista a Londres.
	22 de junio	Las discusiones en Londres sobre el incidente del *Leipzig* se rompen.[12] Gran Bretaña y

10. Konstantin von Neurath (1873-1956). Ministro de Asuntos Exteriores alemán entre 1932 y 1938. Fue condenado por crímenes contra la humanidad en los juicios de Núremberg.
11. El 29 de mayo de 1937, en el marco de la Guerra Civil española y durante un ataque a unidades navales rebeldes atracadas en el puerto de Ibiza, un bombardero del ejército republicano confundió al crucero alemán *Deutschland* con el crucero rebelde *Canarias*. Diversas bombas alcanzaron al barco alemán provocando una treintena de muertos entre su marinería. Al día siguiente, la marina nazi bombardeó la ciudad de Almería ocasionando la destrucción de decenas de edificios y más de treinta muertos civiles. Este incidente le sirvió a Alemania como excusa para abandonar, junto con Italia, el Comité de No Intervención en la guerra española.
12. En junio de 1937, el crucero *Leipzig*, que formaba parte de las patrullas marítimas de no intervención durante la Guerra Civil española, fue atacado, presuntamente, por un submarino republicano. El incidente nunca quedó aclarado pero nadie, excepto Alemania e Italia, le concedió nunca la más mínima credibilidad.

		Francia rechazan tomar parte en medidas punitivas contra Valencia sin investigación previa de las acusaciones alemanas.

Italia (véase también Abisinia)

1935	29 de agosto	La flota británica se concentra en Alejandría.
1937	2 de enero	Se firma un «acuerdo entre caballeros» en el Mediterráneo.
	31 de julio	Intercambio epistolar entre Mussolini y Chamberlain.[13]

▷ ALEMANIA

Asuntos internos

1933	30 de enero	Hitler nombrado canciller.
	27 de febrero	Incendio del Reichstag. Prohibido el Partido Comunista.
	5 de marzo	Elecciones generales.
	24 de marzo	Mandato de cuatro años. El gabinete es autorizado a gobernar por decreto.
	1 de abril	Boicot a los judíos.
	1 de mayo	Día nazi del trabajo.

13. Neville Chamberlain (1869-1940). Político conservador británico. Entre otros varios cargos, ocupó la cartera de Hacienda entre 1931 y 1937 y fue primer ministro entre 1937 y 1940.

1934	30 de junio	Purga. Numerosos líderes nazis asesinados.[14]
	2 de agosto	Muere Hindenburg.[15] Hitler «*Führer* y canciller del Reich».
1935	15 de sept.	Leyes de Núremberg; la esvástica emblema del Reich; los judíos privados de la ciudadanía; leyes de matrimonios interraciales.
1936	9 de sept.	Anuncio de un plan de cuatro años para sustituir materias primas importadas.

14. Las Sturmabteilung, más conocidas como las SA, eran los grupos de asalto del partido nazi. Organizados como grupos paramilitares, tuvieron un papel fundamental en los ataques que comenzaron a sufrir los militantes, los actos y los locales de los grupos sindicales y de izquierda ya en los primeros años de la década de 1920. Enfrentados sus mandos con Hitler por el control de una organización cada vez más poderosa que a mediados de 1934 había alcanzado casi tres millones de afiliados, en la noche del 29 al 30 de junio de 1934, la conocida como la «Noche de los cuchillos largos», Hitler mandó asesinar a la mayoría de sus dirigentes y encarceló a los que no mató. Hay que recordar que Hitler aprovechó la ocasión para asesinar también a elementos nacionalistas-conservadores que le habían ayudado a alcanzar el poder, como, por ejemplo, el general Kurt von Schleicher, así como a miembros poco fieles del partido.
15. Paul von Hindenburg (1847-1934). Militar y político alemán que ocupó el cargo de presidente de Alemania entre 1925 y 1934. Consintió en nombrar a Hitler como canciller en enero de 1933 y, a partir de ese momento, avaló con su firma aberraciones como el decreto del incendio del Reichstag, que suspendió las libertades civiles y prohibió el Partido Comunista, o la Ley para Aliviar las Penurias del Pueblo y del Reich, más conocida como la ley habilitante de 1933. Se aprobó en el Parlamento alemán el 23 de marzo de 1933. Solo votaron en contra los diputados socialdemócratas. Recordemos que los diputados comunistas habían sido detenidos y recluidos en campos de concentración o habían tenido que huir. Esta ley supuso, *de facto*, el final de la República de Weimar y la instauración de un poder dictatorial. La moderación del discurso de Hitler en la intervención parlamentaria previa a la votación de la ley solo engañó a quien quería ser engañado.

Austria

1933	7 de marzo	Amenaza de invasión de Austria. Conflicto austro-alemán.
1934	25 de julio	El canciller Dollfuss asesinado por los nazis.
1936	11 de julio	Acuerdo con Austria.

Italia

1933	marzo	Alemania apoya el Pacto de las Cuatro Potencias.
	11 de sept.	Dollfuss a favor de un Estado austríaco autoritario bajo los auspicios de Italia.
1934	14 de junio	Hitler y Mussolini se reúnen en Stra.
	25 de julio	Alzamiento nazi en Austria; Italia mueve tropas a la frontera austríaca.
1936	8 de marzo	Italia rechaza unirse a una acción de las potencias de Locarno para frenar a Alemania.
	11 de julio	Acuerdo sobre Austria.
1937	17 de enero	Se proclama el eje Berlín-Roma. Cooperación en España. Acción conjunta en el Comité de No Intervención.

Polonia

1933	3 de mayo	Acuerdo germano-polaco «en el marco de los tratados».
1934	26 de enero	Se firma un acuerdo de diez años con Polonia.

URSS (véase también Francia)

1936	27 de nov.	Ribbentrop[16] firma un acuerdo anticomunista con Japón en Berlín.

Sudeste de Europa

1936	10-19 de jun.	El Dr. Schacht[17] visita Viena, Belgrado, Atenas, Sofía y Budapest.

16. Joachim von Ribbentrop (1893-1946). Ministro de Exteriores de la Alemania nazi entre 1938 y 1945. Acusado de crímenes contra la humanidad y genocidio, fue condenado a muerte y ejecutado el 16 de octubre de 1946.
17. Hjalmar Schacht (1877-1970). Financiero alemán que ejerció de ministro de Economía entre 1934 y 1937. Entre 1933 y 1939 fue presidente del Reichsbank.

▷ FRANCIA

Asuntos internos

1934	6 de febrero	Disturbios por el caso Stavisky;[18] amenaza fascista. Daladier[19] dimite.
	9 de febrero	Gobierno Doumergue.[20] Asuntos exteriores: Barthou y, después, Laval.
	9 de nov.	Gobierno Flandin.[21] Asuntos exteriores: Laval.
1935	7 de junio	Primer ministro y asuntos exteriores: Laval.
1936	24 de enero	Gobierno Sarraut.[22] Asuntos exteriores: Flandin.
	26 de abril	Victoria del Frente Popular en las elecciones generales.
	27 de mayo	Comienzan las huelgas y ocupaciones de empresas.

18. El caso Stavisky estalló al aparecer muerto Alexandre Stavisky, un conocido estafador que había mantenido excelentes relaciones con gran parte de la clase política. El escándalo que siguió a las investigaciones tras su muerte provocó los conocidos como «disturbios antiparlamentarios» del 6 de febrero de 1934.
19. Édouard Daladier (1844-1970). Político francés del Partido Radical Socialista que tras tomar posesión, por segunda vez, como primer ministro el 30 de enero de 1934, tuvo que dimitir solo diez días después, el 9 de febrero, a consecuencia de estos acontecimientos.
20. Gaston Doumergue (1863-1937). Político francés que ocupó el cargo de presidente de la República entre 1924 y 1931. Ante la crisis de febrero de 1934, asumió el cargo de presidente del Consejo hasta noviembre de 1935.
21. Pierre-Étienne Flandin (1889-1958). Político conservador francés que asumió el cargo de primer ministro entre noviembre de 1934 y junio de 1935.
22. Albert Sarraut (1872-1962). Político francés que, entre otros muchos cargos, ocupó el de primer ministro entre enero y junio de 1936.

	4 de junio	Gobierno Blum.[23] Asuntos exteriores: Delbos.[24]
1937	21 de junio	El Gobierno Blum renuncia. Gobierno Chautemps.[25] Asuntos exteriores: Delbos.

PACTO ORIENTAL

1934	abril	Barthou visita Varsovia, Praga, Bucarest y Belgrado.
	18 de mayo	Conversación de Barthou con Litvínov en Ginebra.
	8-10 de julio	Propuesta de Pacto oriental; incluiría a Francia, Alemania, la URSS, Checoslovaquia, Polonia y los estados bálticos.
	5-6 de dic.	Laval y Litvínov acuerdan consultas sobre el Pacto oriental.
	11 de dic.	Checoslovaquia llega a acuerdos similares con la URSS.
1935	9 de abril	Francia y la URSS anuncian un principio de acuerdo para establecer un pacto de asistencia mutua.
	2 de mayo	Se firma en París el pacto de asistencia mutua entre Francia y la URSS. El pacto está sometido a las disposiciones del Pacto de la Sociedad de Naciones y del Pacto de Locarno.
	10-12 de may.	Laval en Varsovia y Moscú.
	15 de mayo	Stalin declara que el Partido Comunista Francés apoyará el rearme de Francia.
1936	27 de marzo	Queda ratificado el pacto franco-soviético.

23. Léon Blum (1872-1950). Político socialista francés que asumió la dirección del Gobierno del Frente Popular.
24. Yvon Delbos (1885-1956). Político francés que ocupó la cartera de Exteriores entre junio de 1936 y marzo de 1938.
25. Camille Chautemps (1885-1963). Político francés que ocupó numerosos cargos en diferentes gobiernos del país.

▷ ITALIA

1934	16 de marzo	Austria, Hungría e Italia firman los Protocolos de Roma.
1935	7 de enero	Acuerdo Laval-Mussolini.
1936	23 de marzo	Instrumentos adicionales a los Protocolos de Roma.
1937	26 de marzo	Se firma en Belgrado el tratado italo-yugoslavo. (Véase también otros países europeos y Abisinia.)

▷ URSS

Asuntos internos

1935	6 de febrero	Se anuncia una nueva Constitución. Se introduce el voto secreto y la igualdad de voto entre la ciudad y el campo; se mantiene el liderazgo del partido único.
	julio-agosto	VII Congreso de la Internacional Comunista. Dimitrov[26] anuncia un cambio en la política del Comintern. Formación de frentes populares contra el fascismo en todos los países.
1936	23 de agosto	Juicio contra Zinóviev[27] y Kámenev.[28] Los acusados son fusilados.

26. Gueorgui Dimitrov (1882-1949). Político búlgaro y militante comunista desde su juventud, llegó a ocupar el cargo de secretario general de la Internacional Comunista entre 1934 y 1943. Entre 1946 y 1949 fue primer ministro de la recién creada República Popular de Bulgaria. Las autoridades nazis lo detuvieron acusándolo del incendio del Reichstag, pero la farsa era tan obvia que no pudieron más que absolverlo.
27. Grigori Zinóviev (1883-1936). Político bolchevique ruso que jugó un destacado papel en la revolución soviética. Tras la consolidación en el poder de Stalin, acabará siendo victima de las famosas purgas estalinistas de mediados de los años treinta. Encontrado culpable de traición, fue ejecutado en 1936. En 1988, tanto Zinóviev como muchos otros dirigentes bolcheviques, incluidos los citados a continuación, fueron rehabilitados por el Partido Comunista de la Unión Soviética en el marco de la, así llamada, perestroika.
28. Lev Kámenev (1883-1936). Al igual que Zinóviev, fue un destacado dirigente bolchevique que llegó a convertirse en miembro del Politburó. Fue acusado, condenado y ejecutado en el mismo proceso que Zinóviev.

1937	30 de enero	Juicio contra Piatakov[29] y Radek.[30] Excepto Radek, Sokólnikov[31] y otros dos, el resto de acusados son fusilados.
	11 de junio	Ocho altos mandos militares son fusilados bajo el cargo de traición.

La unión a la Sociedad de Naciones

1934	27 de enero	Discurso de Stalin sobre los peligros de la situación internacional.
	17 de febrero	Ratificados tratados de no agresión con siete vecinos de la URSS.
	28 de marzo	Litvínov invita a Alemania a firmar protocolos que garanticen la independencia de los estados bálticos.
	14 de abril	Alemania rechaza la propuesta.

29. Gueorgui Piatakov (1890-1937). Líder bolchevique perteneciente a la facción de izquierda del Partido Comunista. En los años treinta fue acusado de actividades antisoviéticas; fue juzgado y ejecutado en 1937.
30. Karl Radek (1885-1939). Militante comunista de familia lituana y nacido en terreno disputado por polacos y ucranianos, se convirtió finalmente en dirigente político en la URSS. Procesado en las purgas de los años treinta, fue condenado a prisión donde murió, se dice, en una pelea.
31. Grigori Sokólnikov (1888-1939). Político y economista bolchevique, ocupó la cartera de economía en los primeros gobiernos soviéticos. Como los anteriormente citados, fue víctima de las grandes purgas de los años treinta y ejecutado en 1939.

	18 de julio	La URSS informa a Gran Bretaña de que se inclina a ofrecer también a Alemania una garantía de seguridad.
	12 de sept.	Polonia rechaza formar parte del pacto.
	14 de sept.	La Pequeña Entente decide apoyar el pacto.
	18 de sept.	La URSS se incorpora a la Sociedad de Naciones con asiento permanente en el Consejo.

▷ LEJANO ORIENTE

1931	18 de sept.	Japón invade Manchuria.
1932	28 de enero	Japón ataca Shanghái.[32]
1933	27 de marzo	Japón abandona la Sociedad de Naciones.
1934	23 de abril	Se establece la doctrina Monroe japonesa.[33]

32. Se trata del incidente conocido como la batalla de Shanghái, que consistió en un enfrentamiento armado entre tropas japonesas y chinas que duró desde el 28 de enero hasta el 3 de marzo de 1932. Todo indica que se trató de una provocación japonesa, para seguir debilitando la posición china tras la invasión de Manchuria y preparar la guerra sino-japonesa que se iniciaría solo cinco años después.
33. Al igual que en su sentido original trataba de impedir la presencia europea en Latinoamérica, en este caso se trataba de bloquear la expansión de las potencias europeas fundamentalmente en China y Corea. Ello condujo a conversaciones entre los Estados Unidos y Japón.

1935	8 de dic.	Hebei oriental y Chahar[34] establecen consejos autónomos.
1937	7 de julio	Expedición de castigo en el norte de China.

▷ ABISINIA

1934	5 de dic.	Incidente de Wal-Wal.[35]
1935	17 de marzo	Abisinia apela a la Sociedad de Naciones.
	29 de agosto	La flota británica zarpa de Malta.
	11 de sept.	Sir Samuel Hoare declara que Gran Bretaña propondrá una «resistencia firme y colectiva contra todos los actos de agresión no provocada».
	3 de octubre	Tropas italianas entran en Abisinia.

34. Se trata de dos provincias del norte de China que acabarán siendo ocupadas por los japoneses en 1937.
35. Se trata del conocido como incidente de los pozos de Wal-Wal, en Ogadén, este de Etiopía. Debido a disputas a propósito de los límites territoriales entre Eritrea (ocupada por tropas italianas) y Etiopía, y ante las acusaciones por cada una de las partes de que la otra había penetrado en territorio ajeno, se envió una comisión anglo-etíope para tratar de establecer esos límites. La comisión llegó a la zona el 22 de noviembre de 1934. Tras varios días de tensión, el 5 de diciembre se produjo un tiroteo que desembocó en dos días de lucha abierta que ocasionaron cien muertos por parte etíope y treinta por parte italiana. Antes del estallido de las hostilidades, el coronel británico al mando de la comisión mixta intervino a favor de los etíopes en la medida en que, indiscutiblemente, los pozos de Wal Wal se encontraban en territorio etíope.

	9 de octubre	La Asamblea de la Sociedad de Naciones declara a Italia como agresor. Se le aplicarán sanciones económicas.
	9-18 de dic.	Se hacen públicos los términos del acuerdo de paz. Sir Samuel Hoare dimite.
1936	9 de mayo	Italia proclama la anexión de Abisinia.
	16 de julio	Se hace efectiva la suspensión de sanciones a Italia.

▷ ESPAÑA

1923	13 de sept.	Dictadura de Primo de Rivera.
1931	14 de abril	Alfonso XIII abdica.
	28 de junio	Se eligen las Cortes Constituyentes: Izquierda: 291, Centro: 136, Derecha: 42.
1933	19 de nov.	Se eligen las Cortes: Izquierda: 98, Centro: 162, Derecha: 212.
1934	5 de octubre	Revuelta de los mineros en Asturias.
1936	16 de febrero	Se eligen las Cortes: Izquierda: 265, Centro: 64, Derecha: 144.

18 de julio	Alzamiento reaccionario en el Marruecos español.
26-28 de jul.	Embargo francés de armas a España.
30 de julio	Aviones italianos destinados a Franco hacen aterrizaje forzoso en el Marruecos francés.
2 de agosto	Propuesta francesa de no intervención.
19 de agosto	Embargo británico de armas.
9 de sept.	Se reúne en Londres el Comité de No Intervención. Portugal no está representado.
23 de oct.	La URSS declara no encontrarse más vinculada que Alemania e Italia.
7 de nov.	Las Brigadas Internacionales salvan Madrid.
18 de nov.	El Gobierno español apela a la Sociedad de Naciones contra la intervención alemana e italiana.
27 de nov.	Alemania e Italia reconocen al Gobierno de Franco en idénticos términos.
12 de dic.	Los Gobiernos de Alemania e Italia desean posponer el control del embargo de armas hasta que se establezca la cuestión de la intervención «indirecta».

	21 de dic.	El Gobierno francés advierte a Alemania de que la no intervención no puede ser unilateral.
1937	9 de enero	Delbos expresa en Berlín su preocupación ante los preparativos militares alemanes en el Marruecos español.
	11 de enero	Hitler reitera sus garantías al embajador francés.
	20 de febrero	Prohibición de voluntarios en las fuerzas; aceptado plan de control; supervisión fijada para el 6 de marzo. Alemania, Italia y Portugal posponen la fecha hasta el 13 de marzo y posteriormente hasta el 20 de abril. El embargo francés y británico se mantiene plenamente en vigor.
	13 de marzo	Cuatro divisiones italianas completamente equipadas participan en el ataque contra Madrid.
	20 de marzo	Una división italiana es derrotada en el frente de Guadalajara.
	20 de abril	El plan de supervisión naval, formalmente en vigor.
	26 de abril	Guernica destruida por bombarderos alemanes.
	29 de mayo	Incidente del *Deutschland*.

31 de mayo	Represalias contra Almería.
12 de junio	Cuatro potencias a cargo del plan de control alcanzan un acuerdo sobre la continuación de la supervisión naval.
15 de junio	Presunto incidente del *Leipzig*.
22 de junio	Alemania exige represalias inmediatas. No se alcanza ningún acuerdo sobre esta exigencia.
25 de junio	Chamberlain: «Todavía somos capaces de salvar la paz en Europa».
9 de julio	Se le pide a Gran Bretaña que sugiera un compromiso en el Comité de No Intervención.
16 de julio	Las propuestas británicas son unánimemente aceptadas como base de discusión.
1 de agosto	Ningún acuerdo a la vista.

APÉNDICE 2
ALGUNOS LIBROS PARA LEER

Raymond L. Buell: *A History of Ten Years*, 2 vols, ed. rev., 1930. Una versión fiable.

Stephen King-Hall: *Our Own Times, 1913-1934*, 2 vols., Londres, 1934-1935. Un libro brillante e instructivo.

G. H. Cathorne-Hardy: *Short Survey of International Affairs 1920-1934*, Oxford University Press, 1934. Un experto análisis.

G. D. H. & M. Cole: *Intelligent Man's Review of Europe-Today*, Gollancz, 1933. —*A Guide to Modern Politics*, Gollancz, 1934. Dos trabajos estándar.

J. B. Horrabin: *An Atlas of Current Affairs*, Gollancz, 1935. Con instructivos comentarios.

John Hampden Jackson: *Europe Since the War*, Gollancz, 1936. Desde el punto de vista comunista.

John Gunther: *Inside Europe*, Hamilton, 1936. Apuntes íntimos de un interesado observador estadounidense.

Raymond Leslie Buell: *The Dangerous Year, 1935*, Foreign Policy Pamphlets, marzo de 1936. La cuestión de la dictadura en la política exterior.

Henry Noel Brailsford: *Towards a New League*, New Statesman Pamphlets, julio de 1936. Una crítica socialista de la Sociedad de Naciones en su forma actual.

Frank H. Simonds: *Can Europe Keep Peace?*, Hamilton, 1931. Un estadounidense argumenta contra la revisión de los tratados.

Austria

G. E. R. Gedye: *Heirs to the Habsburgs*, Cheap ed. Arrowsmith, 1933. El trasfondo de la contrarrevolución austríaca.
Otto Bauer: *Austrian Democracy under Fire*, 1934. Libro del dirigente socialista austríaco.
Oscar Jászi: *The Dissolution of the Habsburg Monarchy*, Chicago University Press, 1929. Penetrante análisis histórico.

Alemania

F. C. Schulman: *Hitler and the Nazi Dictatorship*, Hale, 1936. Cuidadosa y estimulante descripción del movimiento nazi.
K. Heiden: *A History of the National Socialism*, Metheuen, 1934. El autor es un antiguo socialdemócrata alemán.
W. Steed: *Whence and Whither? Meaning of National Socialism*, Nisbet, 1934. Una crítica de la política exterior nazi.
«Friends of Europe» pamphlets, documental.

Hungría

Oscar Jászi: *Revolution and Counter-Revolution in Hungary*, Londres, 1924. En defensa de la democracia húngara.
C. A. Macartney: *Hungary*, Berna, 1934. Erudito estudio sobre el pasado y el presente.
R. H. Seton-Watson: *Treaty Revision and the Hungarian Frontiers*, Londres, 1934. Crítica del revisionismo húngaro. Datos y hechos.

Italia

H. W. Schneider: *Making the Fascist State*, Nueva York, 1928. Estudio sobre el ascenso del fascismo italiano.
A. Finer: *Mussolini's Italy*, Gollancz, 1935. Una crítica liberal de la política fascista.
Gaetano Salvemini: *Under the Axe of Fascism*, Gollancz, 1936. Condena de la economía fascista por un liberal italiano.

URSS

W. H. Chamberlain: *Russia's Iron Age*, Duckworth, Londres, 1935. El autor, un periodista estadounidense, es un feroz crítico de la Rusia soviética.
Walter Duranty: *I Write as I Please*, Hamilton, 1936. Un corto análisis por otro periodista estadounidense; comprensivo con la URSS.

S. y B. Webb: *Soviet Communism. A new Civilization?*, Londres, 1935. Estructura política y administrativa de la Rusia soviética; partidario acérrimo del comunismo soviético.

España

Salvador de Madariaga: *Spain*, Henn, 1930. Por un liberal (*España. Ensayo de historia contemporánea*, Espasa-Calpe, Madrid, 1978).
John Langdon-Davies: *Behind the Spanish Barricades*, Londres, 1936. Partidario de la República española (*Detrás de las barricadas españolas*, Península, Madrid, 2009; *Darrere les barricades*, Angle, Barcelona, 2009).
Frank Pitcairn: *Reporter in Spain*, Lawrence, 1936. Un relato comunista de los primeros días de la Guerra Civil.
Ramón J. Sender: *Seven Red Sundays*, Londres, 1936. Una excelente novela histórica; presenta la psicología del anarquismo español (*Siete domingos rojos*, Virus Editorial, Barcelona, 2005).

Materias primas y colonias

F. H. Simonds y E. Emery: *Great Powers in World Politics*, 2 vols., 1935. La cuestión de los estados no poseedores.
Sir Norman Angell: *This Have and Have-not Business. Political Fantasy and Economic Fact*, Hamilton, 1936.

VIRUS

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

El colapso de las naciones

Leopold Kohr

ISBN 978-84-92559-88-6 | 416 pp. | 22 €

Ecofascismo

Lecciones sobre la experiencia alemana

Janet Biehl y Peter Staudenmaier

ISBN 978-84-92559-91-6 | 208 pp. | 17 €

Las agencias de calificación

Una introducción al actual poder del capital

Werner Rügemer

ISBN 978-84-92559-41-1 | 280 pp. | 18 €

Impreso en septiembre de 2021
en Romanyà Valls (La Torre de Claramunt)